



BOLETÍN OFICIAL DEL
✻ OBISPADO DE CARTAGENA ✻

Nº1

ENERO-MARZO 2015

DIRECCIÓN DEL BOLETÍN

Secretaría General del Obispado de Cartagena

PALACIO EPISCOPAL

Teléfono: 968 22 13 71

Plaza del Cardenal Belluga, 1

30001 MURCIA

- AÑO 132 -

Portada:

VIRGEN DE LA CARIDAD

Basílica de Nuestra Señora de la Caridad.

Cartagena.

Dep. Legal: MU-7-1958

Diseño e Impresión: DinA2 Comunicación

ÍNDICE

I. - SEÑOR OBISPO:

HOMILÍAS

Viernes, 16 de enero de 2015.

Homilía Festividad de San Fulgencio.

Santa Iglesia Catedral, Murcia..... 7

Lunes, 2 de febrero de 2015.

Día de la Vida Consagrada.

Santa Iglesia Catedral, Murcia..... 11

Lunes, 23 de febrero de 2015.

Retiro de Cuaresma. "Retos y desafíos para el sacerdote hoy".

Santuario de la Fuensanta, Murcia..... 15

Martes, 27 de marzo de 2015.

Misa de la Virgen de la Caridad, patrona de Cartagena.

Cartagena..... 31

Lunes, 30 de marzo de 2015.

Misa Crismal.

Murcia..... 35

RESUMEN ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO..... 41

II. - OBISPADO:

SECRETARÍA GENERAL

DECRETOS:

A) Nombramiento de Presbíteros.....	51
B) Asociaciones de Fieles y Fundaciones.....	52
C) Parroquias/Iglesias.....	59

III. - SANTO PADRE:

Jueves, 1 de Enero de 2015.

Mensaje del Santo Padre Francisco para la **Celebración de la XLVIII Jornada Mundial de la Paz.**

Vaticano..... 61

Jueves, 1 de Enero de 2015.

Homilía con motivo de la Solemnidad de Santa María, Madre de Dios. **XLVIII Jornada Mundial de la Paz.**

Basílica Vaticana..... 73

Martes, 6 de enero de 2015.

Homilía en la **Solemnidad de la Epifanía del Señor.**

Basílica Vaticana..... 77

Domingo, 11 de enero de 2015.

Homilía con motivo de la **Fiesta del Bautismo del Señor.**

Capilla Sixtina..... 81

Miércoles, 14 de enero de 2015.

Homilía con motivo de la **Canonización del Beato José Vaz. Viaje Apostólico del Santo Padre Francisco a Sri Lanka y Filipinas.**

Galle Face Green, Colombo..... 84

Viernes, 23 de enero de 2015. Mensaje del Santo Padre Francisco para la XLIX Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales. <i>Vaticano</i>	87
Sábado, 31 de enero de 2015. Mensaje del Santo Padre Francisco para la XXX Jornada Mundial de la Juventud 2015. <i>Vaticano</i>	93
Domingo, 2 de febrero de 2015. Homilía con motivo de la Fiesta de la presentación del Señor. XIX Jornada de la Vida Consagrada. <i>Basílica Vaticana</i>	102
Jueves, 5 de febrero de 2015. Meditación del Santo Padre Francisco sobre la misión de la Iglesia. <i>Capilla de la Domus Sanctae Marthae</i>	106
Sábado, 14 de febrero de 2015. Homilía con motivo del consistorio ordinario público para la creación de nuevos Cardenales. <i>Basílica Vaticana</i>	109
Domingo, 15 de febrero de 2015. Homilía con motivo de la Santa Misa con los nuevos Cardenales. <i>Basílica Vaticana</i>	113
Miércoles, 18 de febrero de 2015. Mensaje del Santo Padre Francisco para la Cuaresma. <i>Vaticano</i>	119
Miércoles, 18 de febrero de 2015. Homilía con motivo de la Santa Misa, bendición e imposición de la Ceniza. <i>Basílica de Santa Sabina</i>	125

Domingo, 29 de marzo de 2015. Homilía con motivo del Domingo de Ramos y de la Pasión del Señor. <i>Plaza de San Pedro</i>	129
Jueves Santo, 2 de abril de 2015. Homilía con motivo de la Santa Misa Crismal. <i>Basílica Vaticana</i>	132
Jueves Santo, 2 de abril de 2015. Homilía de la Santa Misa "In Coena Domini". Iglesia "Padre Nuestro". <i>Nuevo Complejo Penitenciario de Rebibbia, Roma</i>	138
Sábado Santo, 4 de abril de 2015. Homilía de la Vigilia Pascual en la Noche Santa. <i>Basílica Vaticana</i>	140
Domingo, 5 de abril de 2015. Mensaje Urbi et Orbi del Santo Padre Francisco. <i>Balcón central de la Basílica Vaticana</i>	143

IV. - NECROLÓGICAS:

Viernes, 13 de marzo de 2015. Rvdo. Sr. D. Clemente Lucio Guirao López	147
Sábado, 21 de marzo de 2015. Rvdo. Sr. D. José María García García	149
Miércoles, 25 de marzo de 2015. Rvdo. Sr. D. Antonio Yelo Templado	151



EL OBISPO DE CARTAGENA

FIESTA DE SAN FULGENCIO PATRONO DE LA DIÓCESIS

Santa Iglesia Catedral, Murcia

Viernes, 16 de enero de 2015

Excmo. Rvdo. Mons. Lerma, Obispo de Gurúè. Mozambique.

Vicario General y Deán de la Catedral

Queridos hermanos sacerdotes

Religiosos y Religiosas

Seminaristas

Hermanos todos

Nos volvemos a reunir en esta Santa Iglesia Catedral para celebrar a San Fulgencio, patrón de la Diócesis, maestro de fe, cuya tarea fue siempre la del empeño por vivir la unidad y la comunión en la Iglesia. La fuente de la que bebía y el pan con que se alimentaba lo encontraba en la Eucaristía. Cristo ha sido la razón de su existir y por eso lo anunció con fortaleza y con el celo de un buen pastor.

La Liturgia nos va llevando de la mano para encontrarnos con Cristo y seguirle a través de los acontecimientos de nuestra propia vida. Será la Palabra de Dios la que iluminará nuestra peregrinación. Acabamos de vivir la Navidad, el Misterio de la Encarnación de Cristo, verdadero Dios y

verdadero hombre, consubstancial al Padre y al Espíritu Santo en cuanto a la divinidad; consubstancial a nosotros en cuanto a la humanidad: Hijo de Dios y nacido de María Virgen. Este es el dogma central de la fe cristiana en el que se expresa el misterio de Cristo.

El pasado domingo celebramos el Bautismo del Señor y la obertura de su misión, con una especial llamada a la conversión. Desde el comienzo de la actividad mesiánica, Jesús manifiesta, en primer lugar, su misión profética. Jesús anuncia el Evangelio. Él mismo dice que para eso *“ha venido”* (del Padre) (Cfr. Mc 1, 38), que *“ha sido enviado”* para *“anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios”* (Cfr. Lc 4, 43). A partir de ahora veremos que Jesús sale al encuentro de aquellos a quienes Él debe anunciar la Buena Nueva. Así, los evangelistas nos dicen que Jesús *“recorría toda Galilea, enseñando en sus sinagogas”* (Mt 4, 23), y que *“iba por ciudades y pueblos”* (Lc 8, 1).

Jesús comienza su predicación con estas palabras: *“El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva”* (Mc 1, 15). Predicar, anunciar a Cristo, hablar del Reino de Dios en medio de un mundo, muchas veces hostil. Esta fue la tarea de San Fulgencio, hacer visible la luz de Cristo y ayudar para que nada se interponga entre Él y nosotros. Aquí estáis muchos sacerdotes, religiosos y religiosas, los seminaristas y laicos, a todos nos interpela el ejemplo de San Fulgencio, que sigue teniendo vigor para cada uno de nosotros. A esto mismo nos está invitando con fuerza el Papa Francisco: *“Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él, porque «nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor»”*¹.

¿Por qué este empeño por evangelizar, y por qué a estas alturas? Sencillamente porque Dios no ha renunciado a responder al deseo de bien y felicidad, profundamente enraizado en el hombre. El Evangelio es

1 PAPA FRANCISCO, Evangelii Gaudium, 3.

la respuesta divina y posee un carácter 'optimista', esperanzador, capaz de cambiar tu vida, sí, de cambiarla a mejor siempre. Pero evangelizar no es 'vender humo', no se trata de quedarte en construir palabras bonitas, de un eudemonismo superficial; no es un anuncio del 'paraíso en la tierra'. El Santo Papa, Juan Pablo II, decía que: *"La 'Buena Nueva' de Cristo plantea a quien la oye exigencias esenciales de naturaleza moral; indica la necesidad de renunciaciones y sacrificios; está relacionada, en definitiva, con el misterio redentor de la cruz. Efectivamente, en el centro de la 'Buena Nueva' está el programa de las bienaventuranzas (Cfr. Mt 5, 3-11), que precisa de la manera más completa la clase de felicidad que Cristo ha venido a anunciar y revelar a la humanidad, peregrina todavía en la tierra hacia sus destinos definitivos y eternos"* ².

No podemos concluir y pensar que esto es un lío. No es bueno comenzar derrotados, a esto no ha venido el Señor, no ha venido a decirnos que somos poca cosa y que ni lo intentemos, ¡todo lo contrario! El Señor nos anima y nos dice "no temas", por eso el Papa Francisco no se cansa de decir: *"Al que arriesga, el Señor no lo defrauda, y cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que Él ya esperaba su llegada con los brazos abiertos"* ³. Hermanos nosotros sabemos de quién nos hemos fiado, ya han pasado muchos años desde que salió eso del corazón de San Pablo y muchos hermanos han pasado defendiendo esta misma fe, la misma confianza en Dios; ha muerto mucha gente por ella y ahora, ¿vamos a ser nosotros los que decimos que no merece la pena? No, nosotros debemos seguir adelante, debemos confiar como San Fulgencio, fiarnos de la cercana acción de Dios, cantar, bendecir al Señor y no temer, porque: *"El Señor, tu Dios está en medio de ti, valiente y salvador; se alegra y goza contigo, te renueva con su amor; exulta y se alegra contigo como en día de fiesta"* (Sof. 3,17).

La fe es la que nos abre las puertas a una vida especial, cargada de sentido. En el evangelio del próximo domingo se nos presentará una pedagogía muy antigua y muy actual, porque está siendo muy eficaz: la importancia de escuchar a Jesús, de encontrarnos con Él y de seguirle.

2 SAN JUAN PABLO II, *Catequesis*, abril 1988.

3 PAPA FRANCISCO, *E.G.*, 3.

El resultado de haberle seguido es que nos vemos libres de nuestra conciencia aislada y de nuestros egoísmos. El resultado es que llegamos a ser más humanos, porque le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos, hasta alcanzar nuestro ser más verdadero. Esta es la razón que ve el Papa Francisco para explicar la acción evangelizadora: *“Porque, si alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros?”*.

Queridos hermanos, en este año en la Iglesia de Cartagena estamos trabajando un objetivo importante, que nos está ayudando a crecer, la caridad. Estad seguros que si aprovechamos esta oportunidad de adentrarnos en Él con un corazón sencillo, primero podremos experimentar aquello de *“dar gracias al Padre, ya que ‘ha escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las ha revelado a la gente sencilla”* (Cfr. Lc 10, 21); en segundo lugar, podremos imitar a Jesús al comienzo de la actividad mesiánica, cuando, hablando en la sinagoga de Nazaret, dice: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva”* (Lc 4,18) .

Os animo a seguir las catequesis que se han preparado con mucho cariño para conocer más y mejor el corazón de Dios, que están al alcance de todos y cada uno de vosotros en la Librería Diocesana. Están hechas tan bien, que a nivel personal o en grupo, ayudan a crecer en la fe y a disponernos a servir a los hermanos con un corazón grande. Evangelizar es caridad.

Que Dios os bendiga y os ayude a vivir como cristianos con celo apostólico.

+ José Manuel
Obispo de Cartagena



EL OBISPO DE CARTAGENA

DÍA DE LA VIDA CONSAGRADA

Santa Iglesia Catedral, Murcia
Lunes, 2 de febrero de 2015

Queridos hermanos y hermanas religiosos

El papa Francisco nos ha dicho que *donde hay religiosos hay alegría*. Y nos podemos preguntar en qué se basa el Papa para decir una afirmación tan contundente. Pues la razón la dice rápidamente, porque: *estamos llamados a experimentar y demostrar que Dios es capaz de colmar nuestros corazones y hacernos felices, sin necesidad de buscar nuestra felicidad en otro lado; que la auténtica fraternidad vivida en nuestras comunidades alimenta nuestra alegría; que nuestra entrega total al servicio de la Iglesia, las familias, los jóvenes, los ancianos, los pobres, nos realiza como personas y da plenitud a nuestra vida. ¿Qué se necesita más? La razón está en Dios, que colma los corazones; la comunidad como fuente de alegría y la entrega al servicio de los demás, la caridad. Tres razones contundentes.*

Es verdad que el Papa “no da puntada sin hilo”, y para que a nadie se le olvide el tema, sale al encuentro de nuestra frágil condición humana

y dice que nada de hundirnos en ella, que si somos de Cristo, hay que volar alto, por eso: *no se vean caras tristes, personas descontentas e insatisfechas, porque «un seguimiento triste es un triste seguimiento»*. Y recuerda el Santo Padre algo fundamental: *la vida consagrada no crece cuando organizamos bellas campañas vocacionales, sino cuando los jóvenes que nos conocen se sienten atraídos por nosotros, cuando nos ven hombres y mujeres felices... es la vida la que debe hablar, una vida en la que se trasparenta la alegría y la belleza de vivir el Evangelio y de seguir a Cristo*.

Yo creo que con esto bastaría para salir de aquí pensando muchas cosas, al menos, todo lo que tenemos que hacer, porque estas cosas las podemos aplicar a todos los campos y ámbitos de la Iglesia. Aunque nos debemos detener un poco para contemplar la tarea, la misión a la que os lleva el Señor, como religiosos. El mismo Papa, lo define perfectamente: *Espero que «despertéis al mundo», porque la nota que caracteriza la vida consagrada es la profecía... «la radicalidad evangélica no es sólo de los religiosos: se exige a todos. Pero los religiosos siguen al Señor de manera especial, de modo profético»*. Esta es la prioridad que ahora se nos pide: **«Ser profetas como Jesús ha vivido en esta tierra... Un religioso nunca debe renunciar a la profecía»** (29 noviembre 2013).

Ser profetas con capacidad de observar la historia en la que vive y de interpretar los acontecimientos, centinelas que vigilan por la noche y saben cuándo llega el alba..., capaces de salir de sí mismos para ir a las periferias existenciales; con los ojos bien abiertos para anunciar el Reino de Dios. De esto nos habla la Palabra de Dios en esta semana a todos, de la invitación determinante a salir, a señalarle a todos dónde está la luz de la esperanza, para que vuelvan su rostro al Señor; nos llama el Señor para que vayamos como profetas anunciando la misericordia de Dios con total claridad, indiferentes al aplauso y al rechazo, confiando en la fuerza del Espíritu, que es el que nos da la fortaleza y vuelve a repetir, que esta misión se debe hacer siempre con alegría, lo propio de quien se ha fiado.

Este domingo saldremos de la Eucaristía con el gozo de habernos alimentado con el pan de la Palabra que nos ha dado la seguridad de saber que nuestro alimento es Cristo, que nos lleva a la verdad y que tiene autoridad, por eso le seguimos. Su voz es inconfundible, nos enseña e ilumina, su voz nos consuela y alienta, porque su voz no se la lleva el viento, sino que actúa eficazmente en el interior de nuestro corazón. Lo que nos llena de consuelo es saber que la iniciativa es de Dios y que de Él ha partido el interés para que no nos falten los que hacen de profetas, los que nos dan a conocer cual es el designio de Dios y nos ayudan a rastrear los caminos del futuro. Dios se ha empeñado en agregarnos en el compromiso por el Reino de los cielos y en saborear la belleza de su Palabra, porque el mundo está necesitado de verdaderos profetas, de hombres y mujeres de experiencia de Dios, libres e hijos de la Iglesia. Atrévete a escuchar la voz de Dios.

Termino mis palabras recordándoos los tres objetivos que os ha dicho el Papa para este año de la Vida Consagrada: En primer lugar, que **miréis el pasado con gratitud**, para tener viva la propia identidad, sin cerrar los ojos, de frente a las “incoherencias, fruto de las debilidades humanas y quizás también del olvido de algunos aspectos esenciales del carisma”. En segundo lugar, que **viváis el presente con pasión**, viviendo el Evangelio en plenitud y con espíritu de comunión. En tercer lugar, que **abracéis el futuro con esperanza**, sin dejarse desalentar por tantas dificultades que se encuentran en la vida consagrada, a partir de la crisis de las vocaciones.

Hermanos, rezad a Dios por todos los religiosos, pero tened en cuenta a los jóvenes que buscan, que van por la vida como buscadores de la verdad, que no se dejan llevar de lo que dicen unos y otros, sino que han abierto sus ojos a la fe, han escuchado la Palabra de Dios y están en un momento de decisión. Que Dios les ayude a dar el paso de un compromiso serio y libre para que sigan los pasos de Jesús, que se inclina a lavarle los pies a los discípulos, que anuncia a los pobres la Buena Noticia, cura nuestras dolencias y que por su muerte en la Cruz y su Resurrección nos ha abierto las puertas de la Vida eterna.

Que la Virgen Santísima sea vuestro modelo siempre, para que viváis la cercanía de Jesús y la fidelidad a la palabra dada a la acción del Espíritu en vuestras vidas, según el modelo del carisma que lleváis grabado en el corazón.

+ José Manuel
Obispo de Cartagena

RETIRO DE CUARESMA



EL OBISPO DE CARTAGENA

RETOS Y DESAFIOS PARA EL SACERDOTE HOY

Santuario de la Fuensanta, Murcia

Lunes, 23 de febrero de 2015

Otro año más nos volvemos a encontrar los sacerdotes de esta Iglesia de Cartagena en este santuario para recibir bien la Cuaresma y poder pasar por la Cruz y Muerte de Nuestro Señor hasta llegar al gozo de la Pascua. Con libertad de espíritu os propongo revisarnos con la misma metodología de la Acción Católica, **ver** nuestra realidad como sacerdotes, **juzgarnos** a nosotros mismos para saber si estamos o no respondiendo al don de Dios y **actuar** como hombres nuevos, celebrando el admirable misterio del amor misericordioso de Dios.

Comenzaré, sin disimulos por un tema fuerte, proponiendo una reflexión que necesita respuestas claras, libres y personales. Si tenemos los ojos y los oídos abiertos y si están despiertos nuestros sentidos, cuando miramos a nuestro alrededor sentimos cómo la vida de fe está cada vez más ausente y cómo bastantes hermanos se van retirando y va tomando demasiado protagonismo un estilo de vida secularizado. Ante ese ambiente, algunos se preguntan, ¿vale la pena ser sacerdote hoy, en esta situación ambivalente, en la postmodernidad, ante la clara

persecución de la fe, en el continuo ataque a las convicciones religiosas, etc.? Lo cierto es que esta sociedad todavía responde a las ansias de solidaridad y a los desafíos, pero quedan por resolver muchos retos, mucha necesidad de encender luces en medio de tantas oscuridades. Constatamos que existen, cada vez más, hombres y mujeres que no creen prácticamente en nada ni se plantean necesidad alguna de ser salvados. ¿Cómo podremos evangelizar a quien no tiene ninguna inquietud religiosa?, ¿Cómo hablar de salvación a quien no cree tener necesidad de ser salvado?, ¿hemos analizado el por qué de la bajada en las inscripciones para los sacramentos?. Añádase a esto, el saber que no todos los católicos están dispuestos y preparados para resistir la situación actual de distanciamiento hacia la iglesia, que hay bastantes que disimulan, o esconden su fe, para librarse de complicaciones, que se olvidan de Dios.

Olvido de Dios. La cultura moderna mantiene un sistemático olvido de Dios y de su presencia en el mundo. En muchas ocasiones no se trata de un ateísmo en toda regla, sino de un deísmo: Dios existe, ha creado las cosas, pero así como ha dotado de leyes la naturaleza y ha dado la libertad y la inteligencia a los hombres, les ha dotado para llevar adelante la historia, sin que necesita ya de Dios, que ahora ya no interviene de ningún modo en la vida de los hombres. ¿Está eso en el trasfondo de mucha gente? Y ¿esto nos deja tranquilos, no nos preguntamos cómo salir al encuentro para evangelizar?

Cada vez son menos los que se preguntan si lo que el hombre está construyendo va de acuerdo con la voluntad de Dios. La **ciencia** sigue el propio ritmo y es fin en sí misma. El **arte** se aleja cada vez más de un referente ético. En algunos casos llega a ser una verdadera pornografía o blasfemia, y son pocos los que se atreven a expresar el propio rechazo por miedo a ser tachados de intolerantes. La **política** misma se reduce a buscar la popularidad sin preguntarse si está sirviendo verdaderamente al bien común y podemos llegar a justificar que un político excluya las propias convicciones religiosas y éticas de las decisiones políticas...

¿No hemos caído en la misma trampa y nos estamos diciendo, para conformarnos, qué pinta Dios en todo este jaleo? Aquí habría que hacer referencia la Mensaje de Cuaresma del Papa, cuando advierte: *yo estoy relativamente bien y a gusto, y me olvido de quienes no están bien. Esta actitud egoísta, de indiferencia, ha alcanzado hoy una dimensión mundial, hasta tal punto que podemos hablar de una **globalización de la indiferencia. Se trata de un malestar que tenemos que afrontar como cristianos.** La indiferencia, la desgana, el me da igual, las mil excusas que buscamos para no molestar nuestra comodidad...*, se le está dando paso a las ofertas pseudo religiosas de las sectas, hoy en boga. La voz del Papa ha gritado: *necesitamos oír en cada Cuaresma **el grito de los profetas** que levantan su voz y nos despiertan.* ¿Dónde están los profetas?, se preguntaba el cantautor de los años 70-80. La pregunta, ¿tiene respuesta?

El sacerdote también se siente afectado por los actuales fenómenos sociales. ¿Cómo no turbarse ante ellos? El Papa es un profeta en nuestro tiempo y su grito nos interpela para que demos la cara, para permanecer, para estar con Jesús en el Clavario y junto a la Cruz, con María. No se nos debe contar con los que han huido, con los que “pasan de todo”. Ahora es cuando hay que estar a la altura de la evangelización, cuando es más necesario, emplear horas, más dedicación a esto y menos tiempo, menos horas, a nuestros intereses personales. Si hay que ayudar a nuestros hermanos en la fe, es necesario también ayudar a los sacerdotes para que sean fuertes, para que estén a la altura de las respuestas que necesitan los hermanos. Pero, atención, que tenemos muchas papeletas para que surja velozmente la crisis de la identidad y los dañinos pensamientos que nos llevan a pensar en la soledad, como compañera de viaje, hasta sufrir la idea de sentirse completamente desmotivado. Sinceramente, eso se está dando en algunos casos.

No nos podemos engañar, pero el nombre de este fenómeno es el **desencanto espiritual y pastoral**, la frialdad de vida, la desmotivación. Lo realmente triste es que para solucionar esas dolencias, se pretenda

arreglar la situación con soluciones de huida: el aburguesamiento, pobreza intelectual, las vidas paralelas o duplicadas, los antitestimonios, los escándalos (hacia la castidad, obediencia y fraternidad). Todo esto es una *piedra de tropiezo* incluso para aquellos que quieren seguir adelante en el ministerio sacerdotal y que luchan sinceramente en él. Si tenemos que seguir poniéndoles nombres a este fenómeno lo tenemos claro, se le llama **cansancio en el ministerio**. En las reuniones de arciprestazgos, a las que está invitado el Seminario con motivo de la Campaña de San José os están poniendo un video que trata este tema y es muy sugerente.

Este es el objeto de nuestro auto juicio. La sabiduría de la espiritualidad cristiana se verá reforzada con este tiempo de la Cuaresma, con cuarenta días para responder a estas preguntas: ¿Cuál es la raíz de mis cansancios? ¿Cuál es el itinerario de ellos? ¿Posiblemente un estilo de vida inadecuado, el peso de la misión, el fracaso en el apostolado, una espiritualidad mediocre, una conversión aplazada, me he descuidado en mi relación con Dios...?

Cosas que pueden debilitar la identidad sacerdotal. ¿Hemos caído en la esquizofrenia espiritual, es decir, hablar mucho de Dios y en otro momento se convierte en un extraño?, o ¿sólo hablamos de Dios cuando las circunstancias lo requieren? Si esto sucediera así sería un síntoma de una enfermedad grave para un sacerdote, le ha visitado el miedo a la cultura actual, que le lleva a la obsesión por disimular a toda costa lo que es y por ende le empuja a **un aplazamiento de la propia conversión**. Al presbítero que pasa por esta situación se le ve agotado y agobiado, distraído y poco centrado en las cosas que se esperan de él. En conclusión, esta esquizofrenia trae una dicotomía peligrosísima: la separación entre identidad personal y la misión que le ha encomendado el Señor. Si fuera así se necesitaría intervenir rápidamente desde la caridad y desde la fraternidad, hablar con amor de hermanos y rezar, siempre rezar.

1. ¿Qué puedo proponer para poder transformar estos desafíos?

a) *Conversión personal.* Lo primero no puede ser otra cosa que escuchar la voz del Señor y no retrasar más la conversión. Os invito a leer el capítulo primero de la Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium, del

Papa Francisco, para escuchar de sus labios la importancia de la alegría para evangelizar, la alegría de ser discípulos y misioneros para el anuncio del evangelio.

Jesús comienza su predicación haciendo una llamada a la conversión: *El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva* (Mc 1, 15). Todos sabemos lo que significa la conversión, como un nacer de nuevo (cf. Jn. 3,7), un cambio profundo en la vida, de actitud, de mentalidad, de criterios, de valores... Vulgarmente decimos, un giro de 180 grados, que comporta una nueva orientación general. Se trata más **de dejarse cambiar que de esforzarse por cambiar desde una actitud voluntarista**. Dejarse cambiar el corazón por Dios (cf. Ez 36,23-28). Volver a Dios, a la casa del Padre, cambiar la ruta, la meta de la vida para que el eje vertebrador sea Cristo, para que él sea el centro al que subordinamos todos los demás valores: familia, trabajo, aficiones, amigoss... Un cambio radical de mentalidad y de corazón.

Jesús en su predicación es mucho más radical al hablar de la conversión, une la conversión y la fe. Sólo se puede vivir el cambio de la mente y del corazón desde la confianza en Él, desde la unión con él. Fijaos en la experiencia de San Pablo cuando describe el proceso de su conversión: *Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí* (Ga 2, 20). Naturalmente, se ha hecho eco de las palabras de Cristo en su predicación, donde dice que convertirse es morir a sí mismo para dar un fruto abundante: *Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto* (Jn. 12, 24). Si Jesús apunta al don de la fe, es necesario pedirle a los presbíteros que insistan en su oración sobre el don de la fe a Dios, y la sabiduría de permanecer en ella. La fe y la conversión van de la mano, el que cree se deja hacer prisionero del Dios invisible, acepta ser poseído por Él con una actitud de escucha obediente y docilidad desde lo más hondo de uno mismo. Fe es capitulación, entrega, abandono, acogimiento de Dios, que nos busca en primer lugar y se da; no es posesión, garantía o seguridad humanas. Creer, entonces, no consiste en evitar el escándalo, rehuir del riesgo o avanzar en la serena luminosidad

del día: *no se cree a pesar del escándalo y del riesgo, sino justamente creemos desafiados por ellos y con ellos. Creer viene a ser como estar al borde del abismo oscuro y oír una voz que grita: ¡arrójate, que te recogeré en mis brazos!* (Soren Kierkegaard). Sin embargo, creer no es un acto irracional. Precisamente al borde de ese precipicio es cuando las preguntas inquietantes comprometen el razonamiento: ¿y si, en lugar de brazos acogedores, solo hay rocas mortíferas? ¿Y si, más allá de la oscuridad, no hay otra cosa que más oscuridad? Creer entraña soportar el peso de estas preguntas: **no pretender señales, sino ofrecer signos de amor al amante invisible que llama.**

b. Conversión pastoral

Necesariamente, el tiempo de Cuaresma no afecta sólo a cada una de las personas, sino también a la parroquia, movimientos, asociaciones... Vosotros ya estaréis trabajando en la Parroquia con una clave evangelizadora, etc.¹, las catequesis sobre el Plan de Pastoral son un instrumento muy eficaz.

Como fruto de vuestra revisión de la acción pastoral parroquial estaréis en pleno trabajo de renovación en las actitudes, métodos, etc., y evitando instalarse en las rutinas e inercias que nos sobrevienen. A nivel personal y pastoral trataréis de superar la acedia y el inmovilismo, así como la mundanidad espiritual. Pues que Dios os siga ayudando. Recordad a qué le llevó el Señor a San Agustín, después su experiencia de vuelta a Dios, a darse totalmente a los hermanos. Él creía que la mejor vía era estar retirado de todo para acercarse más a Dios y esto es lo que le pide Dios, según cuenta en la Confesiones: *Corregir a los indisciplinados, confortar a los pusilánimes, sostener a los débiles, refutar a los opositores... estimular a los negligentes, frenar a los pendencieros, ayudar a los necesitados, liberar a los oprimidos, mostrar aprobación a los buenos, tolerar a los malos y amar a todos* (cfr Sermón 340, 3). *Continuamente predicar,*

1 Cf. PAPA FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 25-33.

discutir, reprender, edificar, estar a disposición de todos – es una ingente carga, un gran peso, una enorme fatiga (Sermón 339, 4).

2. La fe como búsqueda y como paz

A la fe nos acercamos con temor y temblor, quitándonos los zapatos, dispuestos a reconocer a un Dios que no habla en el viento, en el fuego o en el terremoto, sino en la humilde voz del silencio, como le ocurrió a Elías en la montaña santa (cf. 1Re 19) y les ha sucedido y sucederá a todos los santos y los profetas. ¿Crear, entonces, quiere decir perder todo? ¿No tener ya seguridad, ni descendencia, ni patria? ¿Renunciar a toda señal y a todo sueño de milagro? ¿Hasta tal punto es posesivo el Dios de los creyentes? ¿Tan devorador es su fuego? ¿Tan oscura su noche? ¿Tan absoluto su silencio?

Responder Sí a estas preguntas supondría caer en la seducción opuesta a la de quien busca señales a toda costa; supondría olvidar la ternura y la misericordia de Dios. Siempre hay una luz para alumbrar el camino: una gran señal se nos ha dado, **Cristo**, que vive en la santidad y en la caridad de su Iglesia. En ella se ofrece un alimento a los peregrinos, un apoyo a los titubeantes, un camino a los descarriados. Estos dones nunca se confunden con posesiones exclusivistas y, a la vez, también es cierto que están ahí para alimentarnos; no para eximirnos de la lucha, sino para darnos fuerza; no para adormecer las conciencias, sino para despertarlas y estimularlas a obras y días de amor, en los que el amor invisible se haga presente.

Testimoniar la fe no es, pues, dar respuestas ya preparadas, sino contagiar la inquietud de la búsqueda y la paz del encuentro: *Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en Ti*². Aceptar la invitación no supone resolver todas las preguntas oscuras,

2 SAN AGUSTÍN, *Las Confesiones*, 1, 1.

sino llevarlas a un Otro y junto con Él. A Él es posible dirigirle con confianza las palabras de la bellísima invocación de san Agustín:

*Señor mi Dios, mi única esperanza,
haz que, cansado, no deje de buscarte,
sino que siempre busque tu rostro con ardor.
Dame la fuerza de buscar,
Tú que te dejaste encontrar,
y me diste la esperanza de encontrarte siempre.
Ante Ti está mi fuerza y mi debilidad:
conserva aquella, sana esta.
Ante Ti está mi ciencia y mi ignorancia;
donde me has abierto, acógeme al entrar;
donde me has cerrado, ábreme cuando llamo.
Haz que me acuerde de Ti,
que te entienda, que te ame. Amén³.*

3. Identificados con Cristo en una vida en santidad

Los sacerdotes sois presencia de Cristo Pastor y Cabeza entre los hombres; y sois sacramento viviente de Cristo en el mundo, como dice la *Pastores dabo vobis*. El sacerdote es un hombre de Dios, elegido por Dios para la gloria de Dios y para el ministerio. En cierto sentido, sois mediadores de la gracia, porque *“in persona Christi”* predicáis la fe, santificáis a sus hermanos con los sacramentos y los guiáis por los caminos del Evangelio. El sacerdote es un puente de dos sentidos, entre Dios y el hombre. Por un lado lleva el amor de Dios a los hombres, los acerca a Dios mismo, y por otra, es el camino a través del cual pasan las almas en su viaje hacia la eternidad. Como Cristo es puente, también vosotros, siendo sus ministros, sois instrumentos eficaces para que las almas pasen y conozcan la vida eterna.

3 SAN AGUSTÍN, *De Trinitate*, 15, 28, 51.

Estáis consagrados para ofrecer dones y sacrificios por los pecados (Hb 5, 1). Por esto, vuestra actividad principal debe ser *ofrecer* el sacrificio y *ofreceros* en sacrificio. Es evidente que esto va más allá del simple presidir un oficio o una ceremonia. Vosotros no sólo celebráis la Eucaristía, sino debéis Ser Eucaristía. Como nos recuerda la carta *Ecclesia de Eucharistia*, la expresión *in persona Christi*, quiere decir algo más que *en nombre* o *haciendo las veces* de Cristo, es la identificación específica, sacramental, con el *Sumo y eterno Sacerdote*, que es el autor y el sujeto principal del propio sacrificio. Habéis unido vuestra vida al Cordero de Dios que carga con los pecados del mundo y se sacrifica por la salvación de las almas.

La identificación con Cristo hace que seáis, además, signos de contradicción. Como Cristo, la misión implica morir en la cruz en reparación por los propios pecados y por los pecados de las almas que se le han encomendado. Estáis en el mundo sin ser del mundo. Y el mundo, con sus criterios, hará de vosotros, necesariamente, un juicio negativo, porque vivís contracorriente, ya que vuestra vida es un desafío a los otros por vivir la paradoja de las bienaventuranzas e imitar la vida de Cristo. Nos iluminan y consuelan mucho las palabras de Cristo en la Última Cena: *Si el mundo os odia, sabed que me odió a mí antes que a vosotros. Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo suyo, pero como no sois del mundo, porque yo al elegiros os he sacado del mundo, por eso el mundo os odia* (Jn 15, 18-19).

Cuatro palabras que son la clave: alegría, santidad, amor esponsal y la caridad. Estos son válidos para todo creyente.

a) alegría

El Papa Francisco insiste en un aspecto de la vida eclesial y personal que no podemos olvidar y nos dice que llevar adelante la tarea evangelizadora se necesita una cosa, la **alegría** ⁴. Hemos visto anteriormente muchas

4 Cf. V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE, *Documento de Aparecida* (29 junio 2007)101-128.

dificultades que pueden afectar a un evangelizador, pues he aquí el remedio para todas ellas: sirve para luchar contra el pesimismo sacerdotal, el cansancio ministerial, desencanto eclesial, invierno eclesial, el complejo de inferioridad y la falta de identidad. La alegría es necesaria para manifestar a todos que vale la pena ser discípulo ⁵. Nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor, que *al que arriesga, el Señor no lo defrauda, y cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que Él ya esperaba su llegada con los brazos abiertos*, dice el Papa Francisco ⁶. La alegría está al alcance de nuestras manos, **el Evangelio, donde deslumbra gloriosa la Cruz de Cristo, invita insistentemente a la alegría.**

b) santidad

La vocación principal es a la santidad ⁷. De hecho, debe entenderse que la santidad es una prioridad pastoral fundamental ⁸. No estamos diciendo que la santidad sólo sea una llamada universal, sino que debe **implementarse la pastoral en vistas a la santidad**. Esto es el objetivo de la Nueva Evangelización. Es por eso que el discipulado no será auténtico mientras no comience con un encuentro personal con Jesucristo, pues sólo así se podrá establecer un camino específico hacia la santidad. Si el sacerdote no insiste en la formación continua todo se viene abajo.

c) Ejercer nuestro ministerio con un amor esponsal

El presbítero, a la luz de la alianza esponsal entre Cristo y la Iglesia, se descubre como el amigo del Esposo que por la caridad esponsal se entrega a la comunidad. En el AT Dios se manifiesta como el Esposo que ama a su Pueblo como a su Esposa en razón de la Alianza (Os 2,16-25; Jer. 2,2; Ez 16; Is. 54,1-10; 62,5). En el NT Jesús es el Esposo (Lc 5,33-35;

5 Cf. PAPA FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 1-13.

6 PAPA FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 3.6

7 Cf. CELAM, *Documento de Aparecida*, 129-153.

8 Cf. SAN JUAN PABLO II, *Novo Millenio Inneunte*, 20.

Mt 25, 1-13; Jn 3,27-29) que realiza la unión entre Dios y el hombre con la imagen nupcial (Mt 22,1-5). La relación entre Cristo y la Iglesia, descrita en términos esponsales (Ef. 5,25-32), es “un gran misterio” (Ef 5,32).

San Juan Pablo II decía que el presbítero está llamado a revivir en su vida espiritual el amor de Cristo Esposo con la Iglesia Esposa. Su vida debe estar iluminada y orientada también por este rasgo esponsal, que le pide ser testigo del amor de Cristo como Esposo y, por eso, ser capaz de amar a la gente con un corazón nuevo, grande y puro, con auténtica renuncia de sí misma, con entrega total, continua y fiel, y a la vez con una especie de celo divino (2Co 11,2), con una ternura que incluso asume matices del cariño materno, capaz de hacerse cargo de lo que suponen los *dolores de parto*, hasta que *Cristo no sea formado* en los fieles (Gal 4,19) ⁹.

Deteneos en estos días para ver el celo apostólico de San Pablo, porque transpira en toda su labor esta idea de un amor que le apasiona y le vincula existencialmente a los que se le han confiado. Pablo no ve su ministerio como un trabajo por horas, es su vida la que está implicada. Toda la tarea de crecimiento en la fe de sus comunidades es concebida por Pablo como una **gestación**: *sufre por sus hijos hasta que Cristo se forme en ellos* (Gal 4,19). Su amor materno, sus desvelos y sufrimientos apostólicos acompañan a cada nuevo cristiano hasta su transformación plena y total en Cristo.

San Pablo atiende a los suyos con el amor de un padre que educa, tratando y formando a los hijos uno a uno, exhortando y animando a cada uno (1Tes 2, 11). El afecto hacia sus hijos es tan real que suscita en él un intenso deseo de verlos (1Tes 2,17; 3,6). El apóstol sufre, se inquieta y se preocupa por los peligros de una comunidad que está aún inestable (1Tes 3,5; 2,18) y literalmente «no vive» ante el temor de que el tentador derrumbe la fe de ellos: al recibir buenas noticias siente un gran alivio y

9 SAN JUAN PABLO II, *Pastores Dabo Vobis*, 22c.

consuelo (1Tes 3,7) y exclama: *Ahora sí que vivimos, pues permanecéis firmes en el Señor* (1Tes 3,8).

San Pablo no tiene reparo en manifestar abiertamente cuánto les quiere: *os amo a todos en Cristo Jesús* (1Co 16,24); *testigo me es Dios de cuánto os quiero en las entrañas de Cristo Jesús* (Fil 1,8); *vosotros sois nuestra gloria y nuestro gozo* (1Tes 2, 20)... Pero tampoco se echa atrás, en nombre de este mismo amor, si hay que reprenderles porque es necesario para su bien (2Co 7,8-9). Precisamente porque los ama como a hijos les corrige, pues *¿qué hijo hay a quien su padre no corrija?* (Heb 12,7; ver toda la perícopa: vv. 5-13). Las correcciones que les hace son para crecer en el amor a Dios (cf. 2Cor. 2, 4) y lo hace con delicadeza y sin humillar: *No os escribo estas cosas para avergonzaros, sino más bien para amonestaros como a hijos míos queridos* (1Co 4,14).

Las líneas fundamentales de nuestro ser pastores, del compromiso y celo apostólico las podemos ver en Mc 1,29-39, en la visita de Jesús a Cafarnaúm. Aquí se resume una jornada de la vida de Jesús, compuesta fundamentalmente de tres elementos: predicación del Reino, curación de los enfermos y oración. Nuestra misión pastoral en las periferias se debe componer también de la predicación del Reino, hacer el bien, anunciando el Kerygma, catequesis, la acción caritativa y social, de oración y sacramentos.. y escuchar, estar en lugar donde tienes la responsabilidad pastoral, nada de cruzarnos de brazos. Cuando uno está implicado, se nota en su manera de estar, no tienes vacaciones, en el amor esponsal no existen las vacaciones, uno siempre está en vigilia, atento y disponible.

5. Constructores de la caridad

Como tarea vinculante, también por el objetivo que lleva la Diócesis adelante, un sacerdote debe vigilar para construir la caridad, porque es la caridad la virtud que de algún modo anticipa el cielo aquí en la tierra. La caridad es ante todo caridad hacia Dios y es la virtud que permite al

sacerdote ser un hombre de Dios. De esta caridad brota la caridad hacia los demás, que supone tenerla siempre como centro en todo nuestro actuar, en cada uno de nuestros pensamientos y palabras, el bien de la persona que tenemos delante. Construir la caridad exige también de nosotros construir la comunión, con el Papa, los obispos, sacerdotes y laicos, así como también está llamado a acoger con gratitud y a conducir hacia la comunión los diversos carismas presentes en su parroquia o en la diócesis. Sería inexplicable toda clase de divisiones entre nosotros. Debemos tener un corazón siempre abierto.

El servicio en la caridad es siempre en la verdad. Un pastor no puede abandonar la verdad. A las almas se les debe decir la verdad, ayudarles a descubrir su valor y a amarla; se necesita mostrar toda la verdad que Dios nos ha revelado en el Evangelio de Cristo y que el Magisterio de la Iglesia nos trasmite. El Papa Benedicto XVI nos dice en su encíclica *Caritas in veritate: sólo en la verdad la caridad resplandece y puede ser vivida auténticamente. La verdad es luz que da sentido y valor a la caridad [...] Sin verdad, la caridad cae en el sentimentalismo. El amor se vuelve un envoltorio vacío que se rellena arbitrariamente* ¹⁰.

Lo hemos oído muchas veces, pero son insuficientes, que hemos de ser pastores con 'olor a oveja', pastores en medio de su rebaño y pescadores de hombres ¹¹. En contraposición a los sacerdotes que no salen a la calle, que no están en contacto con el pueblo, que terminan siendo "tristes" y se convierten en una especie de coleccionistas de antigüedades o de novedades.

6. Los sacerdotes, hombres de Dios

Vosotros, animados por la conciencia de que Cristo es el único salvador del hombre y conociendo que sois ministros de la redención, debéis destacaros por vivir en el mundo de hoy con firme fe y santa audacia. A pesar de la enorme responsabilidad y de las muchas contradicciones,

10 BENEDICTO XVI, *Caritas in Veritate*, (29 junio 2009), 3.

11 Cf. PAPA FRANCISCO, *Homilía de la Misa Crismal*, 20 de marzo de 2013.

sabéis que el poder del mal no triunfará porque ya fue derrotado para siempre, *ésta es la esencia de la esperanza* ¹².

Si no participamos de los mismos sentimientos de Cristo (Cfr. Fil 2, 5), si no estamos afincados en Cristo, seremos arrebatado por el huracán de la secularización. Por lo tanto, mantengamos el consejo de la Iglesia: ser hombres de oración, hombres que escucha y meditemos la Palabra para adherirnos amorosamente a aquello que Dios quiere de él; se nos pide celebrar los sacramentos con el fervor y la unción propia de las cosas sagradas de las cuales se ocupa, sabiendo que para ser hombre de Dios debe hacer un particular esfuerzo y resistir al vértigo de la constante y acelerada actividad a la que nos somete el mundo moderno. Esto da juego para esta Cuaresma, pensemos también en estas cosas y nos replantemos lo esencial del ministerio.

El Papa Francisco nos exhorta vivamente a llevar una profunda vida eucarística- tanto en la celebración como en la adoración- que nos hace, en cierto sentido, eucarísticos¹³, y nos invita a que todos hagamos experiencia del amor de Dios, pues *una persona que no está convencida, entusiasmada, segura, enamorada, no convence a nadie*; es decir, que el sacerdote se haga víctima y oblación para servir a Cristo en la misión de la salvación de las almas. La presencia entre los hombres, nuestros hermanos, debe ser como la del centinela de la mañana, un anunciador de las cosas del más allá, un continuo recordatorio de Cristo para las almas, que encarna el amor de Dios en este mundo. Ser un hombre de Dios no es incompatible con tener los pies en la tierra. La Eucaristía debe ser el centro de nuestra vida sacerdotal.

En la formación del hombre de Dios juega un papel muy particular la devoción a la Virgen María, como Madre, el modelo de virtud y, sobre todo, como protectora celestial. Su relación con los sacerdotes, ministros de Cristo, deriva de la relación entre la divina maternidad de María y

12 BENEDICTO XVI, *Encuentro con los jóvenes y con los seminaristas del seminario de San José*, Yonkers, NY (19 abril 2008).

13 Cf. PAPA FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 264-267.

el sacerdocio de Cristo. Los sacerdotes son sus hijos predilectos y en el corazón del sacerdote debe resonar el consejo de S. Bernardo: “En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María. No se aparte María de tu boca, no se aparte de tu corazón; y para conseguir su ayuda intercesora no te apartes tú de los ejemplos de su virtud. No te descaminarás si la sigues, no desesperarás si la ruegas, no te perderás si en ella piensas. Si ella te tiene de su mano, no caerás; si te protege, nada tendrás que temer; no te fatigarás si es tu guía; llegarás felizmente al puerto si Ella te ampara”¹⁴. Os recuerdo que todos tenemos nuestros nombres grabados en el corazón de la Señora y esto nos imprime carácter, nos hace ser también marianos.

7. Sacerdotes, hombres de Dios en comunión

San Juan Pablo II nos enseñó que el gran desafío para nosotros al iniciar el tercer milenio era hacer de la Iglesia *la casa y la escuela de la comunión*¹⁵. Para ello es condición indispensable promover y vivir una espiritualidad de la comunión, y proponerla como principio educativo en todos los ámbitos de formación.

¿Qué significa una espiritualidad de comunión? En primer lugar, una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros; en segundo lugar, la capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad; en tercer lugar, capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios; por último, saber *dar espacio* al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Ga 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos acechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias.

14 SAN BERNARDO, *Homilías sobre las excelencias de la Virgen Madre*, 2.

15 SAN JUAN PABLO II, *Novo Millennio Inneunte* n. 43.

El encuentro con Cristo es el camino de la solidaridad. La conversión propicia la unión con Dios y con los hermanos y como consecuencia tiene lugar el servicio desinteresado a los demás, tanto en sus necesidades materiales como en las espirituales. La solidaridad, por tanto, es fruto de la comunión. La unión del Hijo con cada ser humano hace que pueda decir: *En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mt 25, 40)* ¹⁶. No se trata de un sentimiento superficial y pasajero al contemplar el mal ajeno. Se trata de una actitud moral y social, de una virtud que llamamos solidaridad.

Para vivir esa actitud, para ejercitar esa virtud, es imprescindible reconocer al otro como persona, sentirse responsable de los más débiles y estar dispuestos a compartir los bienes con ellos. La máxima expresión de solidaridad es la vida y misterio de Jesús de Nazaret ¹⁷, la Palabra eterna de Dios que se encarnó y habitó entre nosotros, asumiendo una naturaleza igual en todo a la nuestra excepto en el pecado (cf. Flp 2). En su predicación nos enseña que Dios es Padre y que todos hemos de vivir como hermanos.

+ José Manuel
Obispo de Cartagena

16 *Ecclesia in América* 52

17 Cf. *Gaudium et spes* 32



EL OBISPO DE CARTAGENA

VIRGEN DE LA CARIDAD

Cartagena

Martes, 27 de marzo de 2015

Queridos hermanos sacerdotes, religiosos, religiosas...

Ilmo. Sr. Vicario Episcopal

Excmo. Sr. Presidente de la Comunidad Autónoma.

Excma. Sra. Alcaldesa y Corporación Municipal

Excmas. e Ilmas. autoridades civiles, militares, académicas, judiciales...

Un especial saludo al Hermano Mayor de la Caridad y del Santo Hospital de Caridad,

Hnos. Mayores de las Cofradías de Cartagena

Hermanos y hermanas, especialmente a las que hoy celebráis vuestro santo:

Dolores, Lolas y Caridad.

El modelo de fe y humildad de la Virgen

A cualquiera de nosotros nos costaría mucho tiempo y mucho recorrido para llegar a aprender de verdad que estamos en las manos de Dios, siempre. Ser perfectos, que es lo que nos pide Jesús, no quiere decir ser autosuficiente, bastarnos a nosotros mismos, no. La perfección la encontramos en Cristo y los demás debemos pedir perdón de nuestras faltas siempre. Esta es una lección inolvidable, la **humildad**, nosotros nos conformamos con parecernos al Señor. Pero la Virgen María lo supo en la primera lección, en el mismo encuentro con la gracia de Dios y cantaba a voz en grito: *Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador... porque ha mirado la humillación de su esclava...* y no se le enrojecía la cara, porque se sentía así de pequeña

delante del Altísimo. Es el canto de la que no tiene dudas, de la que está metida totalmente en el proyecto de Dios, el canto de la confianza total. ¿Qué nos está diciendo María? Que se ha entregado totalmente a Dios. Yo interpreto este momento a la luz de lo que nos explicaba Santa Teresa de Ávila, la doctora de la Iglesia:

*Ya toda me entregué y di,
y de tal suerte he trocado,
que mi Amado es para mí
y yo soy para mi Amado...*

*Hirióme con una flecha
enherbolada de amor,
y mi alma quedó hecha
una con su Criador;
Ya yo no quiero otro amor,
pues a mi Dios me he entregado,
y mi Amado es para mí
y yo soy para mi Amado.*

Para el cristiano de este siglo, de esta época, es válido el ejemplo de fe de la Santísima Virgen María. No en vano el Concilio nos dice que María es tipo y ejemplar acabadísimo de la Iglesia en la fe y en la caridad¹ y que María resplandece como modelo de virtudes para toda la comunidad de elegidos.

Delante de la imagen más venerada, la de la Virgen María de la Caridad, estamos para aprender a escuchar y cumplir los planes de Dios, siempre en orden a la salvación del género humano, según la tarea que nos ha confiado a cada uno Nuestro Señor. Pero nos detenemos en la advocación de esta venerada y querida imagen: en la Caridad. María es también nuestro modelo.

Vayamos a la fuente para encontrar el verdadero sentido a lo que se nos está pidiendo. Tendríamos que llegar a los primeros libros de la Sagrada Escritura, en el Antiguo Testamento, para escuchar lo que pide Dios a un creyente: “Amarás al Señor tu Dios, con toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Guarda en tu corazón estas palabras que hoy te

1 VATICANO II, *Lumen Gentium*, 63; 65.

*digo” (Dt 6,4). Este mandamiento del decálogo, seguramente se seguía predicando y enseñando en las sinagogas a las que asistía Jesucristo. Pero Él, retomando las palabras de su Padre, renovó este mandamiento de la caridad diciéndonos: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Éste es el primer mandamiento y el más importante. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mt 22, 17). Jesús no ha venido a romper la ley o los profetas, sino a darle cumplimiento, decía, pues bien, Él se ha limitado a dar el sentido al mandamiento de la caridad: Amar a Dios y a los hermanos. Esto mismo está recogido en el Catecismo de la Iglesia Católica: *La caridad es la virtud teologal por la cual amamos a Dios sobre todas las cosas... y a nuestro prójimo como a nosotros mismos...* ².*

Lo que significa este amor y hasta dónde tiene que llegar, el mismo Jesús durante su ministerio y vida pública lo ha desarrollado de palabra y de obras. Pero, más en concreto, el apóstol Pablo ofrece una descripción excelente de cómo vivir esta caridad con nuestro prójimo: *La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta* (1 Co 13, 4-7).

Así que ya tenemos lo que es la caridad, amar a Dios y a los demás, y qué mejor que el ejemplo de María para poder vivirlo: María fue una mujer que amó, y que amó con totalidad y pureza, porque en su corazón daba el primer lugar a Dios. Basta recordar su respuesta ante el simple deseo de su Señor en la anunciación. Dios quería que Ella fuera la Madre de Jesucristo y María, sabiendo que era lo que Dios quería, responde con prontitud y sencillez: *“He aquí la esclava del Señor...”* (Lc 1, 26). Una respuesta basada solamente en el amor, un amor que no se reservó nada para ella, pues era total.

María nos recuerda además que amar a Dios implica también amar a los otros. Ya que, quien se sabe amado por Dios, siente la necesidad de entregar ese amor que ha recibido. Pero, ¿cómo donarse? ¿Cómo entregar este amor de Dios a los demás? Nos fijamos en María como modelo de caridad. ¿De qué modo María es para la Iglesia ejemplo viviente de amor?, se pregunta el Papa Francisco, para esto, pensemos

2 CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA , 1822.

en su disponibilidad frente a su pariente Isabel. Visitándola, la Virgen María no le llevó ninguna ayuda material, pero **le ha llevado a Jesús**, que ya vivía en su seno. Llevar a Jesús a esa casa quería decir llevar la alegría, la alegría plena. Isabel y Zacarías estaban felices por un embarazo que parecía imposible a su edad, pero es la joven María la que les lleva a la alegría plena, la que viene de Jesús y del Espíritu Santo y se expresa en la caridad gratuita, en el compartir, en el ayudarse y en el comprenderse. La Virgen quiere traernos a nosotros, a todos, el gran regalo que es Jesús: y con Él nos trae su amor, su paz, su alegría. Así la Iglesia: no es una agencia humanitaria sino que es enviada a llevar a Cristo y su Evangelio a todos; no se lleva a sí misma, sino el amor de Dios, la caridad de Cristo que transforma a los hombres y las mujeres y renueva el mundo.

Las cualidades de la caridad de María son **la prontitud, el servicio y la humildad**. Prontitud que se demostró en la agilidad para ir de su ciudad, Nazaret, a la ciudad de Judá, aunque ésta estuviera en la montaña; no le importó dejar su casa y a su familia. Para María lo más importante era amar y vivir la caridad, era servir y vivir la humildad. Adoptó siempre una actitud de donación, de entrega, de servicio. Y seguramente, en el corazón de María siempre había una constante: *"¿Que más puedo hacer para hacer felices a los que viven mi alrededor?"*

En esta fiesta de Nuestra Madre, agradezco a al Hermano Mayor y Junta de Gobierno del Santo Hospital de Caridad la labor tan extraordinaria que están realizando para facilitar el encuentro de los miles de peregrinos que vendrán a esta Basílica a los pies de la Virgen de la Caridad. Mi agradecimiento a las autoridades civiles, especialmente al Excmo. Ayuntamiento; mi agradecimiento a toda Cartagena por ser tan fantásticos anfitriones. Muchas gracias Don Francisco Montesinos, Rector de esta Basílica.

Pidamos al Señor que nos dé su gracia, su fuerza, para que en nuestra vida y en la vida de toda comunidad eclesial se refleje el modelo de María, Madre de la Iglesia.

+ José Manuel
Obispo de Cartagena

MISA CRISMAL



EL OBISPO DE CARTAGENA

EL SACERDOTE, DON DE CRISTO PARA LA COMUNIDAD

Murcia

Lunes, 30 de marzo de 2015

Queridos hermanos

Con la misma ilusión y responsabilidad que habéis venido a la Misa Crismal me pongo delante del Señor para darle gracias por el don del sacerdocio, precisamente en este día donde renovamos las promesas sacerdotales, se trata de la más bella manifestación de estrecha unión de los presbíteros con su obispo y, personalmente, me siento muy orgulloso de este presbiterio de la Diócesis de Cartagena.

Nuestro sacerdocio sacramental es un ministerio de "servicio" respecto a la comunidad de los creyentes y así lo viviremos la tarde del Jueves Santo cuando volvamos a realizar el signo del lavatorio de los pies que nos enseñó Jesús. Hoy renovaremos las promesas que le hicimos al Señor, cuando fuimos llamados por Él para este servicio y nos haremos conscientes de la humildad que lleva aceptar el ministerio, porque le volvemos a decir al Señor que cuente con nosotros, que el proyecto es suyo y nosotros somos sus colaboradores. Le diremos que nuestro deseo es estar más unidos y configurados a Él, renunciando a

nosotros mismos y reafirmandonos en la promesa de cumplir los sagrados deberes de ser sacerdotes. Pero se nos pedirá que concretemos esta palabra de compromiso y digamos en voz alta que nuestro deseo es ser buenos dispensadores de los misterios de Dios, en la Eucaristía y en los sacramentos; en la predicación y en la caridad movidos únicamente por el celo de las almas. Toda nuestra vida la ponemos a los pies del Señor, somos del Señor, a Él le pertenecemos y por Él nos ponemos al servicio de los hermanos. Esto implica un constante examen de conciencia, revisión de nuestra vida volver a decirle a Jesús, aquí estoy para hacer tu voluntad. Hemos recibido un regalo muy grande y una gran responsabilidad.

No ha sido la misma comunidad de la que hemos salido quien “llama” o “delega”, sino que la invitación procede de Cristo mismo, de la plenitud de su sacerdocio, que nos envía como un don para la Iglesia, para la comunidad. Así lo expresaba el santo Papa Juan Pablo II: *Cristo haciéndonos a todos idóneos para ofrecer el sacrificio Espiritual, llama a algunos y los capacita para ser ministros de su mismo sacrificio sacramental, la Eucaristía, a cuya oblación concurren todos los fieles y en la que se insertan los sacrificios Espirituales del Pueblo de Dios.*

Toda nuestra existencia está y debe estar impregnada profundamente por este servicio, si queremos realizar de manera real y adecuada el Sacrificio eucarístico *in persona Christi*. Ser sacerdote es algo que nos supera, que nos exige dar un salto a la realidad visible, sin alejarse de ella, para conectar más y mejor con el corazón de Dios, por medio de la oración y ser un puente de dos direcciones, no perder el contacto con los hermanos y mantenerlo con el Señor. Esto nos hace a los sacerdotes especiales, requiere una peculiar integridad de vida y de servicio, y precisamente esta integridad conviene profundamente a nuestra identidad sacerdotal. En ella se expresa al mismo tiempo, la grandeza de nuestra dignidad y la “disponibilidad” adecuada a la misma: se trata de humilde prontitud para aceptar los dones del Espíritu Santo y para dar generosamente a los demás los frutos del amor y de la paz, para darles la certeza de la fe, de la que derivan la comprensión profunda del sentido de la existencia humana y la capacidad de introducir el orden moral en la vida de los individuos y en los ambientes humanos.

Ya que el sacerdocio nos es dado para servir incesantemente a los demás, como hacía Jesucristo, no debemos renunciar al mismo a causa de las dificultades que encontramos y de los sacrificios que se nos exigen. Igual que los Apóstoles, *nosotros lo hemos dejado todo y hemos seguido a Cristo*; debemos, por eso, perseverar junto a Él en el momento de la cruz.

Queridos hermanos, no dejéis nunca de orar al Señor para que nos mantenga fuertes y decididos a hacer la voluntad de Dios con fidelidad, fieles a la Iglesia, nuestra Madre, para que en medio de las diferencias, seamos siempre y en todo lugar portadores de la específica vocación, que seamos portadores de la gracia de Cristo, Eterno Sacerdote, y del carisma del Buen Pastor. Aquí está el centro de nuestra atención diaria, que no la podemos olvidar jamás; no renunciemos nunca a esto; así nos debemos mantener en todo tiempo, lugar y modo. En esto consiste el arte máximo al que Jesucristo nos ha llamado: *El Arte de las artes es la guía de las almas*, escribía S. Gregorio Magno, un sacerdote es un don para la comunidad.

Ya sabemos que nuestra condición es frágil, que el adversario acecha para ver a quien devorar, pero la advertencia la dice claramente el Señor: estad vigilantes y alerta, para no caer en la tentación (Mt 26, 41). Es preciso asegurarnos los vínculos más fuertes para mantenernos unidos al Señor, la manera de que ni en las tormentas más violentas nos separen de Él. En el Nuevo Testamento nos desvela el Señor el poder de la oración. La oración, pues, había de ser para los Apóstoles *el modo* concreto y eficaz *de participar en la "hora de Jesús"*, de enraizarse en Él y en su misterio pascual. Sin la oración existe el peligro de aquella "tentación" en la que cayeron por desgracia los Apóstoles cuando se encontraron cara a cara con el "escándalo de la cruz" (cfr. Gál 5, 1 l). Dentro de las responsabilidades y las tormentas de la vida la oración es el medio que nos permite permanecer constantemente en Cristo, "velar" con Cristo *de cara a su "hora"*.

Por medio de la oración se nos permite reconocer a los "que el Padre nos ha dado"... Estos son, ante todo, los que, por así decirlo, son puestos

por el Buen Pastor en el camino de su servicio sacerdotal, *de su labor pastoral*. El Papa Francisco está abriendo las ventanas de la Iglesia para que se renueven los aires y percibamos que la primavera es una realidad necesaria, esperanza de vida, luz y color, transparencia y serenidad, abrir caminos para el encuentro con la misericordia de Dios. El Papa Francisco ha abierto la puerta y nos dice, “vamos, salid, anunciad lo que el amor no puede callar”, anunciadlo a todos, a los niños, adultos, ancianos. Esta es vuestra tarea: la juventud, las parejas de novios, las familias, pero también las personas solas. Son los enfermos, los que sufren, los moribundos. Son los que están espiritualmente cercanos, dispuestos a la colaboración apostólica, pero también los lejanos, los ausentes, los indiferentes, muchos de los cuales, sin embargo, pueden encontrarse en una fase de reflexión y de búsqueda. Son los que están mal dispuestos por varias razones, los que *se encuentran en medio de dificultades de naturaleza diversa*, los que luchan contra los vicios y pecados, los que luchan por la fe y la esperanza. Los que buscan la ayuda del sacerdote y los que lo rechazan.

¿Cómo ser sacerdote “para” todos ellos y para cada uno según el modelo de Cristo? ¿Cómo ser sacerdote “para” aquéllos que “*el Padre nos ha dado*”, confiándonoslos como un encargo? Nuestra prueba será siempre una prueba de amor, una prueba que hemos de aceptar, antes que nada, en el terreno de la oración. Pero, sobre todo, ser capaces de amar a la gente con un corazón nuevo, grande y puro, con auténtica renuncia a nosotros mismos, con entrega total, continua y fiel, y a la vez con un claro y nítido *celo* apostólico, con la ternura, propia de una madre, que incluye los *dolores de parto*, hasta que *Cristo no sea formado* en los fieles (Gal 4,19)¹. Una entrega sin reservas, sin vacaciones. Os pediría que vierais el vídeo de promoción de la asignatura de Religión que ha hecho la Delegación de Enseñanza de nuestra Diócesis, para tener la oportunidad de gozar con la última catequesis de Don Javier, la ternura.

Desde el Martes Santo pasado hasta hoy, la familia de la Iglesia diocesana y, especialmente el presbiterio, hemos asistido, con dolor y esperanza, a la despedida de varios de nuestros hermanos sacerdotes, a

1 SAN JUAN PABLO II, *Pastores Dabo Vobis*, 22c.

los que seguimos confiando a la misericordia de Dios: D. Domingo López Marín, 12 de junio; Don Antonio Pujante Molina, 6 de octubre; Don Miguel Conesa Andugar, el 8 de noviembre; Don Javier Azagra Labiano, el 16 de noviembre; Don Juan Uribe de Cara, 21 de diciembre; Don Clemente Lucio Guirao López, 13 de marzo; Don José María García García, 21 de marzo; y recientemente, Don Antonio Yelo Templado, 25 de marzo. Que descansen en paz. Por mi parte os propongo que de ahora en adelante, cada vez que muera un hermano sacerdote, todos ofrezcamos cinco misas por su alma. También presentamos a los religiosos y religiosas que este año, sirviendo en la Diócesis, ha pasado a la presencia del Altísimo.

Quiero dar gracias a Dios por la participación de sacerdotes y laicos en las actividades diversas del Año de la Caridad, por la especial sensibilidad para acercarse a los más necesitados al corazón de Dios y reactivar en la Iglesia y en nuestras parroquias el corazón samaritano. Las peregrinaciones a la Basílica de la Caridad de Cartagena están haciendo mucho bien y os animo a los que aún las tenéis pendientes. Con gozo espero el día 19 de abril, convocados todos los fieles de parroquias, movimientos y asociaciones a Cartagena, para celebrar la fe ante la bendita imagen de la Virgen de la Caridad. Será un signo de comunión y de unidad, a la vez que ponemos a la Madre como intercesora nuestra.

Otro motivo de sincera alegría es que en este Martes Santo renuevan, por primera vez con el presbiterado de Cartagena, los sacerdotes ordenados el curso pasado: Galo Leonel, Pedro José, Eduardo Miguel y Antonio Lucas. Los once diáconos ordenados este año ya se están preparando para su incorporación a esta familia.

Que la Santísima Virgen nos mire con particular afecto a todos nosotros, sus hijos predilectos, en esta fiesta anual de nuestro sacerdocio. Que infunda sobre todo en nuestro corazón un gran deseo de santidad. Hoy, que nos hemos acercado a los orígenes de nuestro sacerdocio, se nos recuerda también el deber de aspirar a la santidad, para ser “ministros de la santidad” en favor de los hombres y mujeres confiados a nuestro servicio pastoral. Os pido a cada uno de vosotros, queridos hermanos, laicos comprometidos en vuestra vida con el proyecto del Señor y que

trabajáis por el bien de los hermanos, que recéis por los sacerdotes, para que entregados al Señor, prediquemos más con la vida y con las obras, en la caridad pastoral.

Invoco sobre todos vosotros la protección de María, Madre de la Iglesia y Madre de los Sacerdotes, Virgen de la Caridad y Virgen de la Fuensanta, para que os bendiga en todo momento.

+ José Manuel
Obispo de Cartagena

ENERO 2015

Viernes 2

- Preside la Eucaristía en la Parroquia de San Basilio, de Murcia, con motivo de la fiesta del titular.

Sábado 3

- Por la mañana, recepción de visitas.

Lunes 5

- Por la mañana, recepción de visitas.
- Por la tarde, recibe en Palacio a SSMM. los Reyes Magos de Oriente en su visita al Belén Municipal.

Miércoles 7

- Por la mañana, recepción de visitas.
- Reunión del Consejo Episcopal.

Jueves 8

- Recepción de visitas.

Viernes 9

- Por la mañana, recepción de visitas.
- Por la tarde, preside la Eucaristía funeral por D. Javier Azagra Labiano, Obispo emérito, en la Basílica de la Stma. Vera Cruz de Caravaca de la Cruz.

Sábado 10

- Recepción de visitas.

Domingo 11

- Preside en el Seminario Mayor de San Fulgencio la Eucaristía con motivo de la fiesta anticipada del patrón, a la que asisten los superiores del Seminario junto a los seminaristas y sus familiares.

Lunes 12

- Recepción de visitas.

Martes 13

- Recepción de visitas.

Miércoles 14

- Reunión del Consejo Episcopal.

Jueves 15

- Recepción de visitas.
- Comparte el almuerzo con los sacerdotes ordenados en el año 2.008.

Viernes 16

- Por la mañana preside la Eucaristía en la S.I. Catedral con motivo de la festividad de San Fulgencio, patrono de la diócesis y del Seminario Mayor.
- Por la tarde, recepción de visitas.

Sábado 17

- Preside la Eucaristía con motivo de la festividad de San Antonio Abad en la ermita de San Antón de Murcia.

Del 18 al 23

- Asiste a los Ejercicios Espirituales para sacerdotes que tienen lugar en Villa Pilar, y que dirige el Sr. Obispo de Asidonia-Jerez, Mons. José Mazuelos.

Viernes 23

- Por la noche, bendice en la Ermita de la Soledad de Cehegín la exposición sobre las imágenes de Semana Santa de dicha localidad.

Sábado 24

- Por la mañana, recepción de visitas.
- Por la tarde, preside la Eucaristía y confiere el sacramento de la confirmación a un grupo de jóvenes de la parroquia San José Obrero de Cieza.

Domingo 25

- Por la mañana, preside la Eucaristía del Encuentro Diocesano de Hermandades y Cofradías en la explanada del Puerto de Cartagena.

Lunes 26

- Recepción de visitas.

Martes 27

- Por la mañana, reunión del Consejo Episcopal.
- Por la tarde, recepción de visitas.

Miércoles 28

- Con motivo de la festividad de Santo Tomás de Aquino, celebra, por la mañana la Eucaristía y asiste a la conferencia que con tal motivo se celebran en el Centro de Estudios Teológicos de nuestra diócesis.
- Comparte el almuerzo con los seminaristas.
- Por la tarde, recepción de visitas.

Jueves 29

- Recepción de visitas.

Viernes 30

- Por la mañana, recepción de visitas.
- Por la tarde, preside la Eucaristía en Fuente Álamo con motivo del 75 aniversario de la imagen de S. Agustín, patrón de dicha localidad.

Sábado 31

- Preside la Eucaristía en la parroquia de María Auxiliadora, Salesianos, de Los Dolores de Cartagena, con motivo de la festividad de S. Juan Bosco.

FEBRERO 2015

Domingo 1

- Preside la Eucaristía en la S.I. Catedral de Murcia con motivo de la Jornada de la Vida Consagrada, con los religiosos y religiosas de toda la diócesis.

Lunes 2

- Recepción de visitas.
- Por la tarde, asiste en la Filmoteca Regional a la apertura de la Semana de Cine Espiritual, que organiza la Delegación de Enseñanza de la Diócesis.

Martes 3

- Preside la Jornada de Formación Permanente del Clero, que tiene lugar en el CETEP, con la intervención de Mons. José Ángel Sainz Meneses, Obispo de Tarrasa.

Del 4 al 6

- Asiste en Málaga al Encuentro de Vicarios y Arciprestes de la Provincia Eclesiástica.

Sábado 7

- Por la mañana, recepción de visitas.
- Por la tarde, preside la Eucaristía por la reapertura de la Ermita de Santa Bárbara, en Yecla.

Lunes 9

- Recepción de visitas.

Martes 10

- Recepción de visitas.

Miércoles 11

- Reunión del Consejo Episcopal.

Jueves 12

- Recepción de visitas.
- Asiste en Lorca a la bendición y colocación de la primera piedra del nuevo templo de Cristo Rey, en el barrio de la Viña. El anterior templo fue demolido tras los terremotos de 2011.

Viernes 13

- Durante todo el día, recepción de visitas.

Sábado 14

- Preside la Eucaristía en el Centro Penitenciario de Campos del Río, clausurando las Misiones Populares que allí se han llevado a cabo.

Domingo 15

- Preside la Eucaristía en la S.I. Catedral con motivo de la Convivencia Diocesana de la Hospitalidad de Lourdes, donde imparte el sacramento de la Unción de Enfermos.

Lunes 16

- Recepción de visitas.

Martes 17

- Por la mañana, preside la reunión de la Comisión Mixta para la restauración de Lorca, que tiene lugar en el Palacio Episcopal.

Miércoles 18

MIÉRCOLES DE CENIZA

- Por la mañana preside el Viacrucis y la Eucaristía con imposición de la Ceniza, en la S.I. Catedral de Murcia.
- Por la tarde imparte el retiro de Cuaresma a los seminaristas mayores de los dos Seminarios de la Diócesis.

Jueves 19

- Por la mañana, recepción de visitas. Asiste a la rueda de prensa donde la orquesta sinfónica de la UCAM presenta sus conciertos a beneficio de Caritas para esta cuaresma, en Cartagena y Murcia. Igualmente, recibe junto al director diocesano de Cáritas una furgoneta donada por la Comunidad Autónoma por medio de la Consejería de Economía y Hacienda.
- Por la tarde, recepción de visitas.

Viernes 20

- Durante todo el día, recepción de visitas.

Sábado 21

- Se traslada a Barbastro (Huesca) para la consagración y toma de posesión de aquella Diócesis de su nuevo Obispo, Mons. Ángel Pérez Pueyo, que tiene lugar el 22 de febrero.

Martes 24

- Imparte el retiro de cuaresma para los sacerdotes y preside la celebración penitencial en el Santuario de la Fuensanta de Murcia.
- Por la tarde, preside las Vísperas Solemnes en la Basílica de la Caridad de Cartagena, con motivo del inicio de la Cuaresma.

Miércoles 25

- Por la mañana, se reúne con la Comisión de Obras. Igualmente, asiste a la Apertura de las casetas de la Semana del Voluntariado de la UCAM, en el paseo Alfonso X de Murcia.
- Por la tarde, asiste en el Monasterio de Santa Ana de Murcia a la vigilia de oración de inicio de la Campaña del Día del Seminario.

Jueves 26

- Consejo Episcopal.
- Por la tarde, recibe la Sagrada Imagen de la Patrona de Murcia, Nuestra Señora de la Fuensanta en la Parroquia de Ntra. Sra. del Carmen, y la acompaña hasta la S.I. Catedral.

Viernes 27

- Recepción de visitas.

Sábado 28

- Preside la Eucaristía en la Basílica de la Stma. Virgen de la Caridad, de Cartagena, con motivo del Encuentro Diocesano de Jóvenes Cofrades.
- Por la tarde, preside la Eucaristía y confiere el sacramento de la confirmación a un grupo de jóvenes de la parroquia San Lorenzo de Murcia.

MARZO 2015

Domingo 1

- Preside la Eucaristía en la Parroquia de Ntra. Sra. de la Paz de Murcia, con motivo del inicio de las Misiones Populares.

Lunes 2

- Por la mañana, recepción de visitas.
- Visita el proyecto de Cáritas Diocesana de El Campico, en Alcantarilla
- Por la tarde, asiste en el Instituto Teológico de Murcia a la conferencia de Mons. Carballo, Secretario de la Congregación de Religiosos.

Martes 3

- Por la mañana, recepción de visitas. Se reúne también con los sacerdotes ordenados en los últimos cinco años y comparte con ellos el almuerzo, en Villa Pilar.
- Por la tarde, recepción de visitas y reunión del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos.

Miércoles 4

- Por la mañana, reunión del Consejo Episcopal.
- Por la tarde, recepción de visitas.

Jueves 5

- Recepción de visitas.

Viernes 6

- Se conmemora su XI Aniversario de Ordenación Episcopal.
- Por la mañana preside el Vía Crucis y la Santa Misa en la Parroquia de Santa María de Gracia, de Cartagena.
- Por la tarde preside la Eucaristía de Nto. Padre Jesús del Rescate en la Parroquia de San Juan Bautista de Murcia.

Sábado 7

- Por la mañana, asiste en el Colegio de Santa Joaquina Vedruna de Murcia al Encuentro de Profesores de Centros Concertados, que anualmente organiza FERE-CECA.
- Por la tarde, preside la Eucaristía y confiere el sacramento de la confirmación a un grupo de jóvenes de la parroquia del Barrio del Progreso, de Murcia.

Domingo 8

- Preside en Guadalupe la Eucaristía del Pleno de la Delegación de Cofradías y Hermandades.
- Asiste en el Teatro Romea de Murcia, al Pregón de Semana Santa.

Lunes 9

- Por la mañana asiste a la rueda de prensa donde se anuncia la salida extraordinaria de la Stma. Virgen de la Fuensanta a la Parroquia de Ntra. Sra. de la Paz, con motivo de las Misiones Populares.
- Preside la reunión del Colegio de Consultores. Recepción de visitas.
- Por la tarde, preside la Eucaristía de desagravio por la profanación de la Sagrada Eucaristía en la Capilla del Hospital Rafael Méndez de Lorca.

Martes 10

- Por la mañana, preside la reunión de la CCB.
- Por la tarde, recepción de visitas.
- Preside la Eucaristía en la S.I. Catedral con motivo del X Aniversario de los Atentados de Madrid, junto a las autoridades regionales y locales, y la Asociación de Víctimas del Terrorismo.

Miércoles 11

- Recepción de visitas.
- Reunión del Consejo Episcopal.

Jueves 12

- Recepción de visitas.

Viernes 13

- Por la mañana, recepción de visitas.
- Por la tarde, imparte una conferencia en la parroquia de San Sebastián de Almería con motivo de la Coronación Canónica de Ntra. Sra. de las Huertas.

Sábado 14

- Preside en la S.I. Catedral la Misa Exequiral por el Ilmo. Sr. D. Clemente Lucio Guirao, canónigo.

Domingo 15

- Por la mañana acompaña desde la S.I. Catedral en su salida extraordinaria a la Stma. Virgen de la Fuensanta a la Parroquia de Ntra. Sra. de la Paz, con motivo de las Misiones Populares, donde preside la Eucaristía de clausura.
- Por la tarde, preside la Eucaristía del Encuentro Diocesano de la Renovación Carismática en Cabezo de Torres.

Lunes 16

- Recepción de visitas.

Martes 17

- Por la mañana, preside la Eucaristía en la S.I. Catedral con motivo de la festividad de San Patricio, copatron de la diócesis y patrón de la Policía Local de Murcia.
- Saluda a los participantes en el encuentro nacional de directores de museos de catedrales que se reúnen en Murcia en estos días.
- Recepción de visitas.
- Por la tarde, preside las Exequias por el padre del sacerdote D. Luis Emilio Pascual, en la Basílica de La Purísima, de Yecla.

Miércoles 18

- Por la mañana, reunión del Consejo Episcopal.
- Por la tarde, preside la Salve Grande de la Cofradía California en la Parroquia de Santa María de Gracia de Cartagena.

Jueves 19

- Preside la Eucaristía del día de S. José en la residencia de Ancianos de las Hermanitas de los Pobres, en Murcia.

Viernes 20

- Recepción de visitas.
- Por la noche, asiste al Concierto a beneficio de Cáritas de la Orquesta Sinfónica de la UCAM en Murcia.

Sábado 21

- Preside en el Seminario Mayor de San Fulgencio la Eucaristía del Encuentro Diocesano de Monaguillos.

Domingo 22

- Por la mañana, se reúne con los jóvenes que participan en la “Ruta de la Caridad”, con motivo del encuentro de Cuaresma con el Obispo, que organiza la Delegación de Juventud.
- Por la tarde, preside la Eucaristía de acción de gracias por la reapertura del templo parroquial de Ntra. Sra. del Carmen, de Lorca, restaurado tras los terremotos de 2011.

Lunes 23

- Por la mañana, rueda de prensa para presentar la iniciativa de colaboración de las Cofradías de Murcia con Jesús Abandonado. Éstas sufragarán y colaborarán con dicha institución en las comidas de toda la Semana Santa.
- Preside las exequias por el sacerdote D. José María García, en la parroquia del Inmaculado Corazón de María, de Barrio Peral, en Cartagena.

Martes 24

- Durante todo el día, recepción de visitas.
- Por la tarde, preside la Misa de acción de gracias por el centenario del nacimiento de Santa Rosa María Molas, fundadora de las Hermanas de la Consolación, en la parroquia de El Salvador de Caravaca de la Cruz.

Miércoles 25

- Reunión del Consejo Episcopal.
- Por la tarde, recepción de visitas.

Jueves 26

- Por la mañana, rueda de prensa para presentar la campaña de Matriculación de Religión en la escuela y el II Congreso sobre el Futuro de la ERE, organizado por la Delegación de Enseñanza.
- Recepción de visitas.

Viernes 27

Viernes de Dolores:

- Preside la Eucaristía en la Basílica de Ntra. Sra. de la Caridad, de Cartagena, con motivo de la festividad patronal.
- Pronuncia el Pregón de la Semana Santa cartagenera.

*Durante toda la **Semana Santa**, como es tradicional, el Sr. Obispo bendice a su paso por la plaza del Cardenal Belluga las imágenes de las cofradías murcianas, así como a los que las portan.*

Sábado 28

- Recibe en Alcantarilla la distinción del *Gallo de Oro* por parte de la Cofradía de San Pedro, de dicha localidad.

Domingo 29

- Preside la Procesión de la entrada triunfal del Señor en Jerusalén y la Eucaristía en la S. I. Catedral, en el domingo de Ramos.
- Por la tarde, bendice la imagen de S. Francisco Javier y asiste a la inauguración de la remodelación de la plaza de la Iglesia de San Javier.

Lunes 30

- Por la mañana, recepción de visitas.
- Asiste a la bajada del Cristo del Perdón, en la parroquia de San Antolín de Murcia.

Martes 31

- Preside la Santa Misa Crismal, en la S.I. Catedral, concelebrada por el presbiterio diocesano, en la que bendice los oleos y consagra el Santo Crisma.
- Recepción de visitas.

SECRETARÍA GENERAL

DECRETOS

A) NOMBRAMIENTO DE PRESBITEROS

24 de febrero de 2015:

1- Rvdo. D. Pedro Juan Martínez Serrano,

Debiendo ser constituido un tribunal que interrogue a Testigos que conocieron al Siervo de Dios Juan Paco Baeza, durante los diez últimos años de su vida, se le nombra **Perito teólogo**.

26 de enero de 2015:

1- Rvdo. P. José Luis Cano Soriano, SJ

Confesor ordinario de las Religiosas del Convento de San Antonio de las Madres Concepcionistas Franciscanas, de Algezares.

6 de marzo de 2015:

1- Rvdo. D. Mateo Clares Sevilla

Administrador Parroquial de la Parroquia de la Inmaculada Concepción, de Alhama de Murcia.

2- Rvdo. D. Manuel Pérez Martínez

Párroco de la Parroquia de Santa María de Guadalupe.

Cesando del cargo de Administrador Parroquial de la parroquia de La Inmaculada Concepción de Alhama de Murcia.

23 de marzo de 2015:

1- Rvdo. D. Méthode Twagiramungu

Consiliario de la Asociación de hijas de María Inmaculada y Antiguas Alumnas del Colegio "Purísima Concepción", de Cartagena.

B) ASOCIACIONES DE FIELES Y FUNDACIONES

26 de enero de 2015:

- **COF-0112** Modificación de los Estatutos de la **Cofradía del Santísimo Cristo de la Caridad**, de Murcia.

27 de enero de 2015:

- **CAB-0005** Confirmación y nombramiento de **D. José María Díez Serrano**, como Presidente de la **Junta de Cofradías y Hermandades Pasionarias**, de Alhama de Murcia, por período de UN AÑO, desde su válida elección.
- **COF-0183** Prorroga de la aprobación, *ad experimentum*, por UN AÑO de los Estatutos de la **Hermandad de Nuestra Señora de los Dolores–Paso Negro**, de Alhama de Murcia. Autorización de cambio de denominación, pasando a denominarse como: **Hermandad de Nuestra Señora de los Dolores y de la Soledad–Paso Negro**. Confirmación de Erección canónica como Asociación Pública de Fieles, y reconocimiento de personalidad jurídica eclesiástica pública.
- **COF-0038** Confirmación y nombramiento de **D. José Cerón Belchí**, como Presidente de la **Cofradía de Santa María Magdalena** de Alhama de Murcia, por período de DOS AÑOS, desde su válida elección, instándosele a completar a la mayor brevedad lo dispuesto en nuestro Decreto de 21 de septiembre de 2012, a los fines previstos en el mismo.

- **COF-0202**

- o Aprobación de Estatutos de la **Cofradía del Santísimo Cristo de la Agonía**, de Santo Ángel (Murcia). Erección canónica como Asociación Pública de Fieles, y reconocimiento de personalidad jurídica eclesiástica pública.
- o Confirmación y nombramiento de **Don Juan Jesús González Gurillo**, como Hermano Mayor/Presidente de la **Cofradía del Santísimo Cristo de la Agonía**, de Santo Ángel (Murcia), por CUATRO AÑOS, desde su válida elección, instándosele a completar a la mayor brevedad lo dispuesto en nuestro Decreto de 21 de septiembre de 2012, a los fines previstos en el mismo.

28 de enero de 2015:

- **COF-0183** Confirmación y nombramiento de **D. Miguel Ángel Redondo López**, como Presidente de la **Hermandad de Nuestra Señora de los Dolores y de la Soledad –Paso Negro**, de Alhama de Murcia, por período de TRES AÑOS, desde su válida elección, instándosele a completar a la mayor brevedad lo dispuesto en nuestro Decreto de 21 de septiembre de 2012, a los fines previstos en el mismo.

30 de enero de 2015:

- **COF-0258** Confirmación y nombramiento de **D. Juan Antonio Ayala Pando**, como Hermano Mayor de la **Cofradía de la Virgen de la Soledad del Monte Calvario**, del Barrio de Santa Lucía, en Cartagena, por período de CUATRO AÑOS, desde su válida elección, instándosele a completar a la mayor brevedad lo dispuesto en nuestro Decreto de 21 de septiembre de 2012, a los fines previstos en el mismo.

3 de febrero de 2015:

- COF-0349
 - Aprobación de Estatutos de la **Cofradía de la Virgen de los Dolores y San Juan**, de Sangonera la Verde.
 - Confirmación y nombramiento de **Don Juan Pedro Guirao Sánchez**, como Presidente de la **Cofradía de la Virgen de los Dolores y San Juan**, de Sangonera la Verde, por CUATRO AÑOS, desde su válida elección, instándosele a completar a la mayor brevedad lo dispuesto en nuestro Decreto de 21 de septiembre de 2012, a los fines previstos en el mismo.

5 de febrero de 2015:

- COF-0320 Confirmación y nombramiento de **D. Diego Manuel Martínez Vidal**, como Presidente de la **Hermandad y Cofradía de Jesús Flagelado y Descendimiento de la Cruz**, de Totana, por período de CUATRO AÑOS, desde su válida elección, instándosele a completar a la mayor brevedad lo dispuesto en nuestro Decreto de 21 de septiembre de 2012, referido *ut supra*.
- COF-0569
 - Aprobación de Estatutos de la **Cofradía de San Juan Evangelista**, de San José de la Vega, erección canónica como Asociación Pública de Fieles, y reconocimiento de personalidad jurídica eclesial pública.
 - Confirmación y nombramiento de **Doña María del Carmen Marín Pedreño**, como Presidente de la **Cofradía de San Juan Evangelista**, de San José de la Vega, por CUATRO AÑOS, desde su válida elección.

16 de febrero de 2015:

- ASO-0008 Confirmación y nombramiento del **Sr. D. José Salvador Ortí Marco** como Presidente Diocesano de la **Asociación Scouts Católicos de Murcia – M.S.C.** por período de TRES AÑOS, según establecen los Estatutos por los que se rige dicha Asociación Pública de Fieles.

- **COF-0098** Aprobación definitiva de los Estatutos de la **Venerable Cofradía de Servitas de María Santísima de las Angustias**, de Murcia, según texto aprobado *ad experimentum* por Decreto de 15 de noviembre de 2006, con las modificaciones introducidas ahora y contenidas en oportuno Anexo. Erección canónica como Asociación Pública de Fieles, y reconocimiento de personalidad jurídica eclesiástica pública.

- **COF-0348**
 - Aceptación de la renuncia de **Don Pascual García Ródenas** como Presidente de la **Cofradía Virgen del Primer Dolor**, de Cehegín, con fecha de efecto 30 de enero del presente año.
 - Confirmación y nombramiento de **Don Pedro Alfonso de Maya Ruiz**, como Presidente de la **Cofradía Virgen del Primer Dolor**, de Cehegín, por CUATRO AÑOS, desde su válida elección.

- **COF-0562**
 - Aceptación de la renuncia de **Doña Francisca Atenza Asensio** como Presidenta de la **Cofradía de San Pedro Apóstol y María de Salomé**, de Ceutí, con fecha de efecto 30 de enero del presente año.
 - Confirmación y nombramiento de **Don Pedro Ayala Nieto**, como Presidente de la **Cofradía de San Pedro Apóstol y María de Salomé**, de Ceutí, por período de CUATRO AÑOS, desde su válida elección.

17 de febrero de 2015:

- **COF-0461** Aprobación definitiva de los Estatutos de la **Cofradía del Santísimo y Ánimas**, de Mula.

18 de febrero de 2015:

- **COF-0346** Confirmación y nombramiento de **Doña Fulgencia Manzaneres Conesa**, como Presidenta de la **Hermandad de San Antonio de Padua**, de Lobosillo (Murcia), por período de TRES AÑOS, desde su válida elección.

22 de febrero de 2015:

- **COF-0570**
 - o Aprobación de las Constituciones por las que se ha de regir la **Real e Ilustre Archicofradía de Nuestra Señora del Rosario**, de Lorca (Murcia). Erección canónica como Asociación Pública de Fieles, y reconocimiento de personalidad jurídica eclesiástica pública.
 - o Confirmación y nombramiento de **Don Rafael Artero del Álamo**, como Hermano Mayor de la **Real e Ilustre Archicofradía de Nuestra Señora del Rosario**, de Lorca, por período de CINCO AÑOS, desde su válida elección.

24 de febrero de 2015:

Debiendo ser constituido un tribunal que interrogue a Testigos que conocieron al Siervo de Dios, Juan Paco Baeza durante los diez últimos años de su vida, se nombra al **Sr. D. Francisco García Marco** para la Comisión Histórica.

6 de marzo de 2015:

Nombramientos de los miembros del Patronato de la Fundación **“Patronato de Jesús Abandonado”**, de Murcia, por el tiempo de UN AÑO, a las siguientes personal y cargos:

- 1 - **D. José Moreno Espinosa** (Vicepresidente 1º)
- 2 - **D. Manuel Lecha Legua** (Vicepresidente 2º)
- 3 - **D. Javier Navarro Valls** (Secretario General)
- 4 - **D. Gustavo Melgares Guerrero** (Administrador-Tesorero)

- 5 - D. Fernando Alcaráz Alemán (Vocal)
- 6 - D^a. M^a Teresa Bernal Canales (Vocal)
- 7 - D. Jaime Ferrán Bernal (Vocal)
- 8 - D. Tomás Fuertes Fernández (Vocal)
- 9 - D^a. María del Carmen González García (Vocal)
- 10 - D. José Luis Moya Doménech (Vocal)
- 11 - D. Joaquín Samper Juan (Vocal)
- 12 - D. Silvino Sánchez Fajardo (Vocal)
- 13 - Hno. Benjamín Pamplona Calahorra, O.H. (Vocal)
- 14 - Hno. José Luis Fonseca Bravo, O.H. (Vocal)
- 15 - Hno. Enric Pastor Hereu, O.H. (Vocal)

9 de marzo de 2015:

1 - D. Pedro Juan Martínez Serrano,

Vicepresidente del Consejo de Pastoral Parroquial de la **Parroquia de Ntra. Sra. del Rosario** de Torre Pacheco.

11 de marzo de 2015:

- COF-0384

- o Aprobación de Estatutos de la **Hermandad del Santísimo Corpus Christi y Virgen de la Salud**, de Archena. Autorización de cambio de denominación, debiendo constar, a todos los efectos, como: **Hermandad del Santísimo Corpus Christi y Santísima Virgen de la Salud**. Confirmación de erección canónica de dicha Hermandad como Asociación Pública de Fieles, así como su reconocimiento de personalidad jurídica eclesiástica pública.
- o Confirmación y nombramiento de **Don Juan José Rodríguez Rodríguez**, como Presidente de la **Hermandad del Santísimo Corpus Christi y Santísima Virgen de la Salud**, de Archena, a todos los efectos, por un período de CUATRO AÑOS, desde el momento de su válida elección, instándosele a fin de que, a la mayor brevedad, dé cumplimiento a lo dispuesto en nuestro Decreto de 21 de septiembre de 2012, referido *ut supra*.

17 de marzo de 2015:

• COF-0066

- o Aprobación *Ad experimentum*, por CUATRO AÑOS, de los Estatutos de la **Pontificia, Real e Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús en el Doloroso Paso del Prendimiento (Californios)**.
- o Prórroga del nombramiento, como Hermano Mayor *Ad nutum Episcopi*, de **D. Juan Carlos de la Cerra Martínez**, con las facultades reconocidas en los referidos Estatutos, hasta la elección, confirmación y toma de posesión, conforme a los mismos, del siguiente Hermano Mayor.

23 de marzo de 2015:

• ASO-0102

- o Aprobación de los Estatutos por los que ha de regirse la **Asociación de Hijas de María Inmaculada y Antiguas Alumnas del Colegio "Purísima Concepción"**, de Cartagena.
- o Se le confiere Personalidad Jurídica Eclesiástica Privada a dicha Asociación, reconociendo su constitución como asociación privada de fieles, en esta Diócesis de Cartagena, con el fin primordial de la evangelización y el apostolado, conforme a los principios y normas de la Iglesia Católica.

• COF-0282

- o Aprobación de los Estatutos por los que se regirá la hasta ahora denominada **Hermandad Penitencial de nuestra Santa Madre en su Amargura**, de Caravaca de la Cruz.
- o Aprobación del cambio de denominación de dicha Asociación, que deberá ser, a efectos jurídicos: **Hermandad de la Virgen Blanca**, y ello sin perjuicio de lo demás dispuesto en el artículo 1 de dichos Estatutos.
- o Confirmación y nombramiento de **D. Manuel Ruiz López**, como Hermano Mayor/Presidente de la **Hermandad de la Virgen Blanca**, de Caravaca de la Cruz, por período de DOS AÑOS, desde su válida elección.

24 de marzo de 2015:

- COF-0293

- o Aprobación de los Estatutos por los que se ha de regir la **Hermandad de Nuestra Señora de los Dolores**, de Aljucer. Erección canónica de dicha Hermandad, como Asociación Pública de Fieles, en esta Diócesis de Cartagena así como su reconocimiento de personalidad jurídica eclesiástica pública.
- o Confirmación y nombramiento de **Doña Milagros Gómez González**, como Presidenta de la **Hermandad de Nuestra Señora de los Dolores**, de Aljucer, por período de CUATRO AÑOS, desde su válida elección.

26 de marzo de 2015:

- COF-0399 Nombramiento de **Don Juan Elum Ruíz**, como Presidente de la **Cofradía de Nuestra Señora de la Soledad**, de Caravaca de la Cruz, por período de DOS AÑOS, desde el día de la fecha.

C) PARROQUIAS / IGLESIAS

2 de febrero de 2015:

- Parroquia de San Antolín, de Murcia:

Coronación Canónica de la Imagen de **Nuestra Señora de la Soledad** que tendrá lugar en el entorno de las celebraciones del CXX aniversario de la Real, Ilustre y Muy Noble Cofradía del Santísimo Cristo del Perdón, de la ciudad de Murcia, debiéndose respetar todo lo que el Ritual para la Coronación de Imágenes de la Virgen María prevé para este caso.

CELEBRACIÓN DE LA
XLVIII JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ



MENSAJE DEL SANTO PADRE
FRANCISCO

Vaticano, Roma

Jueves, 1 de enero de 2015

NO ESCLAVOS, SINO HERMANOS

1. Al comienzo de un nuevo año, que recibimos como una gracia y un don de Dios a la humanidad, deseo dirigir a cada hombre y mujer, así como a los pueblos y naciones del mundo, a los jefes de Estado y de Gobierno, y a los líderes de las diferentes religiones, mis mejores deseos de paz, que acompaño con mis oraciones por el fin de las guerras, los conflictos y los muchos sufrimientos causados por el hombre o por antiguas y nuevas epidemias, así como por los devastadores efectos de los desastres naturales. Rezo de modo especial para que, respondiendo a nuestra común vocación de colaborar con Dios y con todos los hombres de buena voluntad en la promoción de la concordia y la paz en el mundo, resistamos a la tentación de comportarnos de un modo indigno de nuestra humanidad.

En el mensaje para el 1 de enero pasado, señalé que del «deseo de una vida plena... forma parte un anhelo indeleble de fraternidad, que nos invita a la comunión con los otros, en los que encontramos no enemigos o contrincantes, sino hermanos a los que acoger y querer».¹ Siendo el hombre un ser relacional, destinado a realizarse en un contexto de relaciones interpersonales inspiradas por la justicia y la caridad, es esencial que para su desarrollo se reconozca y respete su dignidad, libertad y autonomía. Por desgracia, el flagelo cada vez más generalizado de la explotación del hombre por parte del hombre daña seriamente la vida de comunión y la llamada a estrechar relaciones interpersonales marcadas por el respeto, la justicia y la caridad. Este fenómeno abominable, que pisotea los derechos fundamentales de los demás y aniquila su libertad y dignidad, adquiere múltiples formas sobre las que deseo hacer una breve reflexión, de modo que, a la luz de la Palabra de Dios, consideremos a todos los hombres «no esclavos, sino hermanos».

A la escucha del proyecto de Dios sobre la humanidad

2. El tema que he elegido para este mensaje recuerda la carta de san Pablo a Filemón, en la que le pide que reciba a Onésimo, antiguo esclavo de Filemón y que después se hizo cristiano, mereciendo por eso, según Pablo, que sea considerado como un *hermano*. Así escribe el Apóstol de las gentes: «Quizá se apartó de ti por breve tiempo para que lo recobres ahora para siempre; y no como esclavo, sino como algo mejor que un esclavo, como un hermano querido» (*Flm* 15-16). Onésimo se convirtió en *hermano* de Filemón al hacerse cristiano. Así, la conversión a Cristo, el comienzo de una vida de *discipulado en Cristo*, constituye un *nuevo nacimiento* (cf. *2 Co* 5,17; *1 P* 1,3) que regenera la *fraternidad* como vínculo fundante de la vida familiar y base de la vida social.

En el libro del Génesis, leemos que Dios creó al hombre, *varón y hembra*, y los bendijo, para que crecieran y se multiplicaran (cf. 1,27-28): Hizo que Adán y Eva fueran padres, los cuales, cumpliendo la

1 N. 1.

bendición de Dios de ser fecundos y multiplicarse, concibieron la primera *fraternidad*, la de Caín y Abel. Caín y Abel eran hermanos, porque vienen del mismo vientre, y por lo tanto tienen el mismo origen, naturaleza y dignidad de sus padres, creados a imagen y semejanza de Dios.

Pero la *fraternidad* expresa también la multiplicidad y diferencia que hay entre los hermanos, si bien unidos por el nacimiento y por la misma naturaleza y dignidad. Como *hermanos y hermanas*, todas las personas están por naturaleza relacionadas con las demás, de las que se diferencian pero con las que comparten el mismo origen, naturaleza y dignidad. Gracias a ello la *fraternidad* crea la red de relaciones fundamentales para la construcción de la familia humana creada por Dios.

Por desgracia, entre la primera creación que narra el libro del Génesis y el *nuevo nacimiento* en Cristo, que hace de los creyentes hermanos y hermanas del «primogénito entre muchos hermanos» (Rm 8,29), se encuentra la realidad negativa del pecado, que muchas veces interrumpe la fraternidad creatural y deforma continuamente la belleza y nobleza del *ser hermanos y hermanas* de la misma familia humana. Caín, además de no soportar a su hermano Abel, lo mata por envidia cometiendo el primer fratricidio. «El asesinato de Abel por parte de Caín deja constancia trágicamente del rechazo radical de la vocación a ser hermanos. Su historia (cf. Gn 4,1-16) pone en evidencia la dificultad de la tarea a la que están llamados todos los hombres, vivir unidos, preocupándose los unos de los otros».²

También en la historia de la familia de Noé y sus hijos (cf. Gn 9,18-27), la maldad de Cam contra su padre es lo que empuja a Noé a maldecir al hijo irreverente y bendecir a los demás, que sí lo honraban, dando lugar a una desigualdad entre hermanos nacidos del mismo vientre.

En la historia de los orígenes de la familia humana, el pecado de la separación de Dios, de la figura del padre y del hermano, se convierte

2 Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2014, 2.

en una expresión del rechazo de la comunión traduciéndose en la cultura de la esclavitud (cf. *Gn 9,25-27*), con las consecuencias que ello conlleva y que se perpetúan de generación en generación: rechazo del otro, maltrato de las personas, violación de la dignidad y los derechos fundamentales, la institucionalización de la desigualdad. De ahí la necesidad de convertirse continuamente a la Alianza, consumada por la oblación de Cristo en la cruz, seguros de que «donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia... por Jesucristo» (*Rm 5,20.21*). Él, el *Hijo amado* (cf. *Mt 3,17*), vino a revelar el amor del Padre por la humanidad. El que escucha el evangelio, y responde a la llamada a la conversión, llega a ser en Jesús «*hermano y hermana, y madre*» (*Mt 12,50*) y, por tanto, *hijo adoptivo* de su Padre (cf. *Ef 1,5*).

No se llega a ser cristiano, hijo del Padre y hermano en Cristo, por una disposición divina autoritativa, sin el concurso de la libertad personal, es decir, sin convertirse *libremente* a Cristo. El ser hijo de Dios responde al imperativo de la conversión: «Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesús, el Mesías, para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo» (*Hch 2,38*). Todos los que respondieron con la fe y la vida a esta predicación de Pedro entraron en la *fraternidad* de la primera comunidad cristiana (cf. *1 P 2,17*; *Hch 1,15.16*; *6,3*; *15,23*): judíos y griegos, esclavos y hombres libres (cf. *1 Co 12,13*; *Ga 3,28*), cuya diversidad de origen y condición social no disminuye la dignidad de cada uno, ni excluye a nadie de la pertenencia al Pueblo de Dios. Por ello, la comunidad cristiana es el lugar de la comunión vivida en el amor entre los hermanos (cf. *Rm 12,10*; *1 Ts 4,9*; *Hb 13,1*; *1 P 1,22*; *2 P 1,7*).

Todo esto demuestra cómo la Buena Nueva de Jesucristo, por la que Dios hace «nuevas todas las cosas» (*Ap 21,5*),³ también es capaz de redimir las relaciones entre los hombres, incluida aquella entre un esclavo y su amo, destacando lo que ambos tienen en común: la filiación adoptiva y el vínculo de fraternidad en Cristo. El mismo Jesús dijo a sus

3 Cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 11.

discípulos: «Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15,15).

Múltiples rostros de la esclavitud de entonces y de ahora

3. Desde tiempos inmemoriales, las diferentes sociedades humanas conocen el fenómeno del sometimiento del hombre por parte del hombre. Ha habido períodos en la historia humana en que la institución de la esclavitud estaba generalmente aceptada y regulada por el derecho. Éste establecía quién nacía libre, y quién, en cambio, nacía esclavo, y en qué condiciones la persona nacida libre podía perder su libertad u obtenerla de nuevo. En otras palabras, el mismo derecho admitía que algunas personas podían o debían ser consideradas propiedad de otra persona, la cual podía disponer libremente de ellas; el esclavo podía ser vendido y comprado, cedido y adquirido como una mercancía.

Hoy, como resultado de un desarrollo positivo de la conciencia de la humanidad, la esclavitud, crimen de lesa humanidad,⁴ está oficialmente abolida en el mundo. El derecho de toda persona a no ser sometida a esclavitud ni a servidumbre está reconocido en el derecho internacional como norma inderogable.

Sin embargo, a pesar de que la comunidad internacional ha adoptado diversos acuerdos para poner fin a la esclavitud en todas sus formas, y ha dispuesto varias estrategias para combatir este fenómeno, todavía hay millones de personas –niños, hombres y mujeres de todas las edades– privados de su libertad y obligados a vivir en condiciones similares a la esclavitud.

Me refiero a tantos *trabajadores y trabajadoras, incluso menores, oprimidos* de manera formal o informal en todos los sectores, desde el

4 Cf. *Discurso a la Asociación internacional de Derecho penal*, 23 octubre 2014: *L'Osservatore Romano*, Ed. lengua española, 31 octubre 2014, p. 8.

trabajo doméstico al de la agricultura, de la industria manufacturera a la minería, tanto en los países donde la legislación laboral no cumple con las mínimas normas y estándares internacionales, como, aunque de manera ilegal, en aquellos cuya legislación protege a los trabajadores.

Pienso también en las condiciones de vida de *muchos emigrantes* que, en su dramático viaje, sufren el hambre, se ven privados de la libertad, despojados de sus bienes o de los que se abusa física y sexualmente. En aquellos que, una vez llegados a su destino después de un viaje durísimo y con miedo e inseguridad, son detenidos en condiciones a veces inhumanas. Pienso en los que se ven obligados a la clandestinidad por diferentes motivos sociales, políticos y económicos, y en aquellos que, con el fin de permanecer dentro de la ley, aceptan vivir y trabajar en condiciones inadmisibles, sobre todo cuando las legislaciones nacionales crean o permiten una dependencia estructural del trabajador emigrado con respecto al empleador, como por ejemplo cuando se condiciona la legalidad de la estancia al contrato de trabajo... Sí, pienso en el «trabajo esclavo».

Pienso en las *personas obligadas a ejercer la prostitución*, entre las que hay muchos menores, y en los *esclavos y esclavas sexuales*; en las mujeres obligadas a casarse, en aquellas que son vendidas con vistas al matrimonio o en las entregadas en sucesión, a un familiar después de la muerte de su marido, sin tener el derecho de dar o no su consentimiento.

No puedo dejar de pensar en los *niños y adultos* que son víctimas del *tráfico y comercialización para la extracción de órganos*, para ser *reclutados como soldados*, para la *mendicidad*, para actividades ilegales como la *producción o venta de drogas*, o para *formas encubiertas de adopción internacional*.

Pienso finalmente en todos los *secuestrados y encerrados en cautividad* por *grupos terroristas*, puestos a su servicio como combatientes o, sobre todo las niñas y mujeres, como *esclavas sexuales*. Muchos de ellos desaparecen, otros son vendidos varias veces, torturados, mutilados o asesinados.

Algunas causas profundas de la esclavitud

4. Hoy como ayer, en la raíz de la esclavitud se encuentra una concepción de la persona humana que admite el que pueda ser tratada como un objeto. Cuando el pecado corrompe el corazón humano, y lo aleja de su Creador y de sus semejantes, éstos ya no se ven como seres de la misma dignidad, como hermanos y hermanas en la humanidad, sino como objetos. La persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios, queda privada de la libertad, mercantilizada, reducida a ser propiedad de otro, con la fuerza, el engaño o la constricción física o psicológica; es tratada como un medio y no como un fin.

Junto a esta causa ontológica –rechazo de la humanidad del otro– hay otras que ayudan a explicar las formas contemporáneas de la esclavitud. Me refiero en primer lugar a la pobreza, al subdesarrollo y a la exclusión, especialmente cuando se combinan con la *falta de acceso a la educación* o con una realidad caracterizada por las *escasas, por no decir inexistentes, oportunidades de trabajo*. Con frecuencia, las víctimas de la trata y de la esclavitud son personas que han buscado una manera de salir de un estado de pobreza extrema, creyendo a menudo en falsas promesas de trabajo, para caer después en manos de redes criminales que trafican con los seres humanos. Estas redes utilizan hábilmente las modernas tecnologías informáticas para embaucar a jóvenes y niños en todas las partes del mundo.

Entre las causas de la esclavitud hay que incluir también la *corrupción* de quienes están dispuestos a hacer cualquier cosa para enriquecerse. En efecto, la esclavitud y la trata de personas humanas requieren una complicidad que con mucha frecuencia pasa a través de la corrupción de los intermediarios, de algunos miembros de las fuerzas del orden o de otros agentes estatales, o de diferentes instituciones, civiles y militares. «Esto sucede cuando al centro de un sistema económico está el dios dinero y no el hombre, la persona humana. Sí, en el centro de todo sistema social o económico, tiene que estar la persona, imagen de Dios,

creada para que fuera el dominador del universo. Cuando la persona es desplazada y viene el dios dinero sucede esta trastocación de valores».⁵

Otras causas de la esclavitud son los *conflictos armados*, la *violencia*, el *crimen* y el *terrorismo*. Muchas personas son secuestradas para ser vendidas o reclutadas como combatientes o explotadas sexualmente, mientras que otras se ven obligadas a emigrar, dejando todo lo que poseen: tierra, hogar, propiedades, e incluso la familia. Éstas últimas se ven empujadas a buscar una alternativa a esas terribles condiciones aun a costa de su propia dignidad y supervivencia, con el riesgo de entrar de ese modo en ese círculo vicioso que las convierte en víctimas de la miseria, la corrupción y sus consecuencias perniciosas.

Compromiso común para derrotar la esclavitud

5. Con frecuencia, cuando observamos el fenómeno de la trata de personas, del tráfico ilegal de los emigrantes y de otras formas conocidas y desconocidas de la esclavitud, tenemos la impresión de que todo esto tiene lugar bajo la indiferencia general.

Aunque por desgracia esto es cierto en gran parte, quisiera mencionar el gran trabajo silencioso que muchas *congregaciones religiosas*, especialmente femeninas, realizan desde hace muchos años en favor de las víctimas. Estos Institutos trabajan en contextos difíciles, a veces dominados por la violencia, tratando de romper las cadenas invisibles que tienen encadenadas a las víctimas a sus traficantes y explotadores; cadenas cuyos eslabones están hechos de sutiles mecanismos psicológicos, que convierten a las víctimas en dependientes de sus verdugos, a través del chantaje y la amenaza, a ellos y a sus seres queridos, pero también a través de medios materiales, como la confiscación de documentos de identidad y la violencia física. La actividad de las congregaciones religiosas se estructura principalmente en torno a tres acciones: la asistencia a las víctimas, su rehabilitación bajo el aspecto psicológico y formativo, y su reinserción en la sociedad de destino o de origen.

5 *Discurso a los participantes en el encuentro mundial de los movimientos populares*, 28 octubre 2014: *L'Osservatore Romano*, Ed. lengua española, 31 octubre 2014, p. 3.

Este inmenso trabajo, que requiere coraje, paciencia y perseverancia, merece el aprecio de toda la Iglesia y de la sociedad. Pero, naturalmente, por sí solo no es suficiente para poner fin al flagelo de la explotación de la persona humana. Se requiere también un triple compromiso a *nivel institucional* de prevención, protección de las víctimas y persecución judicial contra los responsables. Además, como las organizaciones criminales utilizan redes globales para lograr sus objetivos, la acción para derrotar a este fenómeno requiere un esfuerzo conjunto y también global por parte de los diferentes agentes que conforman la sociedad.

Los *Estados* deben vigilar para que su legislación nacional en materia de migración, trabajo, adopciones, deslocalización de empresas y comercialización de los productos elaborados mediante la explotación del trabajo, respete la dignidad de la persona. Se necesitan leyes justas, centradas en la persona humana, que defiendan sus derechos fundamentales y los restablezcan cuando son pisoteados, rehabilitando a la víctima y garantizando su integridad, así como mecanismos de seguridad eficaces para controlar la aplicación correcta de estas normas, que no dejen espacio a la corrupción y la impunidad. Es preciso que se reconozca también el papel de la mujer en la sociedad, trabajando también en el plano cultural y de la comunicación para obtener los resultados deseados.

Las *organizaciones intergubernamentales*, de acuerdo con el principio de subsidiariedad, están llamadas a implementar iniciativas coordinadas para luchar contra las redes transnacionales del crimen organizado que gestionan la trata de personas y el tráfico ilegal de emigrantes. Es necesaria una cooperación en diferentes niveles, que incluya a las instituciones nacionales e internacionales, así como a las organizaciones de la sociedad civil y del mundo empresarial.

Las *empresas*,⁶ en efecto, tienen el deber de garantizar a sus empleados condiciones de trabajo dignas y salarios adecuados, pero también han de vigilar para que no se produzcan en las cadenas

6 Cf. Pontificio Consejo para la Justicia y la Paz, *La vocazione del leader d'impresa. Una riflessione*, Milano e Roma, 2013.

de distribución formas de servidumbre o trata de personas. A la responsabilidad social de la empresa hay que unir la *responsabilidad social del consumidor*. Pues cada persona debe ser consciente de que «comprar es siempre un acto moral, además de económico».⁷

Las *organizaciones de la sociedad civil*, por su parte, tienen la tarea de sensibilizar y estimular las conciencias acerca de las medidas necesarias para combatir y erradicar la cultura de la esclavitud.

En los últimos años, la Santa Sede, acogiendo el grito de dolor de las víctimas de la trata de personas y la voz de las congregaciones religiosas que las acompañan hacia su liberación, ha multiplicado los llamamientos a la comunidad internacional para que los diversos actores unan sus esfuerzos y cooperen para poner fin a esta plaga.⁸ Además, se han organizado algunos encuentros con el fin de dar visibilidad al fenómeno de la trata de personas y facilitar la colaboración entre los diferentes agentes, incluidos expertos del mundo académico y de las organizaciones internacionales, organismos policiales de los diferentes países de origen, tránsito y destino de los migrantes, así como representantes de grupos eclesiales que trabajan por las víctimas. Espero que estos esfuerzos continúen y se redoblen en los próximos años.

Globalizar la fraternidad, no la esclavitud ni la indiferencia

6. En su tarea de «anuncio de la verdad del amor de Cristo en la sociedad»,⁹ la Iglesia se esfuerza constantemente en las acciones de carácter caritativo partiendo de la verdad sobre el hombre. Tiene la misión de mostrar a todos el camino de la conversión, que lleve a cambiar el modo de ver al prójimo, a reconocer en el otro, sea quien sea, a un hermano y a una hermana en la humanidad; reconocer su

7 Benedicto XVI, Cart. enc. *Caritas in veritate*, 66.

8 Cf. *Mensaje al Sr. Guy Ryder*, Director general de la Organización internacional del trabajo, con motivo de la Sesión 103 de la Conferencia de la OIT, 22 mayo 2014: *L'Osservatore Romano*, Ed. leng. española 6 junio 2014, p. 3.

9 Benedicto XVI, Carta. enc. *Caritas in veritate*, 5.

dignidad intrínseca en la verdad y libertad, como nos lo muestra la historia de Josefina Bakhita, la santa proveniente de la región de Darfur, en Sudán, secuestrada cuando tenía nueve años por traficantes de esclavos y vendida a dueños feroces. A través de sucesos dolorosos llegó a ser «hija libre de Dios», mediante la fe vivida en la consagración religiosa y en el servicio a los demás, especialmente a los pequeños y débiles. Esta Santa, que vivió entre los siglos XIX y XX, es hoy un testigo ejemplar de esperanza¹⁰ para las numerosas víctimas de la esclavitud y un apoyo en los esfuerzos de todos aquellos que se dedican a luchar contra esta «llaga en el cuerpo de la humanidad contemporánea, una herida en la carne de Cristo».¹¹

En esta perspectiva, deseo invitar a cada uno, según su puesto y responsabilidades, a realizar gestos de fraternidad con los que se encuentran en un estado de sometimiento. Preguntémonos, tanto comunitaria como personalmente, cómo nos sentimos interpelados cuando encontramos o tratamos en la vida cotidiana con víctimas de la trata de personas, o cuando tenemos que elegir productos que con probabilidad podrían haber sido realizados mediante la explotación de otras personas. Algunos hacen la vista gorda, ya sea por indiferencia, o porque se desentienden de las preocupaciones diarias, o por razones económicas. Otros, sin embargo, optan por hacer algo positivo, participando en asociaciones civiles o haciendo pequeños gestos cotidianos –que son tan valiosos–, como decir una palabra, un saludo, un «buenos días» o una sonrisa, que no nos cuestan nada, pero que pueden dar esperanza, abrir caminos, cambiar la vida de una persona que vive en la invisibilidad, e incluso cambiar nuestras vidas en relación con esta realidad.

10 «A través del conocimiento de esta esperanza ella fue “redimida”, ya no se sentía esclava, sino hija libre de Dios. Entendió lo que Pablo quería decir cuando recordó a los Efesios que antes estaban en el mundo sin esperanza y sin Dios» (Benedicto XVI, Carta. enc. *Spe salvi*, 3).

11 *Discurso a los participantes en la II Conferencia internacional sobre la Trata de personas: Church and Law Enforcement in partnership*, 10 abril 2014: *L'Osservatore Romano*, Ed. leng. española 11 abril 2014, p. 9; cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 270.

Debemos reconocer que estamos frente a un fenómeno mundial que sobrepasa las competencias de una sola comunidad o nación. Para derrotarlo, se necesita una movilización de una dimensión comparable a la del mismo fenómeno. Por esta razón, hago un llamamiento urgente a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, y a todos los que, de lejos o de cerca, incluso en los más altos niveles de las instituciones, son testigos del flagelo de la esclavitud contemporánea, para que no sean cómplices de este mal, para que no aparten los ojos del sufrimiento de sus hermanos y hermanas en humanidad, privados de libertad y dignidad, sino que tengan el valor de tocar la carne sufriente de Cristo,¹² que se hace visible a través de los numerosos rostros de los que él mismo llama «mis hermanos más pequeños» (Mt 25,40.45).

Sabemos que Dios nos pedirá a cada uno de nosotros: ¿Qué has hecho con tu hermano? (cf. Gn 4,9-10). La globalización de la indiferencia, que ahora afecta a la vida de tantos hermanos y hermanas, nos pide que seamos artífices de una globalización de la solidaridad y de la fraternidad, que les dé esperanza y los haga reanudar con ánimo el camino, a través de los problemas de nuestro tiempo y las nuevas perspectivas que trae consigo, y que Dios pone en nuestras manos.

Franciscus

12 Cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 24; 270.

SANTA MISA EN LA SOLEMNIDAD DE SANTA MARÍA,
MADRE DE DIOS
XLVIII JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ



HOMILÍA DEL
SANTO PADRE FRANCISCO

Basílica Vaticana
Jueves, 1 de enero de 2015

Vuelven hoy a la mente las palabras con las que Isabel pronunció su *bendición sobre la Virgen Santa*: «¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?» (Lc 1,42-43).

Esta bendición está *en continuidad con la bendición sacerdotal* que Dios había sugerido a Moisés para que la transmitiese a Aarón y a todo el pueblo: «El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor te muestre su rostro y te conceda la paz» (Nm 6,24-26). Con la celebración de la solemnidad de María, la Santa Madre de Dios, la Iglesia nos recuerda que María es la primera destinataria de esta bendición. Se cumple en ella, pues ninguna otra criatura ha visto brillar sobre ella el rostro de Dios como María, que dio un rostro humano al Verbo eterno, para que todos lo puedan contemplar.

Además de contemplar el rostro de Dios, también podemos alabarlo y glorificarlo como los pastores, que volvieron de Belén con un canto de acción de gracias después de ver al niño y a su joven madre (cf. *Lc 2,16*). Ambos estaban juntos, como lo estuvieron en el Calvario, porque *Cristo y su Madre son inseparables*: entre ellos hay una estrecha relación, como la hay entre cada niño y su madre. La carne de Cristo, que es el eje de la salvación (Tertuliano), se ha tejido en el vientre de María (cf. *Sal 139,13*). Esa inseparabilidad encuentra también su expresión en el hecho de que María, elegida para ser la Madre del Redentor, ha compartido íntimamente toda su misión, permaneciendo junto a su hijo hasta el final, en el Calvario.

María está tan unida a Jesús porque él le ha dado el conocimiento del corazón, el conocimiento de la fe, alimentada por la experiencia materna y el vínculo íntimo con su Hijo. La Santísima Virgen es la mujer de fe que dejó entrar a Dios en su corazón, en sus proyectos; es la creyente capaz de percibir en el don del Hijo el advenimiento de la «plenitud de los tiempos» (*Ga 4,4*), en el que Dios, eligiendo la vía humilde de la existencia humana, entró personalmente en el surco de la historia de la salvación. Por eso no se puede entender a Jesús sin su Madre.

Cristo y la Iglesia son igualmente inseparables, porque la Iglesia y María están siempre unidas y éste es precisamente el misterio de la mujer en la comunidad eclesial, y no se puede entender la salvación realizada por Jesús sin considerar la maternidad de la Iglesia. Separar a Jesús de la Iglesia sería introducir una «*dicotomía absurda*», como escribió el beato Pablo VI (cf. Exhort. ap. N. *Evangelii nuntiandi*, 16). No se puede «amar a Cristo pero sin la Iglesia, escuchar a Cristo pero no a la Iglesia, estar en Cristo pero al margen de la Iglesia» (*ibíd.*). En efecto, la Iglesia, la gran familia de Dios, es la que nos lleva a Cristo. Nuestra fe no es una idea abstracta o una filosofía, sino la relación vital y plena con una persona: Jesucristo, el Hijo único de Dios que se hizo hombre, murió y resucitó para salvarnos y vive entre nosotros. ¿Dónde lo podemos

encontrar? Lo encontramos en la Iglesia, en nuestra Santa Madre Iglesia Jerárquica. Es la Iglesia la que dice hoy: «Este es el Cordero de Dios»; es la Iglesia quien lo anuncia; es en la Iglesia donde Jesús sigue haciendo sus gestos de gracia que son los sacramentos.

Esta acción y la misión de la Iglesia expresa su *maternidad*. Ella es como una madre que custodia a Jesús con ternura y lo da a todos con alegría y generosidad. Ninguna manifestación de Cristo, ni siquiera la más mística, puede separarse de la carne y la sangre de la Iglesia, de la concreción histórica del Cuerpo de Cristo. Sin la Iglesia, Jesucristo queda reducido a una idea, una moral, un sentimiento. Sin la Iglesia, nuestra relación con Cristo estaría a merced de nuestra imaginación, de nuestras interpretaciones, de nuestro estado de ánimo.

Queridos hermanos y hermanas. *Jesucristo es la bendición* para todo hombre y para toda la humanidad. La Iglesia, al darnos a Jesús, nos da la plenitud de la bendición del Señor. Esta es precisamente la misión del Pueblo de Dios: irradiar sobre todos los pueblos la bendición de Dios encarnada en Jesucristo. Y María, la primera y perfecta discípula de Jesús, la primera y perfecta creyente, modelo de la Iglesia en camino, es la que abre esta vía de la *maternidad de la Iglesia* y sostiene siempre su misión materna dirigida a todos los hombres. Su testimonio materno y discreto camina con la Iglesia desde el principio. Ella, la Madre de Dios, es también Madre de la Iglesia y, a través de la Iglesia, es Madre de todos los hombres y de todos los pueblos.

Que esta madre dulce y premurosa nos obtenga la bendición del Señor para toda la familia humana. De manera especial hoy, Jornada Mundial de la Paz, invocamos su intercesión para que el Señor *nos de la paz en nuestros días*: paz en nuestros corazones, paz en las familias, paz entre las naciones. Este año, en concreto, el mensaje para la Jornada Mundial de la Paz lleva por título: «*No más esclavos, sino hermanos*». Todos estamos llamados a ser libres, todos a ser hijos y, cada uno de acuerdo con su responsabilidad, a luchar contra las formas modernas

de esclavitud. Desde todo pueblo, cultura y religión, unamos nuestras fuerzas. Que nos guíe y sostenga Aquel que para hacernos a todos hermanos se hizo nuestro servidor.

Miremos a María, contemplemos a la Santa Madre de Dios. Os propongo que juntos la saludemos como hizo aquel pueblo valiente de Éfeso, que gritaba cuando sus pastores entraban en la Iglesia: «¡Santa Madre de Dios!». Qué bonito saludo para nuestra Madre... Hay una historia que dice, no sé si es verdadera, que algunos de ellos llevaban bastones en sus manos, tal vez para dar a entender a los obispos lo que les podría pasar si no tenían el valor de proclamar a María como «Madre de Dios». Os invito a todos, sin bastones, a ponerlos en pie y saludarla tres veces con este saludo de la primitiva Iglesia: «¡Santa Madre de Dios!».

Franciscus

SANTA MISA EN LA SOLEMNIDAD
DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR



HOMILÍA DEL
SANTO PADRE FRANCISCO

Basílica Vaticana
Martes, 6 de enero de 2015

Ese Niño, nacido de la Virgen María en Belén, vino no sólo para el pueblo de Israel, representado en los pastores de Belén, sino también para toda la humanidad, representada hoy por los Magos de Oriente. Y precisamente hoy, la Iglesia nos invita a meditar y rezar sobre los Magos y su camino en busca del Mesías.

Estos Magos que vienen de Oriente son los primeros de esa gran procesión de la que habla el profeta Isaías en la primera lectura (cf. 60,1-6). Una procesión que desde entonces no se ha interrumpido jamás, y que en todas las épocas reconoce el mensaje de la estrella y encuentra el Niño que nos muestra la ternura de Dios. Siempre hay nuevas personas que son iluminadas por la luz de la estrella, que encuentran el camino y llegan hasta él.

Según la tradición, los Magos eran hombres sabios, estudiosos de los astros, escrutadores del cielo, en un contexto cultural y de creencias que atribuía a las estrellas un significado y un influjo sobre las vicisitudes humanas. Los Magos representan a los hombres y a las mujeres *en busca de Dios en las religiones y filosofías del mundo entero*, una búsqueda que no acaba nunca.

Hombres y mujeres en búsqueda.

Los Magos nos indican el camino que debemos recorrer en nuestra vida. Ellos buscaban la Luz verdadera: «*Lumen requirunt lumine*», dice un himno litúrgico de la Epifanía, refiriéndose precisamente a la experiencia de los Magos; «*Lumen requirunt lumine*». Siguiendo *una* luz ellos buscan *la* luz. Iban en busca de Dios. Cuando vieron el signo de la estrella, lo interpretaron y se pusieron en camino, hicieron un largo viaje.

El *Espíritu Santo* es el que los llamó e impulsó a ponerse en camino, y en este camino tendrá lugar también su *encuentro personal* con el Dios verdadero.

En su camino, los Magos encuentran *muchas dificultades*. Cuando llegan a Jerusalén van al palacio del rey, porque consideran algo natural que el nuevo rey nazca en el palacio real. Allí pierden de vista la estrella. Cuántas veces se pierde de vista la estrella. Y encuentran *una tentación*, puesta ahí por el diablo, es el engaño de Herodes. El rey Herodes muestra interés por el niño, pero no para adorarlo, sino para eliminarlo. Herodes es un hombre de poder, que sólo consigue ver en el otro a un rival. Y en el fondo, también considera a Dios como un rival, más aún, como el rival más peligroso. En el palacio los Magos atraviesan un momento de oscuridad, de desolación, que consiguen superar gracias a la moción del Espíritu Santo, que les habla mediante las profecías de la Sagrada Escritura. Éstas indican que el Mesías nacerá en Belén, la ciudad de David.

En este momento, retoman el camino y vuelven a ver la estrella. El evangelista apunta que experimentaron una «inmensa alegría» (Mt 2,10), una verdadera consolación. Llegados a Belén, encontraron «al niño con María, su madre» (Mt 2,11). Después de lo ocurrido en Jerusalén, ésta será para ellos *la segunda gran tentación*: rechazar esta pequeñez. Y sin embargo: «cayendo de rodillas lo adoraron», ofreciéndole sus dones preciosos y simbólicos. *La gracia del Espíritu Santo* es la que siempre los ayuda. Esta gracia que, mediante la estrella, los había llamado y guiado por el camino, ahora *los introduce en el misterio*. Esta estrella que les ha acompañado durante el camino los introduce en el misterio. Guiados por el Espíritu, reconocen que los criterios de Dios son muy distintos a los de los hombres, que Dios no se manifiesta en la potencia de este mundo, sino que nos habla en la humildad de su amor. El amor de Dios es grande, sí. El amor de Dios es potente, sí. Pero el amor de Dios es humilde, muy humilde. De ese modo, los Magos son modelos de conversión a la verdadera fe porque han dado más crédito a la bondad de Dios que al aparente esplendor del poder.

Y ahora nos preguntamos: *¿Cuál es el misterio en el que Dios se esconde? ¿Dónde puedo encontrarlo?* Vemos a nuestro alrededor guerras, explotación de los niños, torturas, tráfico de armas, trata de personas... Jesús está en todas estas realidades, en todos estos hermanos y hermanas más pequeños que sufren tales situaciones (cf. Mt 25, 40.45). El pesebre nos presenta un camino distinto al que anhela la mentalidad mundana. Es el camino del *anonadamiento de Dios*, de esa humildad del amor de Dios que se abaja, se anonada, de su gloria escondida en el pesebre de Belén, en la cruz del Calvario, en el hermano y en la hermana que sufren.

Los Magos *han entrado en el misterio*. Han pasado de los cálculos humanos al misterio, y éste es el camino de su conversión. ¿Y la nuestra? Pidamos al Señor que nos conceda vivir el mismo camino de conversión que vivieron los Magos. Que nos defienda y nos libre de las tentaciones que oscurecen la estrella. Que tengamos siempre la inquietud de

preguntarnos, ¿dónde está la estrella?, cuando, en medio de los engaños mundanos, la hayamos perdido de vista. Que aprendamos a conocer siempre de nuevo el misterio de Dios, que no nos escandalicemos de la "señal", de la indicación, de aquella señal anunciada por los ángeles: «un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre» (Lc 2,12), y que tengamos la humildad de pedir a la Madre, a nuestra Madre, que nos lo muestre. Que encontremos el valor de liberarnos de nuestras ilusiones, de nuestras presunciones, de nuestras "luces", y que busquemos este valor en la humildad de la fe y así encontremos la Luz, *Lumen*, como han hecho los santos Magos. Que podamos entrar en el misterio. Que así sea.

Franciscus

FIESTA DEL BAUTISMO DEL SEÑOR



HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Capilla Sixtina

Domingo, 11 de enero de 2015

Hemos escuchado en la primera lectura que el Señor se preocupa por sus hijos como un padre: se preocupa de dar a sus hijos *un alimento sustancioso*. A través del profeta Dios dice: «¿Por qué gastar dinero en lo que no alimenta y el salario en lo que no da hartura?» (Is 55, 2). Dios, como un buen papá y una buena mamá, quiere dar cosas buenas a sus hijos. ¿Y qué es este alimento sustancioso que nos da Dios? Es *su Palabra*: su Palabra nos hace crecer, nos hace dar buenos frutos en la vida, como la lluvia y la nieve hacen bien a la tierra y la hacen fecunda (cf. Is 55, 10-11). Así vosotros, padres, y también vosotros, padrinos y madrinas, abuelos, tíos, ayudaréis a estos niños a crecer bien si les dais la Palabra de Dios, el Evangelio de Jesús. ¡Y darlo también con el ejemplo! Todos los días, adquirid el hábito de leer un pasaje del Evangelio, pequeño, y llevad siempre con vosotros un pequeño Evangelio en el bolsillo, en

la cartera, para poder leerlo. Y este será el ejemplo para los hijos, ver a papá, a mamá, a los padrinos, al abuelo, a la abuela, a los tíos, leer la Palabra de Dios.

Vosotras mamás dad a vuestros hijos *la leche* —incluso ahora, si lloran por hambre, amamantadlos, tranquilos. Damos gracias al Señor por el don de la leche, y rezamos por las madres —son muchas, lamentablemente— que no están en condiciones de dar de comer a sus hijos. Recemos y tratemos de ayudar a estas madres. Así, pues, lo que hace la leche en el cuerpo, la Palabra de Dios lo hace en el espíritu: *la Palabra de Dios hace crecer la fe*. Y gracias a la fe somos engendrados por Dios. Es lo que sucede en el *Bautismo*. Hemos escuchado al apóstol Juan: «Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios» (1 Jn 5, 1). En esta fe son bautizados vuestros hijos. Hoy es *vuestra fe*, queridos padres, padrinos y madrinas. Es la fe de la Iglesia, en la cual estos pequeños reciben el Bautismo. Pero mañana, con la gracia de Dios, será *su fe*, su personal «sí» a Jesucristo, que nos dona el amor del Padre.

Decía: es la fe *de la Iglesia*. Esto es muy importante. El Bautismo nos introduce en el cuerpo de la Iglesia, en el pueblo santo de Dios. Y en este cuerpo, en este pueblo en camino, la fe se transmite de generación en generación: es la fe de la Iglesia. Es la fe de María, nuestra Madre, la fe de san José, de san Pedro, de san Andrés, de san Juan, la fe de los Apóstoles y de los mártires, que llegó hasta nosotros, a través del Bautismo: una cadena de trasmisión de fe. ¡Es muy bonito esto! Es un pasar de mano en mano la luz de la fe: lo expresaremos dentro de un momento con el gesto de encender las velas en el gran cirio pascual. El gran cirio representa a Cristo resucitado, vivo en medio de nosotros. Vosotras, familias, tomad de Él la luz de la fe para transmitirla a vuestros hijos. Esta luz la tomáis en la Iglesia, en el cuerpo de Cristo, en el pueblo de Dios que camina en cada época y en cada lugar. Enseñad a vuestros hijos que no se puede ser cristiano fuera de la Iglesia, no se puede seguir a Jesucristo sin la Iglesia, porque la Iglesia es madre, y nos hace crecer en el amor a Jesucristo.

Un último aspecto surge con fuerza de las lecturas bíblicas de hoy: en el Bautismo somos *consagrados por el Espíritu Santo*. La palabra «cristiano» significa esto, significa consagrado como Jesús, en el mismo Espíritu en el que fue *inmerso* Jesús en toda su existencia terrena. Él es el «Cristo», el ungido, el consagrado, los bautizados somos «cristianos», es decir consagrados, ungidos. Y entonces, queridos padres, queridos padrinos y madrinas, si queréis que vuestros niños lleguen a ser auténticos cristianos, ayudadles a crecer «inmersos» en el Espíritu Santo, es decir, en el calor del amor de Dios, en la luz de su Palabra. Por eso, no olvidéis invocar con frecuencia al Espíritu Santo, todos los días. «¿Usted reza, señora?» —«Sí» —«¿A quién reza?» —«Yo rezo a Dios» —Pero «Dios», así, no existe: Dios es persona y en cuanto persona existe el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. «¿Tú a quién rezas?» —«Al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo». Normalmente rezamos a Jesús. Cuando rezamos el «Padrenuestro», rezamos al Padre. Pero al Espíritu Santo no lo invocamos tanto. Es muy importante rezar al Espíritu Santo, porque nos enseña a llevar adelante la familia, los niños, para que estos niños crezcan en el clima de la Trinidad santa. Es precisamente el Espíritu quien los lleva adelante. Por ello no olvidéis invocar a menudo al Espíritu Santo, todos los días. Podéis hacerlo, por ejemplo, con esta sencilla oración: «Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor». Podéis hacer esta oración por vuestros niños, además de hacerlo, naturalmente, por vosotros mismos.

Cuando decís esta oración, sentís la presencia maternal de la Virgen María. Ella nos enseña a invocar al Espíritu Santo, y a vivir según el Espíritu, como Jesús. Que la Virgen, nuestra madre, acompañe siempre el camino de vuestros niños y de vuestras familias. Así sea.

Franciscus

VIAJE APOSTÓLICO DEL SANTO PADRE FRANCISCO
A SRI LANKA Y FILIPINAS
SANTA MISA Y CANONIZACIÓN DEL BEATO JOSÉ VAZ



HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Galle Face Green, Colombo
Miércoles, 14 de enero de 2015

«Verán los confines de la tierra la salvación de nuestro Dios» (Is 52,10).

Ésta es la extraordinaria profecía que hemos escuchado en la primera lectura de hoy. Isaías anuncia la predicación del Evangelio de Jesucristo a todos los confines de la tierra. Esta profecía tiene un significado especial para nosotros al celebrar la canonización de un gran misionero del Evangelio, san José Vaz. Al igual que muchos misioneros en la historia de la Iglesia, él respondió al mandato del Señor resucitado de hacer discípulos de todas las naciones (cf. *Mc 16,15*). Con sus palabras, pero más aún, con el ejemplo de su vida, ha llevado al pueblo de este país a la fe que nos hace partícipes de «la herencia de los santos» (*Hch 20,32*).

En san José Vaz vemos un signo espléndido de la bondad y el amor de Dios para con el pueblo de Sri Lanka. Pero vemos también en él un estímulo para perseverar en el camino del Evangelio, para crecer en santidad, y para dar testimonio del mensaje evangélico de la reconciliación al que dedicó su vida.

Sacerdote del Oratorio en su Goa natal, san José Vaz llegó a este país animado por el celo misionero y un gran amor por sus gentes. Debido a la persecución religiosa, vestía como un mendigo y ejercía sus funciones sacerdotales en los encuentros secretos de los fieles, a menudo por la noche. Sus desvelos dieron fuerza espiritual y moral a la atribulada población católica. Se entregó especialmente al servicio de los enfermos y cuantos sufren. Su atención a los enfermos, durante una epidemia de viruela en Kandy, fue tan apreciada por el rey que se le permitió una mayor libertad de actuación. Desde Kandy pudo llegar a otras partes de la isla. Se desgastó en el trabajo misionero y murió, extenuado, a la edad de cuarenta y nueve años, venerado por su santidad.

San José Vaz sigue siendo un modelo y un maestro por muchas razones, pero me gustaría centrarme en tres. En primer lugar, fue un sacerdote ejemplar. Hoy aquí, hay muchos sacerdotes y religiosos, hombres y mujeres que, al igual que José Vaz, están consagrados al servicio de Dios y del prójimo. Os animo a encontrar en san José Vaz una guía segura. Él nos enseña a salir a las periferias, para que Jesucristo sea conocido y amado en todas partes. Él es también un ejemplo de sufrimiento paciente a causa del Evangelio, de obediencia a los superiores, de solicitud amorosa para la Iglesia de Dios (cf. *Hch 20,28*). Como nosotros, vivió en un período de transformación rápida y profunda; los católicos eran una minoría, y a menudo divididos entre sí; externamente sufrían hostilidad ocasional, incluso persecución. Sin embargo, y debido a que estaba constantemente unido al Señor crucificado en la oración, llegó a ser para todas las personas un icono viviente del amor misericordioso y reconciliador de Dios.

En segundo lugar, san José Vaz nos muestra la importancia de ir más allá de las divisiones religiosas en el servicio de la paz. Su amor indiviso a Dios lo abrió al amor del prójimo; sirvió a los necesitados, quienquiera que fueran y dondequiera que estuvieran. Su ejemplo sigue siendo hoy una fuente de inspiración para la Iglesia en Sri Lanka, que sirve con agrado y generosidad a todos los miembros de la sociedad. No hace distinción de raza, credo, tribu, condición social o religión, en el servicio que ofrece a través de sus escuelas, hospitales, clínicas, y muchas otras obras de

caridad. Lo único que pide a cambio es libertad para llevar a cabo su misión. La libertad religiosa es un derecho humano fundamental. Toda persona debe ser libre, individualmente o en unión con otros, para buscar la verdad, y para expresar abiertamente sus convicciones religiosas, libre de intimidaciones y coacciones externas. Como la vida de san José Vaz nos enseña, el verdadero culto a Dios no lleva a la discriminación, al odio y la violencia, sino al respeto de la sacralidad de la vida, al respeto de la dignidad y la libertad de los demás, y al compromiso amoroso por todos.

Por último, san José Vaz nos da un ejemplo de celo misionero. A pesar de que llegó a Ceilán para ayudar y apoyar a la comunidad católica, en su caridad evangélica llegó a todos. Dejando atrás su hogar, su familia, la comodidad de su entorno familiar, respondió a la llamada a salir, a hablar de Cristo dondequiera que fuera. San José Vaz sabía cómo presentar la verdad y la belleza del Evangelio en un contexto multireligioso, con respeto, dedicación, perseverancia y humildad. Éste es también hoy el camino para los que siguen a Jesús. Estamos llamados a salir con el mismo celo, el mismo ardor, de san José Vaz, pero también con su sensibilidad, su respeto por los demás, su deseo de compartir con ellos esa palabra de gracia (cf. *Hch* 20,32), que tiene el poder de edificarles. Estamos llamados a ser discípulos misioneros.

Queridos hermanos y hermanas, pido al Señor que los cristianos de este país, siguiendo el ejemplo de san José Vaz, se mantengan firmes en la fe y contribuyan cada vez más a la paz, la justicia y la reconciliación en la sociedad de Sri Lanka. Esto es lo que el Señor quiere de vosotros. Esto es lo que san José Vaz os enseña. Esto es lo que la Iglesia necesita de vosotros. Os encomiendo a todos a la intercesión del nuevo santo, para que, en unión con la Iglesia extendida por todo el mundo, podáis cantar un canto nuevo al Señor y proclamar su gloria a todos los confines de la tierra. Porque grande es el Señor, y muy digno de alabanza (cf. *Sal* 96,1-4). Amén.

Franciscus

XLIX JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES



MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Vaticano

Viernes, 23 de enero de 2015

El tema de la familia está en el centro de una profunda reflexión eclesial y de un proceso sinodal que prevé dos sínodos, uno extraordinario – apenas celebrado– y otro ordinario, convocado para el próximo mes de octubre. En este contexto, he considerado oportuno que el tema de la próxima Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales tuviera como punto de referencia la familia. En efecto, *la familia es el primer lugar donde aprendemos a comunicar*. Volver a este momento originario nos puede ayudar, tanto a comunicar de modo más auténtico y humano, como a observar la familia desde un nuevo punto de vista.

Podemos dejarnos inspirar por el episodio evangélico de la visita de María a Isabel (cf. Lc 1,39-56). «En cuanto Isabel oyó el saludo de María, la criatura saltó en su vientre, e Isabel, llena del Espíritu Santo, exclamó

a voz en grito: “¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!”» (vv. 41-42).

Este episodio nos muestra ante todo la comunicación como *un diálogo que se entrelaza con el lenguaje del cuerpo*. En efecto, la primera respuesta al saludo de María la da el niño saltando gozosamente en el vientre de Isabel. Exultar por la alegría del encuentro es, en cierto sentido, el arquetipo y el símbolo de cualquier otra comunicación que aprendemos incluso antes de venir al mundo. El seno materno que nos acoge es la primera «escuela» de comunicación, hecha de escucha y de contacto corpóreo, donde comenzamos a familiarizarnos con el mundo externo en un ambiente protegido y con el sonido tranquilizador del palpitar del corazón de la mamá. Este encuentro entre dos seres a la vez tan íntimos, aunque todavía tan extraños uno de otro, es un encuentro lleno de promesas, es nuestra primera experiencia de comunicación. Y es una experiencia que nos acomuna a todos, porque todos nosotros hemos nacido de una madre.

Después de llegar al mundo, permanecemos en un «seno», que es la familia. *Un seno hecho de personas diversas en relación*; la familia es el «lugar donde se aprende a convivir en la diferencia» (Exort. ap. *Evangelii gaudium*, 66): diferencias de géneros y de generaciones, que comunican antes que nada porque se acogen mutuamente, porque entre ellos existe un vínculo. Y cuanto más amplio es el abanico de estas relaciones y más diversas son las edades, más rico es nuestro ambiente de vida. Es el *vínculo* el que fundamenta la *palabra*, que a su vez fortalece el vínculo. Nosotros no inventamos las palabras: las podemos usar porque las hemos recibido. En la familia se aprende a hablar la *lengua materna*, es decir, la lengua de nuestros antepasados (cf. 2 M 7,25.27). En la familia se percibe que otros nos han precedido, y nos han puesto en condiciones de existir y de poder, también nosotros, generar vida y hacer algo bueno y hermoso. Podemos dar porque hemos recibido, y este círculo virtuoso está en el corazón de la capacidad de la familia de comunicarse y de comunicar; y, más en general, es el paradigma de toda comunicación.

La experiencia del vínculo que nos «precede» hace que la familia sea también el contexto en el que se transmite esa *forma fundamental de comunicación* que es la *oración*. Cuando la mamá y el papá acuestan para dormir a sus niños recién nacidos, a menudo los confían a Dios para que vele por ellos; y cuando los niños son un poco más mayores, recitan junto a ellos oraciones simples, recordando con afecto a otras personas: a los abuelos y otros familiares, a los enfermos y los que sufren, a todos aquellos que más necesitan de la ayuda de Dios. Así, la mayor parte de nosotros ha aprendido en la familia la *dimensión religiosa de la comunicación*, que en el cristianismo está impregnada de amor, el amor de Dios que se nos da y que nosotros ofrecemos a los demás.

Lo que nos hace entender en la familia lo que es verdaderamente la comunicación como *descubrimiento y construcción de proximidad* es la capacidad de abrazarse, sostenerse, acompañarse, descifrar las miradas y los silencios, reír y llorar juntos, entre personas que no se han elegido y que, sin embargo, son tan importantes las unas para las otras. Reducir las distancias, saliendo los unos al encuentro de los otros y acogidos, es motivo de gratitud y alegría: del saludo de María y del salto del niño brota la bendición de Isabel, a la que sigue el bellissimo canto del *Magnificat*, en el que María alaba el plan de amor de Dios sobre ella y su pueblo. De un «sí» pronunciado con fe, surgen consecuencias que van mucho más allá de nosotros mismos y se expanden por el mundo. «Visitar» comporta abrir las puertas, no encerrarse en uno mismo, salir, ir hacia el otro. También la familia está viva si respira abriéndose más allá de sí misma, y las familias que hacen esto pueden comunicar su mensaje de vida y de comunión, pueden dar consuelo y esperanza a las familias más heridas, y hacer crecer la Iglesia misma, que es familia de familias.

La familia es, más que ningún otro, el lugar en el que, viviendo juntos la cotidianidad, se experimentan los *límites* propios y ajenos, los pequeños y grandes problemas de la convivencia, del ponerse de acuerdo. No existe la familia perfecta, pero no hay que tener miedo a la imperfección, a la fragilidad, ni siquiera a los conflictos; hay que

aprender a afrontarlos de manera constructiva. Por eso, la familia en la que, con los propios límites y pecados, todos se quieren, se convierte en una *escuela de perdón*. El perdón es una *dinámica de comunicación*: una comunicación que se desgasta, se rompe y que, mediante el arrepentimiento expresado y acogido, se puede reanudar y acrecentar. Un niño que aprende en la familia a escuchar a los demás, a hablar de modo respetuoso, expresando su propio punto de vista sin negar el de los demás, será un constructor de diálogo y reconciliación en la sociedad.

A propósito de límites y comunicación, tienen mucho que enseñarnos *las familias con hijos afectados por una o más discapacidades*. El déficit en el movimiento, los sentidos o el intelecto supone siempre una tentación de encerrarse; pero puede convertirse, gracias al amor de los padres, de los hermanos y de otras personas amigas, en un *estímulo para abrirse, compartir, comunicar de modo inclusivo*; y puede ayudar a la escuela, la parroquia, las asociaciones, a que sean más acogedoras con todos, a que no excluyan a nadie.

Además, en un mundo donde tan a menudo se maldice, se habla mal, se siembra cizaña, se contamina nuestro ambiente humano con las habladurías, la familia puede ser una escuela de *comunicación como bendición*. Y esto también allí donde parece que prevalece inevitablemente el odio y la violencia, cuando las familias están separadas entre ellas por muros de piedra o por los muros no menos impenetrables del prejuicio y del resentimiento, cuando parece que hay buenas razones para decir «ahora basta»; el único modo para romper la espiral del mal, para testimoniar que el bien es siempre posible, para educar a los hijos en la fraternidad, es en realidad bendecir en lugar de maldecir, visitar en vez de rechazar, acoger en lugar de combatir.

Hoy, los *medios de comunicación más modernos*, que son irrenunciables sobre todo para los más jóvenes, *pueden tanto obstaculizar como ayudar* a la comunicación en la familia y entre familias.

La pueden *obstaculizar* si se convierten en un modo de sustraerse a la escucha, de aislarse de la presencia de los otros, de saturar cualquier momento de silencio y de espera, olvidando que «el silencio es parte integrante de la comunicación y sin él no existen palabras con densidad de contenido» (Benedicto XVI, *Mensaje para la XLVI Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 24 enero 2012). La pueden *favorecer* si ayudan a contar y compartir, a permanecer en contacto con quienes están lejos, a agradecer y a pedir perdón, a hacer posible una y otra vez el encuentro. Redescubriendo cotidianamente este centro vital que es el encuentro, este «inicio vivo», sabremos orientar nuestra relación con las tecnologías, en lugar de ser guiados por ellas. También en este campo, los padres son los primeros educadores. Pero no hay que dejarlos solos; la comunidad cristiana está llamada a ayudarles para vivir en el mundo de la comunicación según los criterios de la dignidad de la persona humana y del bien común.

El desafío que hoy se nos propone es, por tanto, *volver a aprender a narrar*, no simplemente a producir y consumir información. Esta es la dirección hacia la que nos empujan los potentes y valiosos medios de la comunicación contemporánea. La información es importante pero no basta, porque a menudo simplifica, contrapone las diferencias y las visiones distintas, invitando a ponerse de una u otra parte, en lugar de favorecer una visión de conjunto.

La familia, en conclusión, no es un campo en el que se comunican opiniones, o un terreno en el que se combaten batallas ideológicas, sino *un ambiente en el que se aprende a comunicar* en la proximidad y un sujeto que comunica, una «*comunidad comunicante*». Una comunidad que sabe acompañar, festejar y fructificar. En este sentido, es posible restablecer una mirada capaz de reconocer que la familia sigue siendo un gran recurso, y no sólo un problema o una institución en crisis. Los medios de comunicación tienden en ocasiones a presentar la familia como si fuera un modelo abstracto que hay que defender o atacar, en lugar de una realidad concreta que se ha de vivir; o como si fuera una

ideología de uno contra la de algún otro, en lugar del espacio donde todos aprendemos lo que significa comunicar en el amor recibido y entregado. Narrar significa más bien comprender que nuestras vidas están entrelazadas en una trama unitaria, que las voces son múltiples y que cada una es insustituible.

La familia más hermosa, protagonista y no problema, es la que sabe comunicar, partiendo del testimonio, la belleza y la riqueza de la relación entre hombre y mujer, y entre padres e hijos. No luchamos para defender el pasado, sino que trabajamos con paciencia y confianza, en todos los ambientes en que vivimos cotidianamente, para construir el futuro.

Vigilia de la fiesta de San Francisco de Sales.

Franciscus



MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Vaticano

Sábado, 31 de enero de 2015

*«Bienaventurados los limpios de corazón,
porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8)*

Queridos jóvenes:

Seguimos avanzando en nuestra peregrinación espiritual a Cracovia, donde tendrá lugar la próxima edición internacional de la Jornada Mundial de la Juventud, en julio de 2016. Como guía en nuestro camino, hemos elegido el texto evangélico de las Bienaventuranzas. El año pasado reflexionamos sobre la bienaventuranza de los pobres de espíritu, situándola en el contexto más amplio del "sermón de la montaña". Descubrimos el significado revolucionario de las Bienaventuranzas y el fuerte llamamiento de Jesús a lanzarnos decididamente a la aventura de la búsqueda de la felicidad. Este año reflexionaremos sobre la sexta Bienaventuranza: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8).

1. El deseo de felicidad

La palabra *bienaventurados* (*felices*), aparece nueve veces en esta primera gran predicación de Jesús (cf. Mt 5,1-12). Es como un estribillo que nos recuerda la llamada del Señor a recorrer con Él un camino que, a pesar de todas las dificultades, conduce a la verdadera felicidad.

Queridos jóvenes, todas las personas de todos los tiempos y de cualquier edad buscan la felicidad. Dios ha puesto en el corazón del hombre y de la mujer un profundo anhelo de felicidad, de plenitud. ¿No notáis que vuestros corazones están inquietos y en continua búsqueda de un bien que pueda saciar su sed de infinito?

Los primeros capítulos del libro del Génesis nos presentan la espléndida bienaventuranza a la que estamos llamados y que consiste en la comunión perfecta con Dios, con los otros, con la naturaleza, con nosotros mismos. El libre acceso a Dios, a su presencia e intimidad, formaba parte de su proyecto sobre la humanidad desde los orígenes y hacía que la luz divina permease de verdad y transparencia todas las relaciones humanas. En este estado de pureza original, no había “máscaras”, subterfugios, ni motivos para esconderse unos de otros. Todo era limpio y claro.

Cuando el hombre y la mujer ceden a la tentación y rompen la relación de comunión y confianza con Dios, el pecado entra en la historia humana (cf. Gn 3). Las consecuencias se hacen notar enseguida en las relaciones consigo mismos, de los unos con los otros, con la naturaleza. Y son dramáticas. La pureza de los orígenes queda como contaminada. Desde ese momento, el acceso directo a la presencia de Dios ya no es posible. Aparece la tendencia a esconderse, el hombre y la mujer tienen que cubrir su desnudez. Sin la luz que proviene de la visión del Señor, ven la realidad que los rodea de manera distorsionada, miope. La “brújula” interior que los guiaba en la búsqueda de la felicidad pierde su punto de orientación y la tentación del poder, del tener y el deseo del placer a toda costa los lleva al abismo de la tristeza y de la angustia.

En los Salmos encontramos el grito de la humanidad que, desde lo hondo de su alma, clama a Dios: «¿Quién nos hará ver la dicha si la luz de tu rostro ha huido de nosotros?» (*Sal 4,7*). El Padre, en su bondad infinita, responde a esta súplica enviando a su Hijo. En Jesús, Dios asume un rostro humano. Con su encarnación, vida, muerte y resurrección, nos redime del pecado y nos descubre nuevos horizontes, impensables hasta entonces.

Y así, en Cristo, queridos jóvenes, encontrarán el pleno cumplimiento de sus sueños de bondad y felicidad. Sólo Él puede satisfacer sus expectativas, muchas veces frustradas por las falsas promesas mundanas. Como dijo san Juan Pablo II: «Es Él la belleza que tanto les atrae; es Él quien les provoca con esa sed de radicalidad que no les permite dejarse llevar del conformismo; es Él quien les empuja a dejar las máscaras que falsean la vida; es Él quien les lee en el corazón las decisiones más auténticas que otros querrían sofocar. Es Jesús el que suscita en ustedes el deseo de hacer de su vida algo grande» (*Vigilia de oración en Tor Vergata, 19 agosto 2000*).

2. Bienaventurados los limpios de corazón...

Ahora intentemos profundizar en por qué esta bienaventuranza pasa a través de la pureza del corazón. Antes que nada, hay que comprender el significado bíblico de la palabra *corazón*. Para la cultura semita el corazón es el centro de los sentimientos, de los pensamientos y de las intenciones de la persona humana. Si la Biblia nos enseña que Dios no mira las apariencias, sino al corazón (cf. *1 Sam 16,7*), también podríamos decir que es desde nuestro corazón desde donde podemos ver a Dios. Esto es así porque nuestro corazón concentra al ser humano en su totalidad y unidad de cuerpo y alma, su capacidad de amar y ser amado.

En cuanto a la definición de *limpio*, la palabra griega utilizada por el evangelista Mateo es *katharos*, que significa fundamentalmente *puro, libre de sustancias contaminantes*. En el Evangelio, vemos que Jesús rechaza una determinada concepción de pureza ritual ligada a

la exterioridad, que prohíbe el contacto con cosas y personas (entre ellas, los leprosos y los extranjeros) consideradas impuras. A los fariseos que, como otros muchos judíos de entonces, no comían sin haber hecho las abluciones y observaban muchas tradiciones sobre la limpieza de los objetos, Jesús les dijo categóricamente: «Nada que entre de fuera puede hacer al hombre impuro; lo que sale de dentro es lo que hace impuro al hombre. Porque de dentro, del corazón del hombre, salen los malos propósitos, las fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, codicias, injusticias, fraudes, desenfreno, envidia, difamación, orgullo, frivolidad» (Mc 7,15.21-22).

Por tanto, ¿en qué consiste la felicidad que sale de un corazón puro? Por la lista que hace Jesús de los males que vuelven al hombre impuro, vemos que se trata sobre todo de algo que tiene que ver con el campo de nuestras *relaciones*. Cada uno tiene que aprender a descubrir lo que puede “contaminar” su corazón, formarse una conciencia recta y sensible, capaz de «discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que agrada, lo perfecto» (Rm 12,2). Si hemos de estar atentos y cuidar adecuadamente la creación, para que el aire, el agua, los alimentos no estén contaminados, mucho más tenemos que cuidar la pureza de lo más precioso que tenemos: *nuestros corazones y nuestras relaciones*. Esta “ecología humana” nos ayudará a respirar el aire puro que proviene de las cosas bellas, del amor verdadero, de la santidad.

Una vez les pregunté: ¿Dónde está su tesoro? ¿en qué descansa su corazón? (cf. *Entrevista con algunos jóvenes de Bélgica*, 31 marzo 2014). Sí, nuestros corazones pueden apegarse a tesoros verdaderos o falsos, en los que pueden encontrar auténtico reposo o adormecerse, haciéndose perezosos e insensibles. El bien más precioso que podemos tener en la vida es nuestra relación con Dios. ¿Lo creen así de verdad? ¿Son conscientes del valor inestimable que tienen a los ojos de Dios? ¿Saben que Él los valora y los ama incondicionalmente? Cuando esta convicción desaparece, el ser humano se convierte en un enigma incomprensible, porque precisamente lo que da sentido a nuestra vida es sabernos amados incondicionalmente por Dios. ¿Recuerdan el diálogo

de Jesús con el joven rico (cf. *Mc 10,17-22*)? El evangelista Marcos dice que Jesús lo miró con cariño (cf. v. 21), y después lo invitó a seguirle para encontrar el verdadero tesoro. Les deseo, queridos jóvenes, que esta mirada de Cristo, llena de amor, les acompañe durante toda su vida.

Durante la juventud, emerge la gran riqueza afectiva que hay en sus corazones, el deseo profundo de un amor verdadero, maravilloso, grande. ¡Cuánta energía hay en esta capacidad de amar y ser amado! No permitan que este valor tan precioso sea falseado, destruido o menoscabado. Esto sucede cuando nuestras relaciones están marcadas por la instrumentalización del prójimo para los propios fines egoístas, en ocasiones como mero objeto de placer. El corazón queda herido y triste tras esas experiencias negativas. Se lo ruego: no tengan miedo al amor verdadero, aquel que nos enseña Jesús y que San Pablo describe así: «El amor es paciente, afable; no tiene envidia; no presume ni se engríe; no es mal educado ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites. El amor no pasa nunca» (*1 Co 13,4-8*).

Al mismo tiempo que les invito a descubrir la belleza de la vocación humana al amor, les pido que se rebelen contra esa tendencia tan extendida de banalizar el amor, sobre todo cuando se intenta reducirlo solamente al aspecto sexual, privándolo así de sus características esenciales de belleza, comunión, fidelidad y responsabilidad. Queridos jóvenes, «en la cultura de lo provisional, de lo relativo, muchos predicán que lo importante es “disfrutar” el momento, que no vale la pena comprometerse para toda la vida, hacer opciones definitivas, “para siempre”, porque no se sabe lo que pasará mañana. Yo, en cambio, les pido que sean revolucionarios, les pido que vayan contracorriente; sí, en esto les pido que se rebelen contra esta cultura de lo provisional, que, en el fondo, cree que ustedes no son capaces de asumir responsabilidades, cree que ustedes no son capaces de amar verdaderamente. Yo tengo confianza en ustedes, jóvenes, y pido por ustedes. Atrévase a “ir

contracorriente". Y atrevanse también a ser felices» (*Encuentro con los voluntarios de la JMJ de Río de Janeiro*, 28 julio 2013).

Ustedes, jóvenes, son expertos exploradores. Si se deciden a descubrir el rico magisterio de la Iglesia en este campo, verán que el cristianismo no consiste en una serie de prohibiciones que apagan sus ansias de felicidad, sino en un proyecto de vida capaz de atraer nuestros corazones.

3. ... porque verán a Dios

En el corazón de todo hombre y mujer, resuena continuamente la invitación del Señor: «Busquen mi rostro» (*Sal 27,8*). Al mismo tiempo, tenemos que confrontarnos siempre con nuestra pobre condición de pecadores. Es lo que leemos, por ejemplo, en el Libro de los Salmos: «¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sacro? El hombre de manos inocentes y puro corazón» (*Sal 24,3-4*). Pero no tengamos miedo ni nos desanimemos: en la Biblia y en la historia de cada uno de nosotros vemos que Dios siempre da el primer paso. Él es quien nos purifica para que seamos dignos de estar en su presencia.

El profeta Isaías, cuando recibió la llamada del Señor para que hablase en su nombre, se asustó: «¡Ay de mí, estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros!» (*Is 6,5*). Pero el Señor lo purificó por medio de un ángel que le tocó la boca y le dijo: «Ha desaparecido tu culpa, está perdonado tu pecado» (v. 7). En el Nuevo Testamento, cuando Jesús llamó a sus primeros discípulos en el lago de Genesaret y realizó el prodigio de la pesca milagrosa, Simón Pedro se echó a sus pies diciendo: «Apártate de mí, Señor, que soy un pecador» (*Lc 5,8*). La respuesta no se hizo esperar: «No temas; desde ahora serás pescador de hombres» (v. 10). Y cuando uno de los discípulos de Jesús le preguntó: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta», el Maestro respondió: «Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre» (*Jn 14,8-9*).

La invitación del Señor a encontrarse con Él se dirige a cada uno de ustedes, en cualquier lugar o situación en que se encuentre. Basta «tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 3). Todos somos pecadores, necesitados de ser purificados por el Señor. Pero basta dar un pequeño paso hacia Jesús para descubrir que Él nos espera siempre con los brazos abiertos, sobre todo en el Sacramento de la Reconciliación, ocasión privilegiada para encontrar la misericordia divina que purifica y recrea nuestros corazones.

Sí, queridos jóvenes, el Señor quiere encontrarse con nosotros, quiere dejarnos “ver” su rostro. Me preguntarán: “Pero, ¿cómo?”. También Santa Teresa de Ávila, que nació hace ahora precisamente 500 años en España, desde pequeña decía a sus padres: «Quiero ver a Dios». Después descubrió el camino de la *oración*, que describió como «tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (*Libro de la vida*, 8, 5). Por eso, les pregunto: ¿rezan? ¿saben que pueden hablar con Jesús, con el Padre, con el Espíritu Santo, como se habla con un amigo? Y no un amigo cualquiera, sino el mejor amigo, el amigo de más confianza. Prueben a hacerlo, con sencillez. Descubrirán lo que un campesino de Ars decía a su santo Cura: Cuando estoy rezando ante el Sagrario, «yo le miro y Él me mira» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 2715).

También les invito a encontrarse con el Señor *leyendo frecuentemente la Sagrada Escritura*. Si no están acostumbrados todavía, comiencen por los Evangelios. Lean cada día un pasaje. Dejen que la Palabra de Dios hable a sus corazones, que sea luz para sus pasos (cf. *Sal* 119,105). Descubran que se puede “ver” a Dios también en el rostro de los *hermanos*, especialmente de los más olvidados: los pobres, los hambrientos, los sedientos, los extranjeros, los encarcelados (cf. *Mt* 25,31-46). ¿Han tenido alguna experiencia? Queridos jóvenes, para entrar en la lógica del Reino de Dios es necesario reconocerse pobre con los pobres. Un corazón puro es necesariamente también un

corazón despojado, que sabe abajarse y compartir la vida con los más necesitados.

El encuentro con Dios en la oración, mediante la lectura de la Biblia y en la vida fraterna les ayudará a conocer mejor al Señor y a ustedes mismos. Como les sucedió a los discípulos de Emaús (cf. Lc 24,13-35), la voz de Jesús hará arder su corazón y les abrirá los ojos para reconocer su presencia en la historia personal de cada uno de ustedes, descubriendo así el proyecto de amor que tiene para sus vidas.

Algunos de ustedes sienten o sentirán la llamada del Señor al matrimonio, a formar una familia. Hoy muchos piensan que esta vocación está "pasada de moda", pero no es verdad. Precisamente por eso, toda la Comunidad eclesial está viviendo un período especial de reflexión sobre la vocación y la misión de la familia en la Iglesia y en el mundo contemporáneo. Además, les invito a considerar la llamada a la vida consagrada y al sacerdocio. Qué maravilla ver jóvenes que abrazan la vocación de entregarse plenamente a Cristo y al servicio de su Iglesia. Háganse la pregunta con corazón limpio y no tengan miedo a lo que Dios les pida. A partir de su "sí" a la llamada del Señor se convertirán en nuevas semillas de esperanza en la Iglesia y en la sociedad. No lo olviden: La voluntad de Dios es nuestra felicidad.

4. *En camino a Cracovia*

«*Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*» (Mt 5,8). Queridos jóvenes, como ven, esta Bienaventuranza toca muy de cerca su vida y es una garantía de su felicidad. Por eso, se lo repito una vez más: atrévanse a ser felices.

Con la Jornada Mundial de la Juventud de este año comienza la última etapa del camino de preparación de la próxima gran cita mundial de los jóvenes en Cracovia, en 2016. Se cumplen ahora 30 años desde que san Juan Pablo II instituyó en la Iglesia las Jornadas Mundiales de la Juventud. Esta peregrinación juvenil a través de los continentes, bajo

la guía del Sucesor de Pedro, ha sido verdaderamente una iniciativa providencial y profética. Demos gracias al Señor por los abundantes frutos que ha dado en la vida de muchos jóvenes en todo el mundo. Cuántos descubrimientos importantes, sobre todo el de Cristo Camino, Verdad y Vida, y de la Iglesia como una familia grande y acogedora. Cuántos cambios de vida, cuántas decisiones vocacionales han tenido lugar en estos encuentros. Que el santo Pontífice, Patrono de la JMJ, interceda por nuestra peregrinación a su querida Cracovia. Y que la mirada maternal de la Bienaventurada Virgen María, la llena de gracia, toda belleza y toda pureza, nos acompañe en este camino.

Memoria de San Juan Bosco

Franciscus

FIESTA DE LA PRESENTACIÓN DEL SEÑOR
XIX JORNADA DE LA VIDA CONSAGRADA



HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Basílica Vaticana
Domingo, 2 de febrero de 2015

Pongamos ante los ojos de la mente el icono de María Madre que va con el Niño Jesús en brazos. Lo lleva al Templo, lo lleva al pueblo, lo lleva a encontrarse con su pueblo.

Los brazos de su Madre son como la «escalera» por la que el Hijo de Dios baja hasta nosotros, *la escalera de la condescendencia de Dios*. Lo hemos oído en la primera Lectura, tomada de la Carta a los Hebreos: Cristo «tenía que parecerse en todo a sus hermanos, para ser sumo sacerdote compasivo y fiel» (2,17). Es el doble camino de Jesús: *bajó*, se hizo uno de nosotros, para *subirnos* con Él al Padre, haciéndonos semejantes a Él.

Este movimiento lo podemos contemplar en nuestro corazón imaginando la escena del Evangelio: María que entra en el templo con el Niño en brazos. La Virgen es la que va caminando, pero su Hijo va *delante de ella*. Ella lo lleva, pero es Él quien la lleva a Ella por ese camino de Dios, que viene a nosotros para que nosotros podamos ir a Él.

Jesús ha recorrido nuestro camino, y nos ha mostrado el «camino nuevo y vivo» (cf. *Hb* 10,20) que es Él mismo. Y para nosotros, los consagrados, este es el único camino que, de modo concreto y sin alternativas, tenemos que recorrer con alegría y perseverancia. También para nosotros, los consagrados, ha abierto un camino. ¿Qué camino es éste?

Hasta en cinco ocasiones insiste el Evangelio en la obediencia de María y José a la “Ley del Señor” (cf. *Lc* 2,22.23.24.27.39). Jesús no vino para hacer su voluntad, sino la voluntad del Padre; y esto –dijo Él– era su «alimento» (cf. *Jn* 4,34). Así, quien sigue a Jesús se pone en el camino de la obediencia, imitando de alguna manera la «condescendencia» del Señor, abajándose y haciendo suya la voluntad del Padre, incluso hasta la negación y la humillación de sí mismo (cf. *Flp* 2,7-8). Para un religioso, caminar significa abajarse en el servicio, es decir, recorrer el mismo camino de Jesús, que «no retuvo ávidamente el ser igual a Dios» (*Flp* 2,6). Rebajarse haciéndose siervo para servir.

Y este camino adquiere la forma de la regla, que recoge el carisma del fundador, sin olvidar que la regla insustituible, para todos, es siempre el Evangelio. El Espíritu Santo, en su infinita creatividad, lo traduce también en diversas reglas de vida consagrada que nacen todas de la *sequela Christi*, es decir, de este camino de abajarse sirviendo.

Mediante esta «ley» que es la regla, los consagrados pueden alcanzar la *sabiduría*, que no es una actitud abstracta sino obra y don del Espíritu Santo. Y signo evidente de esa sabiduría es la alegría. Sí, la alegría evangélica del religioso es consecuencia del camino de abajamiento con Jesús... Y, cuando estamos tristes, nos vendrá bien preguntarnos: «¿Cómo estoy viviendo esta dimensión *kenotica*?».

En el relato de la Presentación de Jesús, la *sabiduría* está representada por los dos ancianos, Simeón y Ana: personas dóciles al Espíritu Santo (se los nombra 3 veces), guiadas por Él, animadas por Él. El Señor les concedió la *sabiduría* tras un largo camino de obediencia a su ley. Obediencia que, por una parte, humilla y aniquila, pero que por otra parte levanta y custodia la esperanza, haciéndolos creativos, porque estaban llenos de Espíritu Santo. Celebran incluso una especie de liturgia en torno al Niño

cuando entra en el templo: Simeón alaba al Señor y Ana «predica» la salvación (cf. Lc 2,28-32.38). Como María, también el anciano lleva al Niño en sus brazos, pero, en realidad, es el Niño quien toma y guía al anciano. La liturgia de las primeras Vísperas de la Fiesta de hoy lo expresa con claridad y belleza: «*Senex puerum portabat, puer autem senem regebat*». Tanto María, joven madre, como Simeón, anciano «abuelo», llevan al Niño en brazos, pero es el mismo Niño quien los guía a ellos.

Es curioso advertir que, en esta ocasión, los creativos no son los jóvenes sino los ancianos. Los jóvenes, como María y José, siguen la ley del Señor a través de la obediencia; los ancianos, como Simeón y Ana, ven en el Niño el cumplimiento de la Ley y las promesas de Dios. Y son capaces de hacer fiesta: son creativos en la alegría, en la sabiduría.

Y el Señor *transforma la obediencia en sabiduría* con la acción de su Espíritu Santo.

A veces, Dios puede dar el don de la *sabiduría* a un joven inexperto, pero a condición de que esté dispuesto a recorrer el camino de la obediencia y de la docilidad al Espíritu. Esta obediencia y docilidad no es algo teórico, sino que está bajo el régimen de la encarnación del Verbo: docilidad y obediencia a un fundador, docilidad y obediencia a una regla concreta, docilidad y obediencia a un superior, docilidad y obediencia a la Iglesia. Se trata de una docilidad y obediencia concreta.

Perseverando en el camino de la obediencia, madura la *sabiduría* personal y comunitaria, y así es posible también *adaptar las reglas a los tiempos*: de hecho, la verdadera «actualización» es obra de la *sabiduría*, forjada en la docilidad y la obediencia.

El *fortalecimiento* y la *renovación* de la Vida Consagrada pasan por *un gran amor a la regla*, y también por la capacidad de *contemplar y escuchar a los mayores* de la Congregación. Así, el «depósito», el carisma de una familia religiosa, queda *custodiado tanto por la obediencia como por la sabiduría*. Y este camino nos salva de vivir nuestra consagración de manera “light”, desencarnada, como si fuera una gnosis, que reduce la vida religiosa a una “caricatura”, una caricatura en la que se da un

seguimiento sin renuncia, una oración sin encuentro, una vida fraterna sin comunión, una obediencia sin confianza y una caridad sin trascendencia.

También nosotros, como María y Simeón, queremos llevar hoy en brazos a Jesús para que se encuentre con su pueblo, y seguro que lo conseguiremos si nos dejamos poseer por el misterio de Cristo. Guiemos el pueblo a Jesús dejándonos a su vez guiar por Él. Eso es lo que debemos ser: guías guiados.

Que el Señor, por intercesión de nuestra Madre, de San José y de los santos Simeón y Ana, nos conceda lo que le hemos pedido en la Oración colecta: «Ser presentados delante de ti con el alma limpia». Así sea.

Franciscus

LA MISIÓN DE LA IGLESIA



MEDITACIÓN DEL SANTO PADRE FRANCISCO

*Capilla de la Domus Sanctae Marthae
Jueves, 5 de febrero de 2015*

Yo cuidaré de ti

La verdadera misión de la Iglesia no es poner en funcionamiento una eficiente máquina de ayudas, siguiendo el modelo de una ONG. El perfil del apóstol —que anuncia con sencillez y pobreza el Evangelio con el único auténtico poder que viene de Dios— se reconoce, en cambio, en la clara expresión de Jesús a los discípulos que volvían felices de la misión: «somos siervos inútiles». Y, así, el Papa —en la misa celebrada el jueves 5 de febrero, en la capilla de la Casa Santa Marta— reafirmó que la verdadera «misión de la Iglesia es curar las heridas del corazón, abrir puertas, liberar, decir que Dios es bueno, perdona todo, es padre, Dios es afectuoso y nos espera siempre».

En el pasaje evangélico de Marcos (6, 7-13) propuesto por la liturgia, recordó el Pontífice, «hemos escuchado cómo Jesús llama a sus discípulos» y los envía a «llevar el Evangelio: es Él quien llama». El Evangelio dice «que los llamó, los envió y les dio autoridad: en la vocación de los discípulos, el Señor da el poder: el poder de expulsar los espíritus impuros para liberar, para curar. Este es el poder que da Jesús». Él, en efecto, «no da el poder de proyectar o hacer grandes empresas»; sino «el poder, el mismo poder

que tenía Él, el poder que Él había recibido del Padre, se lo entrega». Y lo hace con un «consejo claro: id en comunidad, pero para el viaje no llevéis nada más que un bastón, ni pan, ni alforja, ni dinero: ¡siendo pobres!».

«El Evangelio —afirmó el Papa Francisco— es tan rico y tan poderoso que no necesita formar grandes compañías, grandes empresas para ser anunciado». Porque el Evangelio «se debe anunciar siendo pobres, y el verdadero pastor es el que va como Jesús: pobre, a anunciar el Evangelio, con ese poder». Y «cuando el Evangelio se custodia con esta sencillez, con esta pobreza, se ve claramente que la salvación no es una teología de la prosperidad» sino que «es un don, el mismo don que Jesús había recibido para darlo».

El Papa Francisco volvió a proponer «esa escena tan hermosa de la sinagoga, cuando Jesús se presenta a los suyos: “He sido enviado para traer la salvación, para traer la buena noticia a los pobres, a los presos la liberación, a los ciegos el don de la vista. La liberación a todos los que están oprimidos y para anunciar el año de gracia, el año de alegría”». Precisamente este, dijo, «es el objetivo del anuncio evangélico, sin muchas cosas extrañas, mundanas». Jesús «envía así».

Y —se preguntó— «¿qué manda hacer» a los discípulos? ¿Cuál es su programa pastoral?». Sencillamente el de «atender, curar, levantar, liberar, expulsar los demonios: este es el programa sencillo». Que coincide, destacó el Papa Francisco, con «la misión de la Iglesia: la Iglesia que atiende, que cura». Tanto es así, recordó, que «algunas veces hablé de la Iglesia como de un hospital de campaña: ¡es verdad! ¡Cuántos heridos hay, cuántos heridos! ¡Cuánta gente necesita que sus heridas sean curadas!».

Por lo tanto, continuó el Papa, «esta es la misión de la Iglesia: curar las heridas del corazón, abrir puertas, liberar, decir que Dios es bueno, que Dios perdona todo, que Dios es padre, que Dios es afectuoso, que Dios nos espera siempre».

De su misión, destacó el Pontífice refiriéndose al Evangelio de Lucas (10, 17-20), «los discípulos volvieron felices» porque «no creían ser capaces de poder lograrlo». Y «decían al Señor: “Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre”». Estaban justamente «felices porque este poder de Jesús, realizado con sencillez, con pobreza, con amor, daba buen resultado».

Precisamente la frase que los discípulos felices dirigieron a Jesús, según lo relatado en el Evangelio, «nos explica todo». Ellos decían: «Hemos hecho esto, y esto, y esto, y esto...». Así, después de escucharlos, Jesús cerró los ojos y dijo: «Estaba viendo a Satanás caer del cielo». Un frase que revela cuál es «la guerra de la Iglesia: es verdad, tenemos que recoger ayudas y formar organizaciones que ayuden porque el Señor nos da los dones para esto»; pero, advirtió el Papa, «cuando olvidamos esta misión, olvidamos la pobreza, olvidamos el celo apostólico y ponemos la esperanza en estos medios, la Iglesia lentamente cae hacia una ONG y se convierte en una hermosa organización: poderosa pero no evangélica, porque falta ese espíritu, esa pobreza, esa fuerza de sanar».

Hay algo más: al regresar, Jesús lleva consigo a los discípulos «a descansar un poco, a pasar un día en el campo, a comer bocadillos con un fresco». En definitiva, el Señor quería «pasar juntos un poco de tiempo para festejar». Y juntos hablan de la misión que acababan de realizar. Pero Jesús no les dice: «Sois geniales. En la próxima salida, ahora, organizad mejor las cosas». Se limita a recomendar: «Cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: "somos siervos inútiles"» (Lc 17, 10).

En estas palabras del Señor, destacó el Papa Francisco, está el perfil del apóstol. Y, en efecto, «¿cuál sería la alabanza más bella para un apóstol?». He aquí la respuesta: «Ha sido un obrero del reino, un trabajador del reino». Precisamente «esta es la alabanza más grande, porque va por este camino del anuncio de Jesús, va a curar, a custodiar, a proclamar esta buena noticia y este año de gracia. A hacer que el pueblo vuelva a encontrar al Padre, a llevar la paz al corazón de la gente».

Como conclusión, el Papa invitó a leer este pasaje del Evangelio, subrayando «cuáles son las cosas más importantes para Jesús, para el anuncio del Evangelio: son estas, estas pequeñas virtudes». Y «luego es Él, es el Espíritu Santo quien lo hace todo».

Franciscus

CONSISTORIO ORDINARIO PÚBLICO
PARA LA CREACIÓN DE NUEVOS CARDENALES



HOMILÍA DEL
SANTO PADRE FRANCISCO

Basílica Vaticana
Sábado, 14 de febrero de 2015

Queridos hermanos cardenales

El cardenalato ciertamente es una dignidad, pero no una distinción honorífica. Ya el mismo nombre de «cardenal», que remite a la palabra latina «cardo-quicio», nos lleva a pensar, no en algo accesorio o decorativo, como una condecoración, sino en un perno, un punto de apoyo y un eje esencial para la vida de la comunidad. Sois «quicios» y estáis *incardinados* en la Iglesia de Roma, que «*preside toda la comunidad de la caridad*» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. *Lumen gentium*, 13; cf. Ign. Ant., *Ad Rom.*, Prólogo).

En la Iglesia, toda presidencia proviene de la caridad, se desarrolla en la caridad y tiene como fin la caridad. La Iglesia que está en Roma tiene también en esto un papel ejemplar: al igual que ella preside en la caridad, toda Iglesia particular, en su ámbito, está llamada a presidir en la caridad.

Por eso creo que el «himno a la caridad», de la primera carta de san Pablo a los Corintios, puede servir de pauta para esta celebración y para vuestro ministerio, especialmente para los que desde este momento entran a formar parte del Colegio Cardenalicio. Será bueno que todos, yo en primer lugar y vosotros conmigo, nos dejemos guiar por las palabras inspiradas del apóstol Pablo, en particular aquellas con las que describe las características de la caridad. Que María nuestra Madre nos ayude en esta escucha. Ella dio al mundo a Aquel que es «el camino más excelente» (cf. 1 Co 12,31): Jesús, caridad encarnada; que nos ayude a acoger esta Palabra y a seguir siempre este camino. Que nos ayude con su actitud humilde y tierna de madre, porque la caridad, don de Dios, crece donde hay humildad y ternura.

En primer lugar, san Pablo nos dice que la caridad es «*magnánima*» y «*benevolente*». Cuanto más crece la responsabilidad en el servicio de la Iglesia, tanto más hay que ensanchar el corazón, dilatarlo según la medida del Corazón de Cristo. La *magnanimidad* es, en cierto sentido, sinónimo de catolicidad: es saber amar sin límites, pero al mismo tiempo con fidelidad a las situaciones particulares y con gestos concretos. Amar lo que es grande, sin descuidar lo que es pequeño; amar las cosas pequeñas en el horizonte de las grandes, porque «*non coerceri a maximo, contineri tamen a minimo divinum est*». Saber amar con gestos de bondad. La *benevolencia* es la intención firme y constante de querer el bien, siempre y para todos, incluso para los que no nos aman.

A continuación, el apóstol dice que la caridad «*no tiene envidia; no presume; no se engríe*». Esto es realmente un milagro de la caridad, porque los seres humanos –todos, y en todas las etapas de la vida– tendemos a la envidia y al orgullo a causa de nuestra naturaleza herida por el pecado. Tampoco las dignidades eclesíásticas están inmunes a esta tentación. Pero precisamente por eso, queridos hermanos, puede resaltar todavía más en nosotros la fuerza divina de la caridad, que transforma el corazón, de modo que ya no eres tú el que vive, sino que Cristo vive en ti. Y Jesús es todo amor.

Además, la caridad *«no es mal educada ni egoísta»*. Estos dos rasgos revelan que quien vive en la caridad está des-centrado de sí mismo. El que está auto-centrado carece de respeto, y muchas veces ni siquiera lo advierte, porque el «respeto» es la capacidad de tener en cuenta al otro, su dignidad, su condición, sus necesidades. El que está auto-centrado busca inevitablemente su propio interés, y cree que esto es normal, casi un deber. Este «interés» puede estar cubierto de nobles apariencias, pero en el fondo se trata siempre de «interés personal». En cambio, la caridad te des-centra y te pone en el verdadero centro, que es sólo Cristo. Entonces sí, serás una persona respetuosa y preocupada por el bien de los demás.

La caridad, dice Pablo, *«no se irrita; no lleva cuentas del mal»*. Al pastor que vive en contacto con la gente no le faltan ocasiones para enojarse. Y tal vez entre nosotros, hermanos sacerdotes, que tenemos menos disculpa, el peligro de enojarnos sea mayor. También de esto es la caridad, y sólo ella, la que nos libra. Nos libra del peligro de reaccionar impulsivamente, de decir y hacer cosas que no están bien; y sobre todo nos libra del peligro mortal de la ira acumulada, «alimentada» dentro de ti, que te hace llevar cuentas del mal recibido. No. Esto no es aceptable en un hombre de Iglesia. Aunque es posible entender un enfado momentáneo que pasa rápido, no así el rencor. Que Dios nos proteja y libre de ello.

La caridad, añade el Apóstol, *«no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad»*. El que está llamado al servicio de gobierno en la Iglesia debe tener un fuerte sentido de la justicia, de modo que no acepte ninguna injusticia, ni siquiera la que podría ser beneficiosa para él o para la Iglesia. Al mismo tiempo, «goza con la verdad»: ¡Qué hermosa es esta expresión! El hombre de Dios es aquel que está fascinado por la verdad y la encuentra plenamente en la Palabra y en la Carne de Jesucristo. Él es la fuente inagotable de nuestra alegría. Que el Pueblo de Dios vea siempre en nosotros la firme denuncia de la injusticia y el servicio alegre de la verdad.

Por último, la caridad *«disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites»*. Aquí hay, en cuatro palabras, todo un

programa de vida espiritual y pastoral. El amor de Cristo, derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, nos permite vivir así, ser así: personas capaces de perdonar siempre; de dar siempre confianza, porque estamos llenos de fe en Dios; capaces de infundir siempre esperanza, porque estamos llenos de esperanza en Dios; personas que saben soportar con paciencia toda situación y a todo hermano y hermana, en unión con Jesús, que llevó con amor el peso de todos nuestros pecados.

Queridos hermanos, todo esto no viene de nosotros, sino de Dios. *Dios es amor* y lleva a cabo todo esto si somos dóciles a la acción de su Santo Espíritu. Por tanto, así es como tenemos que ser: *incardinados* y *dóciles*. Cuanto más incardinados estamos en la Iglesia que está en Roma, más dóciles tenemos que ser al Espíritu, para que la caridad pueda dar forma y sentido a todo lo que somos y hacemos. Incardinados en la Iglesia que preside en la caridad, dóciles al Espíritu Santo que derrama en nuestros corazones el amor de Dios (cf. *Rm 5,5*). Que así sea.

Franciscus

SANTA MISA CON LOS NUEVOS CARDENALES



HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

***Basílica Vaticana
Domingo, 15 de febrero de 2015***

«Señor, si quieres, puedes limpiarme...» Jesús, sintiendo lástima; extendió la mano y lo tocó diciendo: «Quiero: queda limpio» (cf. Mc 1,40-41). La compasión de Jesús. Ese *padecer con* que lo acercaba a cada persona que sufre. Jesús, se da completamente, se involucra en el dolor y la necesidad de la gente... simplemente, porque Él sabe y quiere *padecer con*, porque tiene un corazón que no se avergüenza de tener *compasión*.

«No podía entrar abiertamente en ningún pueblo; se quedaba fuera, en descampado» (Mc 1, 45). Esto significa que, además de curar al leproso, Jesús ha tomado sobre sí la marginación que la ley de Moisés imponía (cf. Lv 13,1-2. 45-46). Jesús no tiene miedo del riesgo que supone asumir el sufrimiento de otro, pero paga el precio con todas las consecuencias (cf. Is 53,4).

La *compasión* lleva a Jesús a actuar concretamente: a *reintegrar al marginado*. Y éstos son los tres conceptos claves que la Iglesia nos propone hoy en la liturgia de la palabra: la *compasión* de Jesús ante la *marginación* y su voluntad de *integración*.

Marginación: Moisés, tratando jurídicamente la cuestión de los leprosos, pide que sean alejados y marginados por la comunidad, mientras dure su mal, y los declara: «Impuros» (cf. Lv 13,1-2. 45.46).

Imaginad cuánto sufrimiento y cuánta vergüenza debía de sentir un leproso: físicamente, socialmente, psicológicamente y espiritualmente. No es sólo víctima de una enfermedad, sino que también se siente culpable, castigado por sus pecados. Es un muerto viviente, como «si su padre le hubiera escupido en la cara» (Nm 12,14).

Además, el leproso infunde miedo, desprecio, disgusto y por esto viene abandonado por los propios familiares, evitado por las otras personas, marginado por la sociedad, es más, la misma sociedad lo expulsa y lo fuerza a vivir en lugares alejados de los sanos, lo excluye. Y esto hasta el punto de que si un individuo sano se hubiese acercado a un leproso, habría sido severamente castigado y, muchas veces, tratado, a su vez, como un leproso.

Es verdad, la finalidad de esa norma era la de *salvar a los sanos, proteger a los justos* y, para salvaguardarlos de todo riesgo, *marginar el peligro*, tratando sin piedad al contagiado. De aquí, que el Sumo Sacerdote Caifás exclamase: «Conviene que uno muera por el pueblo, y que no perezca la nación entera» (Jn 11,50).

Integración: Jesús revoluciona y sacude fuertemente aquella mentalidad cerrada por el miedo y reclusa en los prejuicios. Él, sin embargo, no deroga la Ley de Moisés, sino que la lleva a plenitud (cf. Mt 5, 17), declarando, por ejemplo, la ineficacia contraproducente de la ley del talión; declarando que Dios no se complace en la observancia del Sábado que desprecia al hombre y lo condena; o cuando ante la mujer pecadora,

no la condena, sino que la salva de la intransigencia de aquellos que estaban ya preparados para lapidarla sin piedad, pretendiendo aplicar la Ley de Moisés. Jesús revoluciona también las conciencias en el Discurso de la montaña (cf. Mt 5) abriendo nuevos horizontes para la humanidad y revelando plenamente la lógica de Dios. La lógica del amor que no se basa en el miedo sino en la libertad, en la caridad, en el sano celo y en el deseo salvífico de Dios, Nuestro Salvador, «que quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1Tm 2,4). «Misericordia quiero y no sacrificio» (Mt 12,7; Os 6,6).

Jesús, nuevo Moisés, ha querido curar al leproso, ha querido tocar, ha querido reintegrar en la comunidad, sin *autolimitarse* por los prejuicios; sin adecuarse a la mentalidad dominante de la gente; sin preocuparse para nada del contagio. Jesús responde a la súplica del leproso sin dilación y sin los consabidos aplazamientos para estudiar la situación y todas sus eventuales consecuencias. Para Jesús lo que cuenta, sobre todo, es alcanzar y salvar a los lejanos, curar las heridas de los enfermos, reintegrar a todos en la familia de Dios. Y eso escandaliza a algunos.

Y Jesús no tiene miedo de este tipo de escándalo. Él no piensa en las personas obtusas que se escandalizan incluso de una curación, que se escandalizan de cualquier apertura, a cualquier paso que no entre en sus esquemas mentales o espirituales, a cualquier caricia o ternura que no corresponda a su forma de pensar y a su pureza ritualista. Él ha querido integrar a los marginados, salvar a los que están fuera del campamento (cf. Jn 10).

Son dos lógicas de pensamiento y de fe: el miedo de perder a los salvados y el deseo de salvar a los perdidos. Hoy también nos encontramos en la encrucijada de estas dos lógicas: a veces, la de los doctores de la ley, o sea, alejarse del peligro apartándose de la persona contagiada, y la lógica de Dios que, con su misericordia, abraza y acoge reintegrando y transfigurando el mal en bien, la condena en salvación y la exclusión en anuncio.

Estas dos lógicas recorren toda la historia de la Iglesia: *marginar y reintegrar*. San Pablo, dando cumplimiento al mandamiento del Señor de llevar el anuncio del Evangelio hasta los extremos confines de la tierra (cf. Mt 28,19), escandalizó y encontró una fuerte resistencia y una gran hostilidad sobre todo de parte de aquellos que exigían una incondicional observancia de la Ley mosaica, incluso a los paganos convertidos. También san Pedro fue duramente criticado por la comunidad cuando entró en la casa de Cornelio, el centurión pagano (cf. Hch 10).

El camino de la Iglesia, desde el concilio de Jerusalén en adelante, es siempre el camino de Jesús, el de la misericordia y de la integración. Esto no quiere decir menospreciar los peligros o hacer entrar los lobos en el rebaño, sino acoger al hijo pródigo arrepentido; sanar con determinación y valor las heridas del pecado; actuar decididamente y no quedarse mirando de forma pasiva el sufrimiento del mundo. El camino de la Iglesia es el de no condenar a nadie para siempre y difundir la misericordia de Dios a todas las personas que la piden con corazón sincero; el camino de la Iglesia es precisamente el de salir del propio recinto para ir a buscar a los lejanos en las "periferias" esenciales de la existencia; es el de adoptar integralmente la lógica de Dios; el de seguir al Maestro que dice: «No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores» (Lc 5,31-32).

Curando al leproso, Jesús no hace ningún daño al que está sano, es más, lo libra del miedo; no lo expone a un peligro sino que le da un hermano; no desprecia la Ley sino que valora al hombre, para el cual Dios ha inspirado la Ley. En efecto, Jesús libra a los sanos de la tentación del «hermano mayor» (cf. Lc 15,11-32) y del peso de la envidia y de la murmuración de los trabajadores que han soportado el peso de la jornada y el calor (cf. Mt 20,1-16).

En consecuencia: *la caridad no puede ser neutra, aséptica, indiferente, tibia o imparcial. La caridad contagia, apasiona, arriesga y compromete. Porque la caridad verdadera siempre es inmerecida, incondicional y*

gratuita (cf. *1Cor 13*). La caridad es creativa en la búsqueda del lenguaje adecuado para comunicar con aquellos que son considerados incurables y, por lo tanto, intocables. Encontrar el lenguaje justo... El contacto es el auténtico lenguaje que transmite, fue el lenguaje afectivo, el que proporcionó la curación al leproso. ¡Cuántas curaciones podemos realizar y transmitir aprendiendo este lenguaje del contacto! Era un leproso y se ha convertido en mensajero del amor de Dios. Dice el Evangelio: «Pero cuando se fue, empezó a pregonar bien alto y a divulgar el hecho» (*Mc 1,45*).

Queridos nuevos Cardenales, ésta es la lógica de Jesús, éste es el camino de la Iglesia: no sólo acoger y integrar, con valor evangélico, aquellos que llaman a la puerta, sino salir, ir a buscar, sin prejuicios y sin miedos, a los lejanos, manifestándoles gratuitamente aquello que también nosotros hemos recibido gratuitamente. «Quien dice que permanece en Él debe caminar como Él caminó» (*1Jn 2,6*). ¡La disponibilidad total para servir a los demás es nuestro signo distintivo, es nuestro único título de honor!

Pensadlo bien en estos días en los que habéis recibido el título cardenalicio. Invoquemos la intercesión de María, Madre de la Iglesia, que sufrió en primera persona la marginación causada por las calumnias (cf. *Jn 8,41*) y el exilio (cf. *Mt 2,13-23*), para que nos conceda el ser siervos fieles de Dios. Ella, que es la Madre, nos enseñe a no tener miedo de acoger con ternura a los marginados; a no tener miedo de la ternura. Cuántas veces tenemos miedo de la ternura. Que Ella nos enseñe a no tener miedo de la ternura y de la compasión; nos revista de paciencia para acompañarlos en su camino, sin buscar los resultados del éxito mundano; nos muestre a Jesús y nos haga caminar como Él.

Queridos hermanos nuevos Cardenales, mirando a Jesús y a nuestra Madre, os exhorto a servir a la Iglesia, en modo tal que los cristianos –edificados por nuestro testimonio– no tengan la tentación de estar con Jesús sin querer estar con los marginados, aislándose en una casta

que nada tiene de auténticamente eclesial. Os invito a servir a Jesús crucificado en toda persona marginada, por el motivo que sea; a ver al Señor en cada persona excluida que tiene hambre, que tiene sed, que está desnuda; al Señor que está presente también en aquellos que han perdido la fe, o que, alejados, no viven la propia fe, o que se declaran ateos; al Señor que está en la cárcel, que está enfermo, que no tiene trabajo, que es perseguido; al Señor que está en el leproso – de cuerpo o de alma -, que está discriminado. No descubrimos al Señor, si no acogemos auténticamente al marginado. Recordemos siempre la imagen de san Francisco que no tuvo miedo de abrazar al leproso y de acoger a aquellos que sufren cualquier tipo de marginación. En realidad, queridos hermanos, sobre el evangelio de los marginados, se juega y se descubre y se revela nuestra credibilidad.

Franciscus

CUARESMA



MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Vaticano
Miércoles, 18 de febrero de 2015

Fortalezcan sus corazones (St 5,8)

Queridos hermanos y hermanas:

La Cuaresma es un tiempo de renovación para la Iglesia, para las comunidades y para cada creyente. Pero sobre todo es un «tiempo de gracia» (2 Co 6,2). Dios no nos pide nada que no nos haya dado antes: «Nosotros amemos a Dios porque él nos amó primero» (1 Jn 4,19). Él no es indiferente a nosotros. Está interesado en cada uno de nosotros, nos conoce por nuestro nombre, nos cuida y nos busca cuando lo dejamos. Cada uno de nosotros le interesa; su amor le impide ser indiferente a lo que nos sucede. Pero ocurre que cuando estamos bien y nos sentimos a gusto, nos olvidamos de los demás (algo que Dios Padre no hace jamás), no nos interesan sus problemas, ni sus sufrimientos, ni las injusticias que

padecen... Entonces nuestro corazón cae en la indiferencia: yo estoy relativamente bien y a gusto, y me olvido de quienes no están bien. Esta actitud egoísta, de indiferencia, ha alcanzado hoy una dimensión mundial, hasta tal punto que podemos hablar de una globalización de la indiferencia. Se trata de un malestar que tenemos que afrontar como cristianos.

Cuando el pueblo de Dios se convierte a su amor, encuentra las respuestas a las preguntas que la historia le plantea continuamente. Uno de los desafíos más urgentes sobre los que quiero detenerme en este Mensaje es el de la globalización de la indiferencia.

La indiferencia hacia el prójimo y hacia Dios es una tentación real también para los cristianos. Por eso, necesitamos oír en cada Cuaresma el grito de los profetas que levantan su voz y nos despiertan.

Dios no es indiferente al mundo, sino que lo ama hasta el punto de dar a su Hijo por la salvación de cada hombre. En la encarnación, en la vida terrena, en la muerte y resurrección del Hijo de Dios, se abre definitivamente la puerta entre Dios y el hombre, entre el cielo y la tierra. Y la Iglesia es como la mano que tiene abierta esta puerta mediante la proclamación de la Palabra, la celebración de los sacramentos, el testimonio de la fe que actúa por la caridad (cf. Ga 5,6). Sin embargo, el mundo tiende a cerrarse en sí mismo y a cerrar la puerta a través de la cual Dios entra en el mundo y el mundo en Él. Así, la mano, que es la Iglesia, nunca debe sorprenderse si es rechazada, aplastada o herida.

El pueblo de Dios, por tanto, tiene necesidad de renovación, para no ser indiferente y para no cerrarse en sí mismo. Querría proponerles tres pasajes para meditar acerca de esta renovación.

1. *«Si un miembro sufre, todos sufren con él» (1 Co 12,26)* – La Iglesia

La caridad de Dios que rompe esa cerrazón mortal en sí mismos de la indiferencia, nos la ofrece la Iglesia con sus enseñanzas y, sobre todo, con

su testimonio. Sin embargo, sólo se puede testimoniar lo que antes se ha experimentado. El cristiano es aquel que permite que Dios lo revista de su bondad y misericordia, que lo revista de Cristo, para llegar a ser como Él, siervo de Dios y de los hombres. Nos lo recuerda la liturgia del Jueves Santo con el rito del lavatorio de los pies. Pedro no quería que Jesús le lavase los pies, pero después entendió que Jesús no quería ser sólo un ejemplo de cómo debemos lavarnos los pies unos a otros. Este servicio sólo lo puede hacer quien antes se ha dejado lavar los pies por Cristo. Sólo éstos tienen "parte" con Él (Jn 13,8) y así pueden servir al hombre.

La Cuaresma es un tiempo propicio para dejarnos servir por Cristo y así llegar a ser como Él. Esto sucede cuando escuchamos la Palabra de Dios y cuando recibimos los sacramentos, en particular la Eucaristía. En ella nos convertimos en lo que recibimos: el cuerpo de Cristo. En él no hay lugar para la indiferencia, que tan a menudo parece tener tanto poder en nuestros corazones. Quien es de Cristo pertenece a un solo cuerpo y en Él no se es indiferente hacia los demás. «Si un miembro sufre, todos sufren con él; y si un miembro es honrado, todos se alegran con él» (1 Co 12,26).

La Iglesia es *communio sanctorum* porque en ella participan los santos, pero a su vez porque es comunión de cosas santas: el amor de Dios que se nos reveló en Cristo y todos sus dones. Entre éstos está también la respuesta de cuantos se dejan tocar por ese amor. En esta comunión de los santos y en esta participación en las cosas santas, nadie posee sólo para sí mismo, sino que lo que tiene es para todos. Y puesto que estamos unidos en Dios, podemos hacer algo también por quienes están lejos, por aquellos a quienes nunca podríamos llegar sólo con nuestras fuerzas, porque con ellos y por ellos rezamos a Dios para que todos nos abramos a su obra de salvación.

2. «¿Dónde está tu hermano?» (Gn 4,9) – Las parroquias y las comunidades

Lo que hemos dicho para la Iglesia universal es necesario traducirlo en la vida de las parroquias y comunidades. En estas realidades eclesiales

¿se tiene la experiencia de que formamos parte de un solo cuerpo? ¿Un cuerpo que recibe y comparte lo que Dios quiere donar? ¿Un cuerpo que conoce a sus miembros más débiles, pobres y pequeños, y se hace cargo de ellos? ¿O nos refugiarnos en un amor universal que se compromete con los que están lejos en el mundo, pero olvida al Lázaro sentado delante de su propia puerta cerrada? (cf. Lc 16,19-31).

Para recibir y hacer fructificar plenamente lo que Dios nos da es preciso superar los confines de la Iglesia visible en dos direcciones.

En primer lugar, uniéndonos a la Iglesia del cielo en la oración. Cuando la Iglesia terrenal ora, se instaura una comunión de servicio y de bien mutuos que llega ante Dios. Junto con los santos, que encontraron su plenitud en Dios, formamos parte de la comunión en la cual el amor vence la indiferencia. La Iglesia del cielo no es triunfante porque ha dado la espalda a los sufrimientos del mundo y goza en solitario. Los santos ya contemplan y gozan, gracias a que, con la muerte y la resurrección de Jesús, vencieron definitivamente la indiferencia, la dureza de corazón y el odio. Hasta que esta victoria del amor no inunde todo el mundo, los santos caminan con nosotros, todavía peregrinos. Santa Teresa de Lisieux, doctora de la Iglesia, escribía convencida de que la alegría en el cielo por la victoria del amor crucificado no es plena mientras haya un solo hombre en la tierra que sufra y gima: «Cuento mucho con no permanecer inactiva en el cielo, mi deseo es seguir trabajando para la Iglesia y para las almas» (*Carta 254, 14 julio 1897*).

También nosotros participamos de los méritos y de la alegría de los santos, así como ellos participan de nuestra lucha y nuestro deseo de paz y reconciliación. Su alegría por la victoria de Cristo resucitado es para nosotros motivo de fuerza para superar tantas formas de indiferencia y de dureza de corazón.

Por otra parte, toda comunidad cristiana está llamada a cruzar el umbral que la pone en relación con la sociedad que la rodea, con los pobres y

los alejados. La Iglesia por naturaleza es misionera, no debe quedarse replegada en sí misma, sino que es enviada a todos los hombres.

Esta misión es el testimonio paciente de Aquel que quiere llevar toda la realidad y cada hombre al Padre. La misión es lo que el amor no puede callar. La Iglesia sigue a Jesucristo por el camino que la lleva a cada hombre, hasta los confines de la tierra (cf. *Hch* 1,8). Así podemos ver en nuestro prójimo al hermano y a la hermana por quienes Cristo murió y resucitó. Lo que hemos recibido, lo hemos recibido también para ellos. E, igualmente, lo que estos hermanos poseen es un don para la Iglesia y para toda la humanidad.

Queridos hermanos y hermanas, cuánto deseo que los lugares en los que se manifiesta la Iglesia, en particular nuestras parroquias y nuestras comunidades, lleguen a ser islas de misericordia en medio del mar de la indiferencia.

3. «Fortalezcan sus corazones» (St 5,8) – La persona creyente

También como individuos tenemos la tentación de la indiferencia. Estamos saturados de noticias e imágenes tremendas que nos narran el sufrimiento humano y, al mismo tiempo, sentimos toda nuestra incapacidad para intervenir. ¿Qué podemos hacer para no dejarnos absorber por esta espiral de horror y de impotencia?

En primer lugar, podemos orar en la comunión de la Iglesia terrenal y celestial. No olvidemos la fuerza de la oración de tantas personas. La iniciativa *24 horas para el Señor*, que deseo que se celebre en toda la Iglesia —también a nivel diocesano—, en los días 13 y 14 de marzo, es expresión de esta necesidad de la oración.

En segundo lugar, podemos ayudar con gestos de caridad, llegando tanto a las personas cercanas como a las lejanas, gracias a los numerosos organismos de caridad de la Iglesia. La Cuaresma es un tiempo propicio para mostrar interés por el otro, con un signo concreto, aunque sea pequeño, de nuestra participación en la misma humanidad.

Y, en tercer lugar, el sufrimiento del otro constituye un llamado a la conversión, porque la necesidad del hermano me recuerda la fragilidad de mi vida, mi dependencia de Dios y de los hermanos. Si pedimos humildemente la gracia de Dios y aceptamos los límites de nuestras posibilidades, confiaremos en las infinitas posibilidades que nos reserva el amor de Dios. Y podremos resistir a la tentación diabólica que nos hace creer que nosotros solos podemos salvar al mundo y a nosotros mismos.

Para superar la indiferencia y nuestras pretensiones de omnipotencia, quiero pedir a todos que este tiempo de Cuaresma se viva como un camino de formación del corazón, como dijo Benedicto XVI (Ct. enc. *Deus caritas est*, 31). Tener un corazón misericordioso no significa tener un corazón débil. Quien desea ser misericordioso necesita un corazón fuerte, firme, cerrado al tentador, pero abierto a Dios. Un corazón que se deje impregnar por el Espíritu y guiar por los caminos del amor que nos llevan a los hermanos y hermanas. En definitiva, un corazón pobre, que conoce sus propias pobreza y lo da todo por el otro.

Por esto, queridos hermanos y hermanas, deseo orar con ustedes a Cristo en esta Cuaresma: *"Fac cor nostrum secundum Cor tuum"*: *"Haz nuestro corazón semejante al tuyo"* (Súplica de las Letanías al Sagrado Corazón de Jesús). De ese modo tendremos un corazón fuerte y misericordioso, vigilante y generoso, que no se deje encerrar en sí mismo y no caiga en el vértigo de la globalización de la indiferencia.

Con este deseo, aseguro mi oración para que todo creyente y toda comunidad eclesial recorra provechosamente el itinerario cuaresmal, y les pido que recen por mí. Que el Señor los bendiga y la Virgen los guarde.

Franciscus

SANTA MISA,
BENDICIÓN E IMPOSICIÓN DE LA CENIZA



HOMILÍA DEL
SANTO PADRE FRANCISCO

Basílica de Santa Sabina
Miércoles, 18 de febrero de 2015

Como pueblo de Dios comenzamos el camino de Cuaresma, tiempo en el que tratamos de unirnos más estrechamente al Señor para compartir el misterio de su pasión y su resurrección.

La liturgia de hoy nos propone, ante todo, el pasaje del profeta Joel, enviado por Dios para llamar al pueblo a la penitencia y a la conversión, a causa de una calamidad (una invasión de langostas) que devasta la Judea. Sólo el Señor puede salvar del flagelo y, por lo tanto, es necesario invocarlo con oraciones y ayunos, confesando el propio pecado.

El profeta insiste en la conversión interior: «Volved a mí de todo corazón» (2, 12).

Volver al Señor «de todo corazón» significa emprender el camino de una conversión no superficial y transitoria, sino un itinerario espiritual que concierne al lugar más íntimo de nuestra persona. En efecto, el corazón es la sede de nuestros sentimientos, el centro en el que maduran nuestras elecciones, nuestras actitudes. El «volved a mí de todo corazón» no sólo implica a cada persona, sino que también se extiende a toda la comunidad, es una convocatoria dirigida a todos: «Reunid a la gente, santificad a la comunidad, llamad a los ancianos; congregad a los muchachos y a los niños de pecho, salga el esposo de la alcoba y la esposa del tálamo» (v. 16).

El profeta se refiere, en particular, a la oración de los sacerdotes, observando que va acompañada por lágrimas. Nos hará bien a todos, pero especialmente a nosotros, los sacerdotes, al comienzo de esta Cuaresma, pedir el don de lágrimas, para hacer que nuestra oración y nuestro camino de conversión sean cada vez más auténticos y sin hipocresía. Nos hará bien hacernos esta pregunta: «¿Lloro? ¿Llora el Papa? ¿Lloran los cardenales? ¿Lloran los obispos? ¿Lloran los consagrados? ¿Lloran los sacerdotes? ¿Está el llanto en nuestras oraciones?». Precisamente este es el mensaje del Evangelio de hoy. En el pasaje de Mateo, Jesús relea las tres obras de piedad previstas en la ley mosaica: la limosna, la oración y el ayuno. Y distingue el hecho externo del hecho interno, de ese llanto del corazón. A lo largo del tiempo estas prescripciones habían sido corroídas por la herrumbre del formalismo exterior o, incluso, se habían transformado en un signo de superioridad social. Jesús pone de relieve una tentación común en estas tres obras, que se puede resumir precisamente en la hipocresía (la nombra tres veces): «Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos... Cuando hagais limosna, no vayas tocando la trompeta por delante como hacen los hipócritas... Cuando recéis, no seáis como los hipócritas a quienes les gusta rezar de pie para que los vea la gente... Y cuando ayunéis, no pongáis cara triste, como los hipócritas» (Mt 6, 1. 2. 5. 16). Sabed, hermanos, que los hipócritas no saben llorar, se han olvidado de cómo se llora, no piden el don de lágrimas.

Cuando se hace algo bueno, casi instintivamente nace en nosotros el deseo de ser estimados y admirados por esta buena acción, para tener una satisfacción. Jesús nos invita a hacer estas obras sin ninguna ostentación, y a confiar únicamente en la recompensa del Padre «que ve en lo secreto» (Mt 6, 4. 6. 18).

Queridos hermanos y hermanas: El Señor no se cansa nunca de tener misericordia de nosotros, y quiere ofrecernos una vez más su perdón —todos tenemos necesidad de Él—, invitándonos a volver a Él con un corazón nuevo, purificado del mal, purificado por las lágrimas, para compartir su alegría. ¿Cómo acoger esta invitación? Nos lo sugiere san Pablo: «En nombre de Cristo os pedimos: ¡que os reconciliéis con Dios» (2 Co 5, 20). Este esfuerzo de conversión no es solamente una obra humana, es *dejarse* reconciliar. La reconciliación entre nosotros y Dios es posible gracias a la misericordia del Padre que, por amor a nosotros, no dudó en sacrificar a su Hijo unigénito. En efecto, Cristo, que era justo y sin pecado, fue hecho pecado por nosotros (v. 21) cuando cargó con nuestros pecados en la cruz, y así nos ha rescatado y justificando ante Dios. «En Él» podemos llegar a ser justos, en Él podemos cambiar, si acogemos la gracia de Dios y no dejamos pasar en vano este «tiempo favorable» (6, 2). Por favor, detengámonos, detengámonos un poco y dejémonos reconciliar con Dios.

Con esta certeza, comencemos con confianza y alegría el itinerario cuaresmal. Que María, Madre inmaculada, sin pecado, sostenga nuestro combate espiritual contra el pecado y nos acompañe en este momento favorable, para que lleguemos a cantar juntos la exultación de la victoria el día de Pascua. Y en señal de nuestra voluntad de dejarnos reconciliar con Dios, además de las lágrimas que estarán «en lo secreto», en público realizaremos el gesto de la imposición de la ceniza en la cabeza. El celebrante pronuncia estas palabras: «Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás» (cf. Gn 3, 19), o repite la exhortación de Jesús: «Convertíos y creed el Evangelio» (cf. Mc 1, 15). Ambas fórmulas constituyen una exhortación a la verdad de la existencia humana: somos

criaturas limitadas, pecadores siempre necesitados de penitencia y conversión. ¡Cuán importante es escuchar y acoger esta exhortación en nuestro tiempo! La invitación a la conversión es, entonces, un impulso a volver, como hizo el hijo de la parábola, a los brazos de Dios, Padre tierno y misericordioso, a llorar en ese abrazo, a fiarse de Él y encomendarse a Él.

Franciscus

CELEBRACIÓN DEL DOMINGO DE RAMOS
Y DE LA PASIÓN DEL SEÑOR



HOMILÍA DEL
SANTO PADRE FRANCISCO

Plaza de San Pedro
XXX Jornada Mundial de la Juventud
Domingo, 29 de marzo de 2015

En el centro de esta celebración, que se presenta tan festiva, está la palabra que hemos escuchado en el himno de la Carta a los Filipenses: «Se humilló a sí mismo» (2,8). *La humillación de Jesús.*

Esta palabra nos desvela *el estilo de Dios y, en consecuencia, aquel que debe ser el del cristiano*: la humildad. Un estilo que nunca dejará de sorprendernos y ponernos en crisis: nunca nos acostumbraremos a un Dios humilde.

Humillarse es ante todo el estilo de Dios: Dios *se humilla para caminar con su pueblo*, para soportar sus infidelidades. Esto se aprecia bien leyendo la historia del Éxodo: ¡Qué humillación para el Señor oír

todas aquellas murmuraciones, aquellas quejas! Estaban dirigidas contra Moisés, pero, en el fondo, iban contra él, contra su Padre, que los había sacado de la esclavitud y los guiaba en el camino por el desierto hasta la tierra de la libertad.

En esta semana, la Semana Santa, que nos conduce a la Pascua, *seguiremos este camino* de la humillación de Jesús. Y sólo así será «santa» también para nosotros.

Veremos el desprecio de los jefes del pueblo y sus engaños para acabar con él. Asistiremos a la traición de Judas, uno de los Doce, que lo venderá por treinta monedas. Veremos al Señor apresado y tratado como un malhechor; abandonado por sus discípulos; llevado ante el Sanedrín, condenado a muerte, azotado y ultrajado. Escucharemos cómo Pedro, la «roca» de los discípulos, lo negará tres veces. Oiremos los gritos de la muchedumbre, soliviantada por los jefes, pidiendo que Barrabás quede libre y que a él lo crucifiquen. Veremos cómo los soldados se burlarán de él, vestido con un manto color púrpura y coronado de espinas. Y después, a lo largo de la vía dolorosa y a los pies de la cruz, sentiremos los insultos de la gente y de los jefes, que se ríen de su condición de Rey e Hijo de Dios.

Esta es la vía de Dios, el camino de la humildad. Es *el* camino de Jesús, no hay otro. Y no hay humildad sin humillación.

Al recorrer hasta el final este camino, el Hijo de Dios tomó la «condición de siervo» (*Flp 2,7*). En efecto, la humildad quiere decir también *servicio*, significa dejar espacio a Dios negándose a uno mismo, «despojándose», como dice la Escritura (v. 7). Este «despojarse» es la humillación más grande.

Hay otra vía, contraria al camino de Cristo: la mundanidad. La mundanidad nos ofrece el camino de la vanidad, del orgullo, del éxito... Es la otra vía. El maligno se la propuso también a Jesús durante cuarenta

días en el desierto. Pero Jesús la rechazó sin dudarla. Y, con él, solamente con su gracia y con su ayuda, también nosotros podemos vencer esta tentación de la vanidad, de la mundanidad, no sólo en las grandes ocasiones, sino también en las circunstancias ordinarias de la vida.

En esto, nos ayuda y nos conforta el ejemplo de muchos hombres y mujeres que, en silencio y sin hacerse ver, *renuncian cada día a sí mismos para servir a los demás*: un familiar enfermo, un anciano solo, una persona con discapacidad, una persona sin techo...

Pensemos también en la humillación de los que, por mantenerse fieles al Evangelio, son discriminados y sufren las consecuencias en su propia carne. Y pensemos en nuestros hermanos y hermanas perseguidos por ser cristianos, los *mártires de hoy* —que son muchos—: no reniegan de Jesús y soportan con dignidad insultos y ultrajes. Lo siguen por su camino. Podemos hablar, verdaderamente, de “una nube de testigos”: los mártires de hoy (cf. *Hb 12,1*).

Durante esta semana, emprendamos también nosotros con decisión este camino de la humildad, movidos por el amor a nuestro Señor y Salvador. *El amor nos guiará y nos dará fuerza*. Y, donde está él, estaremos también nosotros (cf. *Jn 12,26*).

Franciscus

SANTA MISA CRISMAL



HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

***Basilica Vaticana
Jueves Santo, 2 de abril de 2015***

«Lo sostendrá mi mano y le dará fortaleza mi brazo» (Sal 88,22), así piensa el Señor cuando dice para sí: «He encontrado a David mi servidor y con mi aceite santo lo he ungido» (v. 21). Así piensa nuestro Padre cada vez que «encuentra» a un sacerdote. Y agrega más: «Contará con mi amor y mi lealtad. Él me podrá decir: Tú eres mi padre, el Dios que me protege y que me salva» (v. 25.27).

Es muy hermoso entrar, con el Salmista, en este soliloquio de nuestro Dios. Él habla de nosotros, sus sacerdotes, sus curas; pero no es realmente un soliloquio, no habla solo: es el Padre que le dice a Jesús: «Tus amigos, los que te aman, me podrán decir de una manera especial: "Tú eres mi Padre"» (cf. Jn 14,21). Y, si el Señor piensa y se preocupa tanto en cómo podrá ayudarnos, es porque sabe que la tarea de ungir al pueblo fiel no

es fácil, es dura; nos lleva al cansancio y a la fatiga. Lo experimentamos en todas sus formas: desde el cansancio habitual de la tarea apostólica cotidiana hasta el de la enfermedad y la muerte e incluso la consumación en el martirio.

El cansancio de los sacerdotes... ¿Sabéis cuántas veces pienso en esto: en el cansancio de todos vosotros? Pienso mucho y ruego a menudo, especialmente cuando el cansado soy yo. Rezo por los que trabajáis en medio del pueblo fiel de Dios que os fue confiado, y muchos en lugares muy abandonados y peligrosos. Y nuestro cansancio, queridos sacerdotes, es como el incienso que sube silenciosamente al cielo (cf. *Sal* 140,2; *Ap* 8,3-4). Nuestro cansancio va directo al corazón del Padre.

Estad seguros que la Virgen María se da cuenta de este cansancio y se lo hace notar enseguida al Señor. Ella, como Madre, sabe comprender cuándo sus hijos están cansados y no se fija en nada más. «Bienvenido. Descansa, hijo mío. Después hablaremos... ¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?», nos dirá siempre que nos acerquemos a Ella (cf. *Evangelii gaudium*, 286). Y a su Hijo le dirá, como en Caná: «No tienen vino».

Sucede también que, cuando sentimos el peso del trabajo pastoral, nos puede venir la tentación de descansar de cualquier manera, como si el descanso no fuera una cosa de Dios. No caigamos en esta tentación. Nuestra fatiga es preciosa a los ojos de Jesús, que nos acoge y nos pone de pie: «Venid a mí cuando estéis cansados y agobiados, que yo os aliviaré» (*Mt* 11,28). Cuando uno sabe que, muerto de cansancio, puede postrarse en adoración, decir: «Basta por hoy, Señor», y rendirse ante el Padre; uno sabe también que no se hunde sino que se renueva porque, al que ha ungido con óleo de alegría al pueblo fiel de Dios, el Señor también lo unge, «le cambia su ceniza en diadema, sus lágrimas en aceite perfumado de alegría, su abatimiento en cánticos» (*Is* 61,3).

Tengamos bien presente que una clave de la fecundidad sacerdotal está en el modo como descansamos y en cómo sentimos que el Señor trata nuestro cansancio. ¡Qué difícil es aprender a descansar! En esto se juega nuestra confianza y nuestro recordar que también somos ovejas

y necesitamos que el Pastor nos ayude. Pueden ayudarnos algunas preguntas a este respecto.

¿Sé descansar recibiendo el amor, la gratitud y todo el cariño que me da el pueblo fiel de Dios? O, luego del trabajo pastoral, ¿busco descansos más refinados, no los de los pobres sino los que ofrece el mundo del consumo? ¿El Espíritu Santo es verdaderamente para mí «descanso en el trabajo» o sólo aquel que me da trabajo? ¿Sé pedir ayuda a algún sacerdote sabio? ¿Sé descansar de mí mismo, de mi auto-exigencia, de mi auto-complacencia, de mi autoreferencialidad? ¿Sé conversar con Jesús, con el Padre, con la Virgen y San José, con mis santos protectores amigos para reposarme en sus exigencias —que son suaves y ligeras—, en sus complacencias —a ellos les agrada estar en mi compañía—, en sus intereses y referencias —a ellos sólo les interesa la mayor gloria de Dios—? ¿Sé descansar de mis enemigos bajo la protección del Señor? ¿Argumento y maquino yo solo, rumiando una y otra vez mi defensa, o me confío al Espíritu Santo que me enseña lo que tengo que decir en cada ocasión? ¿Me preocupo y me angustio excesivamente o, como Pablo, encuentro descanso diciendo: «Sé en Quién me he confiado» (2 Tm 1,12)?

Repasemos un momento las tareas de los sacerdotes que hoy nos proclama la liturgia: llevar a los pobres la Buena Nueva, anunciar la liberación a los cautivos y la curación a los ciegos, dar libertad a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor. E Isaías agrega: curar a los de corazón quebrantado y consolar a los afligidos.

No son tareas fáciles, exteriores, como por ejemplo el trabajo material —construir un nuevo salón parroquial, o delinear una cancha de fútbol para los jóvenes del Oratorio... —; las tareas mencionadas por Jesús implican nuestra capacidad de compasión, son tareas en las que nuestro corazón es «movido» y conmovido. Nos alegramos con los novios que se casan, reímos con el bebé que traen a bautizar; acompañamos a los jóvenes que se preparan para el matrimonio y a las familias; nos apenamos con el que recibe la unción en la cama del hospital, lloramos con los que entierran a un ser querido... Tantas emociones... Si tenemos el corazón abierto,

esta mención y tanto afecto fatigan el corazón del Pastor. Para nosotros sacerdotes las historias de nuestra gente no son un noticiero: nosotros conocemos a nuestro pueblo, podemos adivinar lo que les está pasando en su corazón; y el nuestro, al compadecernos (al padecer con ellos), se nos va deshilachando, se nos parte en mil pedacitos, se conmueve y hasta parece comido por la gente: «Tomad, comed». Esa es la palabra que musita constantemente el sacerdote de Jesús cuando va atendiendo a su pueblo fiel: «Tomad y comed, tomad y bebed...». Y así nuestra vida sacerdotal se va entregando en el servicio, en la cercanía al pueblo fiel de Dios... que siempre, siempre cansa.

Quisiera ahora compartir con vosotros algunos cansancios en los que he meditado.

Está el que podemos llamar «el cansancio de la gente, de las multitudes»: para el Señor, como para nosotros, era agotador —lo dice el evangelio—, pero es cansancio del bueno, cansancio lleno de frutos y de alegría. La gente que lo seguía, las familias que le traían sus niños para que los bendijera, los que habían sido curados, que venían con sus amigos, los jóvenes que se entusiasmaban con el Rabí..., no le dejaban tiempo ni para comer. Pero el Señor no se hastiaba de estar con la gente. Al contrario, parecía que se renovaba (cf. *Evangelii gaudium*, 11). Este cansancio en medio de nuestra actividad suele ser una gracia que está al alcance de la mano de todos nosotros, sacerdotes (cf. *ibíd.*, 279). ¡Qué bueno es esto: la gente ama, quiere y necesita a sus pastores! El pueblo fiel no nos deja sin tarea directa, salvo que uno se esconda en una oficina o ande por la ciudad con vidrios polarizados. Y este cansancio es bueno, es sano. Es el cansancio del sacerdote con olor a oveja..., pero con sonrisa de papá que contempla a sus hijos o a sus nietos pequeños. Nada que ver con esos que huelen a perfume caro y te miran de lejos y desde arriba (cf. *ibíd.*, 97). Somos los amigos del Novio, esa es nuestra alegría. Si Jesús está pastoreando en medio de nosotros, no podemos ser pastores con cara de vinagre, quejosos ni, lo que es peor, pastores aburridos. Olor a oveja y sonrisa de padres... Sí, bien cansados, pero con la alegría de los que escuchan a su Señor decir: «Venid a mí, benditos de mi Padre» (Mt 25,34).

También se da lo que podemos llamar «el cansancio de los enemigos». El demonio y sus secuaces no duermen y, como sus oídos no soportan la Palabra de Dios, trabajan incansablemente para acallarla o tergiversarla. Aquí el cansancio de enfrentarlos es más arduo. No sólo se trata de hacer el bien, con toda la fatiga que conlleva, sino que hay que defender al rebaño y defenderse uno mismo contra el mal (cf. *Evangelii gaudium*, 83). El maligno es más astuto que nosotros y es capaz de tirar abajo en un momento lo que construimos con paciencia durante largo tiempo. Aquí necesitamos pedir la gracia de aprender a neutralizar —es un hábito importante: aprender a neutralizar—: neutralizar el mal, no arrancar la cizaña, no pretender defender como superhombres lo que sólo el Señor tiene que defender. Todo esto ayuda a no bajar los brazos ante la espesura de la iniquidad, ante la burla de los malvados. La palabra del Señor para estas situaciones de cansancio es: «No temáis, yo he vencido al mundo» (Jn 16,33). Y esta palabra nos dará fuerza.

Y por último —para que esta homilía no os canse demasiado— está también «el cansancio de uno mismo» (cf. *Evangelii gaudium*, 277). Es quizás el más peligroso. Porque los otros dos provienen de estar expuestos, de salir de nosotros mismos a ungió y a trabajar (somos los que cuidamos). Este cansancio, en cambio, es más auto-referencial; es la desilusión de uno mismo pero no mirada de frente, con la serena alegría del que se descubre pecador y necesitado de perdón, de ayuda: este pide ayuda y va adelante. Se trata del cansancio que da el «querer y no querer», el haberse jugado todo y después añorar los ajos y las cebollas de Egipto, el jugar con la ilusión de ser otra cosa. A este cansancio, me gusta llamarlo «coquetear con la mundanidad espiritual». Y, cuando uno se queda solo, se da cuenta de que grandes sectores de la vida quedaron impregnados por esta mundanidad y hasta nos da la impresión de que ningún baño la puede limpiar. Aquí sí puede haber cansancio malo. La palabra del Apocalipsis nos indica la causa de este cansancio: «Has sufrido, has sido perseverante, has trabajado arduamente por amor de mi nombre y no has desmayado. Pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor» (2,3-4). Sólo el amor descansa. Lo que no se ama cansa y, a la larga, cansa mal.

La imagen más honda y misteriosa de cómo trata el Señor nuestro cansancio pastoral es aquella del que «habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo» (Jn 13,1): la escena del lavatorio de los pies. Me gusta contemplarla como el *lavatorio del seguimiento*. El Señor purifica el seguimiento mismo, él se «involucra» con nosotros (cf. *Evangelii gaudium*, 24), se encarga en persona de limpiar toda mancha, ese mundano smog untuoso que se nos pegó en el camino que hemos hecho en su nombre.

Sabemos que en los pies se puede ver cómo anda todo nuestro cuerpo. En el modo de seguir al Señor se expresa cómo anda nuestro corazón. Las llagas de los pies, las torceduras y el cansancio son signo de cómo lo hemos seguido, por qué caminos nos metimos buscando a sus ovejas perdidas, tratando de llevar el rebaño a las verdes praderas y a las fuentes tranquilas (cf. *ibíd.* 270). El Señor nos lava y purifica de todo lo que se ha acumulado en nuestros pies por seguirlo. Eso es sagrado. No permite que quede manchado. Así como las heridas de guerra él las besa, la suciedad del trabajo él la lava.

El seguimiento de Jesús es lavado por el mismo Señor para que nos sintamos con derecho a estar «alegres», «plenos», «sin temores ni culpas» y nos animemos así a salir e ir «hasta los confines del mundo, a todas las periferias», a llevar esta buena noticia a los más abandonados, sabiendo que él está con nosotros, todos los días, hasta el fin del mundo. Y, por favor, pidamos la gracia de aprender a estar cansados, pero ¡bien cansados!

Franciscus

SANTA MISA “IN COENA DOMINI”



HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

***Iglesia “Padre Nuestro”
Nuevo Complejo Penitenciario de Rebibbia, Roma
Jueves Santo, 2 de abril de 2015***

Este jueves, Jesús estaba en la mesa con los discípulos, celebrando la fiesta de la Pascua. Y el pasaje del Evangelio que hemos escuchado contiene una frase que es precisamente el centro de lo que hizo Jesús por todos nosotros: «Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13, 1). Jesús nos amó. Jesús nos ama. Sin límites, siempre, hasta el extremo. El amor de Jesús por nosotros no tiene límites: cada vez más, cada vez más. No se cansa de amar. A ninguno. Nos ama a todos nosotros, hasta el punto de dar la vida por nosotros. Sí, dar la vida por nosotros; sí, dar la vida por todos nosotros, dar la vida por cada uno de nosotros. Y cada uno puede decir: «Dio la vida por mí». Por cada uno. Ha dado la vida por ti, por ti, por ti, por mí, por él... por cada

uno, con nombre y apellido. Su amor es así: personal. El amor de Jesús nunca defrauda, porque Él no se cansa de amar, como no se cansa de perdonar, no se cansa de abrazarnos. Esta es la primera cosa que quería decirnos: Jesús nos amó, a cada uno de nosotros, hasta el extremo.

Y luego, hizo lo que los discípulos no comprendieron: lavar los pies. En ese tiempo era habitual, era una costumbre, porque cuando la gente llegaba a una casa tenía los pies sucios por el polvo del camino; no existían los adoquines en ese tiempo... Había polvo por el camino. Y en el ingreso de la casa se lavaban los pies. Pero esto no lo hacía el dueño de casa, lo hacían los esclavos. Era un trabajo de esclavos. Y Jesús lava como esclavo nuestros pies, los pies de los discípulos, y por eso dice: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora —dice a Pedro—, pero lo comprenderás más tarde» (*Jn 13, 7*). Es tan grande el amor de Jesús que se hizo esclavo para servirnos, para curarnos, para limpiarnos.

Y hoy, en esta misa, la Iglesia quiere que el sacerdote lave los pies de doce personas, en memoria de los doce apóstoles. Pero en nuestro corazón debemos tener la certeza, debemos estar seguros de que el Señor, cuando nos lava los pies, nos lava todo, nos purifica, nos hace sentir de nuevo su amor. En la Biblia hay una frase, del profeta Isaías, muy bella, que dice: «¿Puede una madre olvidar a su hijo? Aunque ella se olvidara de su hijo, yo nunca me olvidaré de ti» (cf. 49, 15). Así es el amor de Dios por nosotros.

Y yo lavaré hoy los pies de doce de vosotros, pero en estos hermanos y hermanas estáis todos vosotros, todos, todos. Todos los que viven aquí. Vosotros los representáis a ellos. Y también yo necesito ser lavado por el Señor, y por eso rezad durante esta misa para que el Señor lave también mis suciedades, para que yo llegue a ser un mejor siervo vuestro, un mejor siervo al servicio de la gente, como lo fue Jesús.

Ahora comenzaremos esta parte de la celebración.

Franciscus

VIGILIA PASCUAL EN LA NOCHE SANTA



HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Basílica Vaticana
Sábado Santo, 4 de abril de 2015

Esta noche es noche de vigilia.

El Señor no duerme, vela el guardián de su pueblo (cf. *Sal 121,4*), para sacarlo de la esclavitud y para abrirle el camino de la libertad.

El Señor vela y, con la fuerza de su amor, hace pasar al pueblo a través del Mar Rojo; y hace pasar a Jesús a través del abismo de la muerte y de los infiernos.

Esta fue una noche de vela para los discípulos y las discípulas de Jesús. Noche de dolor y de temor. Los hombres permanecieron cerrados en el

Cenáculo. Las mujeres, sin embargo, al alba del día siguiente al sábado, fueron al sepulcro para ungir el cuerpo de Jesús. Sus corazones estaban llenos de emoción y se preguntaban: «¿Cómo haremos para entrar?, ¿quién nos removerá la piedra de la tumba?...». Pero he aquí el primer signo del Acontecimiento: la gran piedra *ya había sido removida*, y la tumba estaba abierta.

«Entraron en el sepulcro y vieron a un joven sentado a la derecha, vestido de blanco» (Mc 16,5). Las mujeres fueron las primeras que vieron este gran signo: el sepulcro vacío; y fueron las primeras en entrar.

«Entraron en el sepulcro». En esta noche de vigilia, nos viene bien detenernos a reflexionar sobre la experiencia de las discípulas de Jesús, que también nos interpela a nosotros. Efectivamente, para eso estamos aquí: para entrar, para *entrar en el misterio* que Dios ha realizado con su vigilia de amor.

No se puede vivir la Pascua sin entrar en el misterio. No es un hecho intelectual, no es sólo conocer, leer... Es más, es mucho más.

«Entrar en el misterio» significa capacidad de asombro, de contemplación; capacidad de escuchar el silencio y sentir el susurro de ese hilo de silencio sonoro en el que Dios nos habla (cf. 1 Re 19,12).

Entrar en el misterio nos exige no tener miedo de la realidad: no cerrarse en sí mismos, no huir ante lo que no entendemos, no cerrar los ojos frente a los problemas, no negarlos, no eliminar los interrogantes...

Entrar en el misterio significa ir más allá de las cómodas certezas, más allá de la pereza y la indiferencia que nos frenan, y ponerse en busca de la verdad, la belleza y el amor, buscar un sentido no ya descontado, una respuesta no trivial a las cuestiones que ponen en crisis nuestra fe, nuestra fidelidad y nuestra razón.

Para entrar en el misterio se necesita humildad, la humildad de abajarse, de apearse del pedestal de nuestro yo, tan orgulloso, de nuestra presunción; la humildad para redimensionar la propia estima, reconociendo lo que realmente somos: criaturas con virtudes y defectos, pecadores necesitados de perdón. Para entrar en el misterio hace falta este abajamiento, que es impotencia, vaciamiento de las propias idolatrías... adoración. Sin adorar no se puede entrar en el misterio.

Todo esto nos enseñan las mujeres discípulas de Jesús. Velaron aquella noche, junto a la Madre. Y ella, la Virgen Madre, les ayudó a no perder la fe y la esperanza. Así, no permanecieron prisioneras del miedo y del dolor, sino que salieron con las primeras luces del alba, llevando en las manos sus ungüentos y con el corazón ungido de amor. Salieron y encontraron la tumba abierta. Y entraron. Velaron, salieron y entraron en el misterio. Aprendamos de ellas a velar con Dios y con María, nuestra Madre, para entrar en el misterio que nos hace pasar de la muerte a la vida.

Franciscus

PASCUA



MENSAJE URBI ET ORBI DEL SANTO PADRE FRANCISCO

***Balcón central de la Basílica Vaticana
Domingo, 5 de abril de 2015***

Queridos hermanos y hermanas

¡Feliz Pascua!

¡Jesucristo ha resucitado!

El amor ha derrotado al odio, la vida ha vencido a la muerte, la luz ha disipado la oscuridad.

Jesucristo, por amor a nosotros, se despojó de su gloria divina; se vació de sí mismo, asumió la forma de siervo y se humilló hasta la muerte, y muerte de cruz. Por esto Dios lo ha exaltado y le ha hecho Señor del universo. Jesús es el Señor.

Con su muerte y resurrección, Jesús muestra a todos la vía de la vida y la felicidad: esta vía es *la humildad*, que comporta *la humillación*. Este es el camino que conduce a la gloria. Sólo quien se humilla puede ir hacia los «bienes de allá arriba», a Dios (cf. Col 3,1-4). El orgulloso mira «desde arriba hacia abajo», el humilde, «desde abajo hacia arriba».

La mañana de Pascua, Pedro y Juan, advertidos por las mujeres, corrieron al sepulcro y lo encontraron abierto y vacío. Entonces, se acercaron y se «inclinaron» para entrar en la tumba. Para entrar en el misterio hay que «inclinarse», abajarse. Sólo quien se abaja comprende la glorificación de Jesús y puede seguirlo en su camino.

El mundo propone imponerse a toda costa, competir, hacerse valer... Pero los cristianos, por la gracia de Cristo muerto y resucitado, *son los brotes de otra humanidad*, en la cual tratamos de vivir al servicio de los demás, de no ser altivos, sino disponibles y respetuosos.

Esto *no es debilidad, sino auténtica fuerza*. Quien lleva en sí el poder de Dios, de su amor y su justicia, no necesita usar violencia, sino que habla y actúa con la fuerza de la verdad, de la belleza y del amor.

Imploremos hoy al Señor resucitado la gracia de no ceder al orgullo que fomenta la violencia y las guerras, sino de tener el valor humilde del perdón y de la paz. Pedimos a Jesús victorioso que alivie el sufrimiento de tantos hermanos nuestros perseguidos a causa de su nombre, así como de todos los que padecen injustamente las consecuencias de los conflictos y las violencias que se están produciendo, y que son tantas.

Pidamos paz ante todo por la amada Siria e Irak, para que cese el fragor de las armas y se restablezca una buena convivencia entre los diferentes grupos que conforman estos amados países. Que la comunidad internacional no permanezca inerte ante la inmensa tragedia humanitaria dentro de estos países y el drama de tantos refugiados.

Imploremos la paz para todos los habitantes de Tierra Santa. Que crezca entre israelíes y palestinos la cultura del encuentro y se reanude el proceso de paz, para poner fin a años de sufrimientos y divisiones.

Pidamos la paz para Libia, para que se acabe con el absurdo derramamiento de sangre por el que está pasando, así como toda bárbara violencia, y para que cuantos se preocupan por el destino del país se esfuercen en favorecer la reconciliación y edificar una sociedad fraterna que respete la dignidad de la persona. Y esperemos que también en Yemen prevalezca una voluntad común de pacificación, por el bien de toda la población.

Al mismo tiempo, encomendemos con esperanza al Señor, que es tan misericordioso, el acuerdo alcanzado en estos días en Lausana, para que sea un paso definitivo hacia un mundo más seguro y fraterno.

Supliquemos al Señor resucitado el don de la paz en Nigeria, Sudán del Sur y diversas regiones del Sudán y de la República Democrática del Congo. Que todas las personas de buena voluntad eleven una oración incesante por aquellos que perdieron su vida —pienso en particular en los jóvenes asesinados el pasado jueves en la Universidad de Garissa, en Kenia—, por los que han sido secuestrados, los que han tenido que abandonar sus hogares y sus seres queridos.

Que la resurrección del Señor haga llegar la luz a la amada Ucrania, especialmente a los que han sufrido la violencia del conflicto de los últimos meses. Que el país reencuentre la paz y la esperanza gracias al compromiso de todas las partes implicadas.

Pidamos paz y libertad para tantos hombres y mujeres sometidos a nuevas y antiguas formas de esclavitud por parte de personas y organizaciones criminales. Paz y libertad para las víctimas de los traficantes de droga, muchas veces aliados con los poderes que deberían defender la paz y la armonía en la familia humana. E imploremos la paz para este

mundo sometido a los traficantes de armas, que se enriquecen con la sangre de hombres y mujeres.

Y que a los marginados, los presos, los pobres y los emigrantes, tan a menudo rechazados, maltratados y desechados; a los enfermos y los que sufren; a los niños, especialmente aquellos sometidos a la violencia; a cuantos hoy están de luto; y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, llegue la voz consoladora y curativa del Señor Jesús: «Paz a vosotros» (Lc 24,36). «No temáis, he resucitado y siempre estaré con vosotros» (cf. *Misal Romano*, Antífona de entrada del día de Pascua).

* * *

Queridos hermanos y hermanas:

Quiero dirigir mis deseos de feliz Pascua a todos vosotros que habéis venido a esta plaza desde diversos países, como también a cuantos están conectados a través de los medios de comunicación social. Llevad a vuestras casas y a cuantos encontréis el alegre anuncio de que el Señor ha resucitado de la vida, trayendo consigo amor, justicia, respeto y perdón.

Gracias por vuestra presencia, por vuestra oración y por el entusiasmo de vuestra fe. Un recuerdo especial y agradecido por el regalo de las flores, que también este año provienen de los Países Bajos. ¡Feliz Pascua a todos!

Franciscus

HA FALLECIDO EL SACERDOTE Y CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE MURCIA, RVDO. D. CLEMENTE LUCIO GUIRAO LÓPEZ

El día 13 de marzo de 2015 falleció en Murcia, el Rvdo. **D. Clemente Lucio Guirao López**.

D. Clemente Lucio nació en Cehegín (Murcia), el día 23 de noviembre de 1925, por lo que contaba con 89 años de edad. El día 25 del mismo mes recibió el Sacramento del Bautismo en la Parroquia de Santa María Magdalena de dicha localidad.

A la edad de 14 años, en el 1939, ingresó al Seminario Menor de San José, de esta Diócesis de Cartagena, donde realizó los estudios de bachillerato. Posteriormente pasó al Seminario Mayor de San Fulgencio, donde cursó los estudios filosóficos. El año 1946 es trasladado al Seminario Mayor de Granada para realizar los estudios teológicos en la Facultad de Teología de Cartuja, donde obtuvo la Licenciatura en Teología.

El 18 de junio de 1950 fue ordenado de sacerdote en la Parroquia de San Bartolomé-Santa María, de la ciudad de Murcia, por el **Excmo. y Rvdm. Mons. D. José García Goldaráz**, Obispo de Orihuela y, en ese momento, Administrador Apostólico de la Diócesis de Cartagena.

Desde el momento de su ordenación ocupó lo siguientes cargos pastorales:

- Entre 1950-1951 fue Coadjutor de la Parroquia de la Purísima de Yecla. Después, durante el curso 1951-1952 pasó a Coadjutor de la Parroquia de San Pedro de Espinardo.

- El 18 de junio de 1952 fue nombrado Rector de la Parroquia de San José, de Roldán, y Encargado de la Parroquia de Ntra. Sra. del Rosario, de Balsicas, cargos que ocupó hasta 1954.
- Durante el curso 1954-1955 fue Cura Ecónomo de la Parroquia de Ntra. Sra. del Rosario, de Corvera, y Encargado de la Parroquia de Ntra. Sra. del Rosario, de Baños y Mendigo.
- El 3 de febrero de 1955 fue nombrado Párroco de la Parroquia de Ntra. Sra. de los Dolores, de Los Dolores de Murcia, cargo que desempeñó hasta el año 1967.
- El 15 de junio de 1967 fue nombrado Párroco de la Parroquia de Santa Eulalia, de Murcia, cargo que ocupó hasta 1993.
- Durante su permanencia en la Parroquia de Santa Eulalia fue Arcipreste del Arciprestazgo de Murcia Centro (1976-1986).
- Entre otros cargos ha sido: Confesor ordinario de las Religiosas Concepcionistas Franciscanas de San Antonio (1973-1974), Miembro del Consejo Presbiteral (1984), Delegado Diocesano de Relaciones Interconfesionales (1987-2004).
- El 29 de diciembre de 1984 fue nombrado por el Excmo. y Rvdmo. Mons. D. Javier Azagra Labiano, Canónigo Numerario de la Santa Iglesia Catedral, ocupando el Oficio de Chantre y presidiendo la Fundación Chantre Rivera.

La Misa Exequial, presidida por el Sr. Obispo y concelebrada por los sacerdotes, se celebró el sábado día 14 de marzo, a las 10'30 de la mañana en la Santa Iglesia Catedral.

Fue inhumado en el Panteón de Canónigos del Cementerio de Ntro. Padre Jesús de Murcia.

DESCANSE EN PAZ



HA FALLECIDO EL SACERDOTE DIOCESANO RVDO. D. JOSÉ MARÍA GARCÍA GARCÍA

El día 21 de marzo de 2015, falleció en Cartagena el sacerdote diocesano Rvdo. **D. José María García García**.

D. José María nació en la localidad de Añora, provincia de Córdoba, el 13 de noviembre de 1931, por lo que contaba con 83 años de edad.

A los pocos días de nacer, el 20 de noviembre, recibió el Bautismo en la parroquia de San Sebastián de Añora.

En el año 1945, cuando contaba con 14 años de edad, ingresó en el Seminario Menor de San José, de esta Diócesis de Cartagena, pasando posteriormente al Seminario Mayor de San Fulgencio, donde realizó los estudios de Filosofía y Teología. El Día 20 de junio de 1957, a la edad de 26 años, fue ordenado de sacerdote en la Iglesia de Santo Domingo de Murcia por el **Excmo. y Rvdm. Mons. D. Ramón Sanahuja y Marcé**, Obispo de Cartagena.

Posteriormente realizó estudios en la Universidad de Murcia, donde consiguió la Licenciatura en Geografía e Historia.

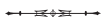
Desde el momento de su ordenación desempeñó los siguientes cargos pastorales:

- Coadjutor de la Parroquia de Santiago Apóstol de Totana (1957-1958)
- Cura Rector de la Parroquia de Ntra. Sra. del Carmen, de la Garapacha (1958-1960)

- Cura Regente de la Parroquia del Santísimo Cristo de las Penas, de Barqueros (1960-1981). Durante este tiempo también fue Cura Encargado de la Parroquia de Ntra. Sra. del Rosario, de Fuente Librilla, en dos periodos (1961-1962 y 1968-1981)
- Cura Ecónomo de la Parroquia de la Virgen del Carmen, de Santo Ángel (1981-2001). Algunos años de este tiempo ejerció la enseñanza como profesor en el Instituto Marqués de los Vélez, de El Palmar (1979-1985)
- Cura Párroco de la Parroquia de Ntra. Sra. del Azarbe, de El Azarbe (2001-2012)
- Desde el momento en que salió de la Parroquia de El Azarbe se retiró jubilado a la localidad de Santo Ángel, aunque hace un tiempo se trasladó con su familia a Cartagena.

La Misa Exequial presidida por el Sr. Obispo se celebró el día 23 de marzo, a las 11'30 de la mañana, en la Parroquia del Inmaculado Corazón de María, en el Barrio Peral de la ciudad de Cartagena.

DESCANSE EN PAZ



HA FALLECIDO EL SACERDOTE DIOCESANO RVDO. D. ANTONIO YELO TEMPLADO

EL día 25 de marzo de 2015, falleció en la Residencia Hogar de Nazaret, de las Hermanas Misioneras de la Sagrada Familia, en Rincón de Seca, el sacerdote Diocesano Rvdo. **D. Antonio Yelo Templado**.

D. Antonio Yelo Templado nació en Abarán (Murcia) el día 11 de marzo de 1929, por lo que contaba con 86 años de edad. A los pocos días de su nacimiento recibió el Bautismo en la Parroquia de San Pablo, de Abarán, era el día 17 de marzo de 1929.

Cuando contaba 12 años de edad, el año 1941, ingresó en el Seminario Menor de San José, pasando después al Seminario Mayor de San Fulgencio, donde cursó los estudios de Filosofía y Teología. Al terminar sus estudios fue ordenado de presbítero, el 31 de mayo de 1953, en la Iglesia de San Andrés de Murcia por el **Excmo. y Rvdmo. Mons. D. Ramón Sanahuja y Marcé**, Obispo de Cartagena.

A partir de su ordenación sacerdotal ocupó lo siguientes cargos:

- Coadjutor de la Parroquia de Santa María de Gracia, de Cartagena (1953)
- Rector de la Parroquia de La Purísima Concepción, de Cañada de la Cruz, y Encargado de las Parroquias de Virgen de la Rogativa, de Rogativa e Inazares, y de Ntra. Sra. de la Asunción, de Moral y Entredicho (1953-1956)
- Rector de la Parroquia de La Purísima, de Yéchar (1956-1964). Parte de este tiempo también fue Cura Regente de la Parroquia de Ntra. Sra. de los Remedios, de Albudeite (1956-1958) y Ecónomo de la Parroquia de San Juan Bautista, de Puebla de Mula (1960-1964).
- Superior del Seminario Menor de la Fuensanta (1964-1965)
- Profesor de Música y de Geografía en el Seminario Menor de la Fuensanta (1964-1966)
- Miembro de la Comisión de Liturgia, Pastoral y Arte (1964-1968)
- Capellán de las Religiosas Carmelitas Descalzas, de Algezares (1969-1981)
- Capellán del Santuario de la Fuensanta (1969-1979)

- Cura Ecónomo de la Parroquia de Ntra. Sra. de los Remedios, de Rincón de Beniscornia (1980-1984)
- Párroco de la Parroquia de Ntra. Sra. del Carmen, de la Garapacha (1984)
- Responsable del Secretariado de Liturgia y Arte (1986)
- Profesor de Historia de la Iglesia Antigua y Media en el Instituto Teológico San Fulgencio (1988-1989)
- A partir de su jubilación fue Capellán del Santuario de la Virgen del Oro, en Abarán.

Aparte de sus estudios Eclesiásticos y de su servicio a la Diócesis, D. Antonio Yelo cursó en la Universidad de Murcia los estudios de Historia, obtenido el Doctorado en dicha especialidad. Hacia la mitad de la década de los años 70 comenzó como profesor de Historia Antigua en la Universidad de Murcia, cargo que ocupó hasta el año 1994 en que se jubiló.

Su pasión por la historia de su pueblo, Abarán, y por la Santísima Virgen María, en la Imagen de la Virgen del Oro le llevó a trabajar por la difusión de esta devoción como Capellán del Santuario dedicado a la Virgen del Oro en Abarán.

Como Profesor e investigador es muy extensa su bibliografía en publicaciones especializadas, revistas municipales y colaboraciones en prensa.

Recibió en reconocimiento y el cariño de sus vecinos que le dedicaron una plaza frente a la Iglesia, que por iniciativa suya se construyó en la Barriada Virgen del Oro, de la localidad de Abarán.

La Misa Exequial, se celebró el viernes día 27 de marzo, a las 11 de la mañana en la Parroquia de San Pablo de Abarán.

DESCANSE EN PAZ

